

FUEGO EN LA OSCURIDAD

Heather Graham



eLit

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2004 Heather Graham Pozzessere
© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins
Ibérica, S.A.
Fuego en la oscuridad, n.º 100 - septiembre 2018
Título original: In the Dark
Publicada originalmente por Silhouette® Books.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978-84-9188-891-8

elit

FUEGO EN LA OSCURIDAD

HEATHER GRAHAM

 HARLEQUIN™

Prólogo

Alex estuvo a punto de gritar cuando golpeó la piedra con el pie. Consiguió aguantar el alarido, pero no pudo mantener el equilibrio y se cayó. Recostada sobre la arena, protestando por los golpes, maldijo la oscuridad. Faltaba al menos un par de horas más para que amaneciera.

En cuestión de minutos, el ojo de la tormenta habría pasado, y los feroces vientos del huracán Dahlia comenzarían a soplar de nuevo. Y ahí estaba ella, tumbada cerca del agua y completamente indefensa.

Se arrodilló y, con la respiración entrecortada, se puso de pie. Ni siquiera tenía tiempo para mirarse la herida. Lo único que podía hacer era acopio de fuerzas para llegar al complejo turístico.

Oyó un sonido que procedía de los arbustos. El asesino estaba cerca. Si quería ponerse a salvo, tendría que correr. Necesitaba llegar sin que nadie la viera y buscar la escopeta. Estaba prácticamente segura de que nadie se había llevado el arma.

Tenía que darse prisa; allí no había nadie que pudiera ayudarla, nadie en quien pudiera confiar. A su pesar, estaba sola.

En aquel momento vio a Len Creighton. Se había preguntado dónde estaría y acababa de descubrirlo: estaba

tendido en la arena, con un hilo de sangre en la cara y la tabla de surf rota sobre las piernas, rodeado de algas marinas y de pequeños cangrejos que inspeccionaban lo que esperaban fuera su próxima cena.

Dejó escapar un grito ahogado. Sobre su cabeza, las nubes se dispersaban y comenzaba a clarear.

Fue entonces cuando el primer hombre apareció entre los arbustos.

–¡Alex! –gritó–. Ven aquí.

El hombre estaba de pie, jadeando y haciéndole señas mientras recorría la zona con la vista. En la mano llevaba una lanza que, a juzgar por la sangre que tenía en la punta, había sido usada recientemente.

–Alex, tienes que confiar en mí –insistió–. Ven conmigo. Date prisa.

–¡No!

El hombre se volvió al oír la segunda voz. Se trataba de otro hombre que lo apuntaba con un fusil.

–Alex, ven conmigo –dijo el recién llegado. Aléjate de él.

Los hombres se miraron detenidamente, atentos a sus armas.

–¡Alex!

No sabía cuál de los dos la había llamado. Tiempo atrás había confiado en ambos. A uno lo había amado; al otro había estado a punto de abrirle el corazón.

–¡Alex!

Sabía que a sus pies yacía un compañero de trabajo, un amigo al que debía intentar reanimar. Sin embargo, uno de aquellos hombres era el asesino, y no podía dejar de mirarlos. Estaba paralizada. El corazón le decía que no podían ser ellos. En especial, que no podía ser él. No podía pensar. Sólo podía permanecer de pie, mirando a su alrededor, mientras el instinto le gritaba que ninguno de los dos podía ser un asesino.

No obstante, uno lo era.

Alex podía sentir el roce del mar en los pies. Conocía aquella isla, el mar y sus secretos, como la palma de su mano. Sólo podía hacer una cosa, aunque fuera una locura. La tormenta había aminorado, pero el mar aún estaba revuelto y seguía siendo mortalmente peligroso.

No tenía alternativa. Se zambulló en el agua y, mientras nadaba, se dio cuenta de que unos días atrás, no lo habría creído.

Y todo había comenzado apenas unos días atrás.

Sentía la fuerza de sus brazos y piernas mientras se esforzaba por alejarse de la orilla. De pronto sintió que algo atravesaba el agua a toda velocidad. Se preguntó si se trataría de una bala o de un arpón.

La gente solía decir que antes de morir se veía pasar la vida entera delante de los ojos. Alex no llegó a ver tanto; sólo alcanzó a revivir las imágenes de la mañana en que había encontrado el primer cadáver en la playa.

Aquél que había desaparecido.

Capítulo 1

Lo primero que debéis recordar es que en Moon Bay consideramos que los delfines son nuestros invitados – explicó Alex–. Cuando os bañéis con ellos, no los molestéis. Lo detestan, y se marcharían rápidamente. Dejad que se os acerquen; son muy sociables. Nunca los obligamos a relacionarse con la gente. Si lo hacen es porque quieren. Cuando se acerquen a vosotros, podéis acariciarlos, pero mantened las manos alejadas de la espina dorsal.

Alex McCord esperaba que su voz sonara suave y natural mientras hablaba con las ocho personas que tenía delante. Había estado muy sonriente, pero se había asegurado de dejar claro a las dos niñas y al adolescente que integraban el grupo que tendrían que seguir las reglas. Algunas de sus sonrisas habían sido sinceras y habían estado dirigidas a dos de los cinco adultos reunidos en el muelle, el padre del chico y la madre de las niñas.

Las demás sonrisas habían sido forzadas, porque no daba crédito a sus ojos. El mundo estaba lleno de islas que ofrecían experiencias con delfines; no entendía qué hacía David Denhem precisamente allí, mostrando una repentina curiosidad por los suyos. Y menos aún si tenía en cuenta que se había pasado la vida viajando, haciendo fotografías y nadando con ballenas, orcas, tiburones y rayas. Además, Alex llevaba meses sin saber nada de él.

Pero allí estaba el marino experto. El buzo, fotógrafo y director de una empresa de servicios de rescate, con su metro ochenta y cinco, sus anchos hombros, su bronceado perfecto y sus profundos ojos azules enfocados en ella como si estuviera fascinado con cada palabra que decía.

Alex no le habría dado tanta importancia de no ser porque, por primera vez, había deseado la compañía de otro hombre, un hombre encantador que parecía sentirse muy atraído por ella.

John Seymore era un antiguo militar de la Armada que estaba pensando en montar una empresa de buceo en la zona. Físicamente era la versión rubia de David, aunque con ojos verdes y cristalinos. A pesar de sus referencias, la mañana anterior había ido a la laguna y se había apuntado a una de las salidas para nadar con delfines, porque, según le había confesado por la noche en el Tiki Hut, sabía muy poco sobre aquellos animales.

Habían charlado durante horas, habían bebido y bailado, y Alex hasta se había permitido soñar con hacer el amor con él.

Y entonces había aparecido David, distorsionando la fantasía por completo. Estaban divorciados, ella tenía derecho a rehacer su vida y no tenía por qué sentirse culpable por salir con otro hombre. A fin de cuentas, imaginaba que su ex marido debía de haber tenido más de una aventura amorosa durante el año que llevaban separados.

Al ver que Alex se había quedado callada, una de sus asistentes decidió intervenir.

—Son los seres más maravillosos del mundo.

Alex se alegró de que Laurie tomara la palabra, porque temía que los clientes creyeran que era una guía aburrida. Nada más alejado de la realidad. Hacía años que trabajaba con animales, y jamás había conocido ninguno tan inteligente y agradable como los delfines. Le gustaban mucho los perros y los chimpancés, pero los delfines eran mágicos.

—¿Nunca os sentís culpables por tratar a los delfines como si fuesen ratas de laboratorio? Aunque, desde luego, entretener turistas no es precisamente una investigación médica.

El comentario venía del último miembro del grupo, el hombre al que Alex necesitaba prestar mayor atención: Hank Adamson. No era musculoso ni estaba bronceado como David y John, pero era alto, delgado y de cabello castaño, y llevaba las gafas de sol más elegantes del mundo. Era extremadamente apuesto y podía ser la persona más amable del mundo, pero también podía ser cruel. Era un periodista local que solía colaborar con revistas de viajes y guías de turismo. Si lo creía oportuno, podía ser despiadado y arruinar a los dueños de hoteles, restaurantes, parques temáticos y clubes. En su estilo ácido había algo muy divertido que hacía que sus artículos se leyeran en todo el país. Para Alex era un pedante insoportable, pero Jay Galway, el gerente del complejo de Moon Bay, estaba desesperado por conseguir una buena crítica de Adamson.

Aunque Hank parecía haber disfrutado de las actividades en lancha del día anterior, Alex había estado esperando la estocada desde el momento en que había pisado la isla. Y allí estaba, clavando su estilete.

—La laguna les ofrece muchas alternativas a los

animales, Hank –replicó–. Pueden jugar o permanecer en su área privada. Además, todos nuestros delfines han nacido en cautiverio, salvo Shania, que fue atropellada por una motora y estaba tan malherida que no habría sobrevivido en el mar. Le hemos dado la posibilidad de recuperar la libertad, pero siempre ha regresado. Los delfines son seres muy inteligentes, y creo que les interesa tanto aprender nuestras costumbres como a nosotros aprender las suyas.

Acto seguido, Alex desvió la atención al resto del grupo y preguntó:

–¿Hay algo en concreto que les gustaría ver o experimentar con ellos?

–Quiero montar en delfín –dijo Zach, el joven de aspecto beligerante.

–Podemos empezar con eso. ¿Te gustaría ser el primero?

–Si no es problema, me encantaría.

Alex sonrió. Tal vez no fuera tan terrible como parecía. En cualquier caso, sabía que los delfines tenían un efecto maravilloso en las personas. En una ocasión había tenido que lidiar con un grupo de supuestos adolescentes incorregibles. Se habían comportado como idiotas al principio, pero habían salido del agua convertidos en ciudadanos modélicos.

–¿Con uno o con dos delfines?

–Con dos es genial –le susurró David al chico.

–Con dos –dijo él.

–De acuerdo, métete sólo con las aletas.

Los otros esperaron mientras el chico entraba en la laguna y estiraba los brazos como Alex le había indicado. Ella les hizo una señal a Katy y a Sabra, y los dos delfines acudieron de inmediato, como flechas de plata, surcando la superficie del agua.

Zach se aferró a las aletas de los delfines y se dejó llevar, sonriendo como un niño ante los regalos de Navidad. Cuando subió al muelle flotante en que lo aguardaban los demás, aún le brillaba la cara de felicidad.

–¡Ha sido increíble! –exclamó.

–¿Puedo ser la siguiente? –preguntó una de las niñas.

Uno a uno, todos jugaron con los delfines. John no se había mostrado tan emocionado como los niños, pero se notaba que estaba complacido. Y era obvio que, a pesar de su pose escéptica, Hank también había disfrutado.

Alex tenía miedo de que David pusiera alguna objeción o hiciera algo espectacular. Pero su ex marido se había comportado muy bien, y se había dejado llevar como los otros. Lo único exasperante era que John y él no dejaban de hablar entre ellos.

Cuando todos se metieron al agua, David desapareció bajo la superficie durante tanto tiempo que consiguió preocupar a los dos padres del grupo.

–¿Estás segura de que está bien? –preguntó Ally Conroy, la madre de Zach.

–Lo conozco –dijo Alex, forzando la enésima sonrisa–. Puede contener la respiración casi tanto como los delfines.

Finalmente, David volvió a aparecer. Macy, el fotógrafo del equipo, se encogió de hombros. Financiaban muchas investigaciones con la venta de fotografías a los visitantes, pero tanto Alex como Macy sabían que David no necesitaba comprar ninguna foto.

Mientras Alex y los demás jugaban con los delfines, John y David se quedaron charlando en una esquina. Ella no podía oír lo que decían, pero la impresionó que Hank se uniera a lo que parecía una típica charla de hombres.

Lo que la sacaba de quicio, en realidad, era constatar que su ex marido la seguía afectando como el primer día y que nunca estaría fuera de su vida definitivamente. Había sido capaz de ver que la relación no funcionaba, y no se arrepentía de haber tomado la decisión de separarse. Lo que la molestaba era que, cuando por fin se había atrevido a coquetear con otra persona, él reaparecía. Para colmo de males, el hombre al que pretendía seducir se comportaba como si fuera un viejo y querido amigo de David.

–Alex –le susurró Zach–, ya que esos tipos no están prestando atención, ¿las chicas y yo podemos seguir jugando con los delfines?

Aunque a ella le habría encantado darle el gusto, debía cuidar hasta el último detalle para evitar que Hank escribiera algo que pudiera tener un efecto negativo en el futuro de Moon Bay.

–Nada me gustaría más que dejaros seguir, pero no sería correcto.

–Te cedo mi lugar, Zach.

Alex no se había dado cuenta de que David se había apartado de la charla.

–El problema es que las chicas querrán un trato igualitario –replicó, mirándolo a los ojos.

–Pues dales mi turno –dijo Hank, con una sonrisa–. Es muy reconfortante ver que los chavales se divierten. No te preocupes, tendrás una buena crítica.

–Yo también cedo mi turno –afirmó John, encogiéndose de hombros.

–En ese caso, los más jóvenes del grupo tienen otros quince minutos con los delfines.

Cuando se acabó el tiempo, Alex les indicó dónde podían ducharse para quitarse la sal y les prometió que tendrían más información sobre los delfines antes de marcharse.

John sonrió y se detuvo para darle las gracias.

–Estaba pensando en volver. Tal vez cuando no haya tanta gente. No tengo nada en contra de los abrazos, aunque sean de un delfín.

Ella le devolvió la sonrisa y asintió.

–Aunque preferiría que fueran de la cuidadora –añadió él.

–Los tendrás –le aseguró Alex.

Cuando John se marchó, David la miró con suspicacia. Había estado todo el tiempo detrás de ellos y sin duda los había oído. Alex lo maldijo en silencio por estar tan irresistiblemente guapo cuando salía del agua.

–Te felicito por el trabajo que haces –dijo él.

Después, se alejó sin darle siquiera el apretón de manos

que los otros le habían dado. No la había tocado, pero Alex estaba ardiendo.

–Gracias –contestó, aunque estaba demasiado lejos para oírla.

–¿Estás bien? –le preguntó Laurie, preocupada.

–Tanto que podría vomitar.

Su amiga sonrió y le acarició la cabeza.

–Pobrecita –suspiró, con ironía–. Dos de los hombres más atractivos que he visto en mucho tiempo reclaman tu atención; tienes que estar pasándolo fatal.

–Créeme, David no está reclamando mi atención.

–Deberías haber visto cómo te miraba.

–Lo has interpretado mal. Te lo garantizo.

Laurie frunció el ceño.

–Creía que el divorcio marchaba bien.

–Muy bien. Tanto que creo que ni siquiera se ha enterado –replicó Alex, apenada–. Estaba en algún lugar del Caribe cuando presenté la demanda. No llamó, ni protestó, ni nada. Sólo envió a su abogado a decirme que me dejaría hacer lo que quisiera, quedarme con lo que quisiera... No sé, todo ha sido tan rápido que tengo la cabeza hecha un lío.

–Eso no significa que te odie.

–Nunca he dicho que me odiara.

–¿Quieres un consejo?

–No.

Laurie sonrió.

–Lo que te pasa es que nunca has tenido problemas para encontrar pareja. No has tenido que ir a bares de citas. Yo estuve en uno hace unos días, en Cayo Largo.

Alex la miró sorprendida. Jamás se le había ocurrido que su amiga tuviera dificultades para salir con hombres. Laurie era muy guapa; tenía una sonrisa maravillosa y mucha personalidad. Para Alex, vivir en Moon Bay era un sueño hecho realidad. Tenía su propia cabaña, rodeada de vegetación subtropical y con limpieza diaria. Por las noches podía ir a beber copas al Tiki Hut, el restaurante del complejo era bueno, había una pequeña biblioteca y todos los canales de cable del mundo. En aquel momento comprendió que el hecho de que ella necesitara sanar las heridas de su corazón no justificaba que hubiera creído que los demás llevaban el celibato tan bien como ella.

–¿Y cómo lo pasaste en ese bar?

–Fue raro. Triste –dijo Laurie–. ¿Quieres que te cuente los detalles?

–Sí, pero antes quiero salir de aquí.

Alex miró de reojo hacia el Tiki Hut y comprobó que, como sospechaba, estaba lleno de gente. Vio que Hank estaba con Jay y que le indicaba con un gesto la laguna de los delfines. No quería tener que sonreír de nuevo, verse obligada a ser simpática con él ni defenderse de sus comentarios ácidos. Junto a ellos estaba Seth Granger, un cliente habitual que tenía mucho dinero y había decidido

aprovechar la jubilación para hacerse experto en salvamento. Se había apuntado a todos los cursos de buceo y natación, pero se quejaba de que no eran lo bastante arriesgados. Alex siempre había querido decirle que no debía bucear si no disfrutaba de la belleza de los arrecifes. Sus inmersiones estaban planeadas para mostrar la increíble belleza natural de la zona, no para buscar barcos piratas ni tesoros sumergidos.

Jay le hizo señas para que se uniera al grupo, pero Alex fingió no darse cuenta.

–Vamos a la playa que está al otro lado de la isla –le dijo a Laurie–. Allí podrás contarme tu infierno de citas.

–Jay está haciendo señas. Creo que quiere que vayas.

–Entonces tendremos que darnos prisa.

Se volvió, fingió que creía que James sólo estaba saludando, le devolvió el saludo y siguió su camino a gran velocidad.

La costa oeste conservaba el esplendor de la naturaleza virgen de la isla: playas de arena blanca bañadas por aguas cristalinas y rodeadas de palmeras y arbustos. A Alex le encantaba escaparse de la zona urbanizada, especialmente por la noche, porque ya no quedaban turistas y podía disfrutar de aquel paraíso a sus anchas.

Eran casi las seis; el sol aún brillaba y calentaba la playa. El agua estaba serena y las olas formaban en la orilla una delicada espuma que desaparecía en segundos. Mientras avanzaban entre las palmeras podían sentir la brisa marina acariciándoles la piel.

Era un día espectacular. A pesar de las tempestades que

azotaban el golfo, allí todo estaba en calma. El cielo tenía un color azul intenso, apenas salpicado de nubes, y la temperatura era muy agradable.

Se detuvieron y se sentaron en la arena húmeda. Cuando el agua le mojó los pies, Alex sintió un escalofrío. Aún llevaba la ropa del complejo, un conjunto de camiseta y pantalón corto que resultaba muy cómodo para trabajar y no era nada sugerente. A fin de cuentas, Moon Bay era un establecimiento familiar.

El lugar ideal al que ir después de una ruptura matrimonial, con todo lo que ella necesitaba: un buen trabajo en lo que le gustaba, agua, barcos, arena, sol e intimidad.

Demasiada intimidad.

Sólo que, en aquel momento, David estaba allí. Aun así, Alex no estaba dispuesta a modificar sus planes. Se ducharía, se pondría un vestido, se arreglaría el pelo, se maquillaría e iría a tomar unas copas y a bailar al Tiki Hut. Coquetearía descaradamente con John y no le daría importancia al hecho de que todas las mujeres solteras se fijaran en David.

La relación entre ellos había terminado y tenían que seguir con sus vidas.

—¿Quieres que te cuente lo de mi noche en el bar de Cayo Largo o prefieres que me quede a tu lado en silencio, viendo cómo te maldices por haberte divorciado? — preguntó Laurie.

—¡No!

—¿No, qué? ¿No quieres que te cuente lo de mi noche o

no quieres divorciarte?

–Quiero decir que no me arrepiento de haberme separado de David. Era necesario.

–¿Por qué?

Alex se quedó en silencio, reflexionando sobre la pregunta de su amiga. No sabía exactamente por qué habían tenido que separarse; sólo sabía que se trataba de motivos profundos y complejos.

–¡Oh, por Dios! –exclamó Laurie de repente–. ¿Acaso te golpeaba?

–¡No digas tonterías!

–¿Entonces qué pasó?

–Sencillamente, tomamos caminos distintos.

–Yo lo habría seguido a cualquier parte. Pero para entender por qué lo digo tendrías que oír mi experiencia en aquel bar.

–Lo siento. Estoy siendo una amiga horrible. Creo que estoy aturdida. Lo estaba pasando bien con John, y David salió de la nada....

–¿Y cuál es el problema?

–Me siento incómoda.

–Pero si David y tú estáis divorciados, ¿qué es lo que te preocupa? Disfruta de John. También está para hacerle un favor. Nada que ver con los que conocí en el bar.

–Seguro que había hombres agradables.

–Si los había, yo no los vi. Pero volvamos a tu triángulo amoroso.

Alex sonrió.

–No hay ningún triángulo amoroso, así que volvamos a ti. Eres guapísima, divertida, encantadora e inteligente. Ya encontrarás al hombre ideal.

–No parece que John tenga nada de malo. Salvo que, al parecer, mi hombre ideal quiere salir contigo.

Alex arqueó una ceja, sorprendida.

–No me había dado cuenta de que...

–No te habías dado cuenta porque no ha pasado nada. Hasta hoy, ni siquiera había cruzado una palabra con él. Pero también está tu ex marido.

–Que está disponible.

–Es tu ex. No estaría bien.

–Insisto en que está libre.

–Tan libre que no puedes dejar de pensar en él.

–No es cierto. Es sólo que su presencia me incomoda.

–Porque sigues enamorada de él.

–Créeme: el amor entre David y yo se acabó hace mucho tiempo. Es sólo que...

–¿Que la única compañía que has tenido desde tu divorcio ha sido un grupo de animales marinos? –sugirió Laurie, entre risas.

–Reconozco que las dos llevamos mucho tiempo sin salir con nadie.

Laurie suspiró y apoyó la barbilla en la palma de sus manos.

–¿Será el precio de haber elegido vivir en una isla remota llena de turistas casados y compañeros de trabajo demasiado jóvenes?

Alex soltó una carcajada.

–Tal vez, pero no cambiaría el sol, la playa y el mar por nada del mundo.

–Eso es porque tienes algo de diversión en tu vida. Tienes un marido, un amante...

–Un ex marido y un recién conocido, querrás decir.

–Un ex marido y un casi amante que se te disputan. Y ya sabes que a los hombres les encanta competir. Los celos siempre... –se interrumpió y la miró con los ojos abiertos desmesuradamente–. ¡Oh, no! –exclamó, aterrada.

–¿Acaso imaginas que se van a retar a duelo por mí? –dijo Alex, frunciendo el ceño–. Créeme, no es tan serio. David jamás pelearía por mí.

–¡Oh, por Dios!

–Laurie, no te preocupes. Entre David y John no va a pasar nada.

Laurie movió la cabeza de lado a lado y se puso de pie, mientras le señalaba algo.

–¡Por Dios, Alex! ¡Mira!

Alex estaba tan concentrada en sus pensamientos que tardó unos segundos en reaccionar. Después frunció el ceño y se levantó.

—¿Qué pasa?

Su amiga estaba pálida y no dejaba de señalar hacia la playa. Alex se volvió para ver de qué se trataba y descubrió el cuerpo tendido en la arena.

Capítulo 2

–He leído sobre ti –le dijo John a David–. En las revistas de submarinismo. El artículo sobre tu trabajo con las orcas era increíble. Debo reconocer que estoy sorprendido de verte aquí. Este sitio parece demasiado controlado para tus gustos, pero me alegro de haber tenido la oportunidad de conocerte.

–Gracias.

Seymore parecía simpático. Era apuesto y musculoso y, según decía, había pasado mucho tiempo en las fuerzas armadas. A pesar de su cabellera rubia y su sonrisa fácil, había algo tosco en él que lo hacía parecer mayor. Tal vez una vida difícil. David tenía la impresión de que las historias militares de John serían aterradoras. Sin duda, por agradable que pudiera parecer, el hombre tenía sangre fría.

Habían comenzado a charlar en la laguna, y cuando Seymore le había propuesto tomar una copas en el Tiki Hut, David había aceptado encantado. Le interesaba saber qué había llevado a un hombre como él a un sitio como Moon Bay.

–Conozco a la gente de aquí –afirmó David–. Jay, el gerente, es aficionado a buscar tesoros. Ha participado en algunas de mis excursiones. Me gusta venir aquí, pero ésta es la primera vez que me quedo. Las cabañas son geniales.

Un lugar perfecto para relajarse, con todas las comodidades y rodeadas de un paisaje precioso. ¿Y qué hay de ti?

–Me he pasado casi toda la vida en el agua, pero nunca he hecho nada divertido en ella. Vengo de la Costa Oeste. He dejado la Armada y he tenido un divorcio bastante desagradable.

–Así que te has retirado del ejército. Quieres vivir una vida más tranquila, ¿verdad?

John soltó una carcajada.

–Me iba bastante bien, aunque no lo suficiente como para retirarme como me habría gustado. Ahora estoy trabajando de asesor. Pero necesitaba unas vacaciones, y descubrí este lugar por Internet. Parecía ideal, y tan alejado como necesitaba.

Seymore estaba apoyado en la barra, mirando hacia la laguna. Todos se habían ido, pero él seguía mirando como si hubiera alguien. Una mujer con facciones tan delicadas y perfectas que era hermosa incluso cuando estaba empapada y sin una gota de maquillaje.

David no podía evitar sentirse celoso y ansioso por proteger lo que era suyo. Aunque, lamentablemente, Alex ya no le pertenecía.

No tenía derecho a reclamarle nada y, cuando lo había visto por primera vez aquella mañana, después del sobresalto inicial, Alex no había hecho más que mirarlo con recelo y hostilidad.

Bajó la cabeza y trató de convencerse de que no había ido por ella. Lo cierto era que el mensaje de Alicia Farr

había despertado su curiosidad. Esperaba encontrarla, porque tras devolverle la llamada no había vuelto a tener noticias suyas. Más que sorprendido de que no estuviera allí, estaba preocupado.

Pero lo que sentía en aquel momento era una necesidad instintiva y desesperada de proteger a Alex, tuviera derecho a hacerlo o no. Se dijo que aquello se debía a la inquietud que le provocaba la situación de Alicia. Tal vez no había pasado nada y, sencillamente, Alicia se había marchado por su cuenta. Aunque también cabía la posibilidad de que alguien hubiera muerto, porque en efecto, algo estaba ocurriendo en aquel lugar.

No podía evitar sentirse tenso y preocupado. Sobre todo por su mujer. Le costaba pensar en ella como en su ex, y no sabía si alguna vez podría reconocer que su matrimonio con Alex había fracasado. Tenía la impresión de que siempre que la mirara sentiría que seguían siendo uno.

Cada vez estaba más impaciente. Detestaba a los tontos que se pasaban la vida pendientes de alguien que ya no los quería. Pero que él no fuera así no significaba que ella no estuviera presente en sus días, ni que no se pasara las noches despierto preguntándose qué había pasado. Tampoco significaba que no se sintiera celoso de los hombres que se le acercaban, ni que al ver los enigmáticos ojos turquesa de Alex no quisiera saber qué la había alejado de él.

En realidad, había ido a Moon Bay para reunirse con Alicia, por Alex. Desde luego, ella creería que sólo estaba allí para compartir lo que había encontrado Alicia, para buscar un tesoro, una aventura, para bucear en lo desconocido. Jamás pensaría que el motivo principal de su estancia en la isla era protegerla del posible peligro que la

acechaba.

Bebió un trago de cerveza y volvió a concentrarse en John.

–¿Así que has tenido una separación conflictiva? Dicen que hay que ser prudente después de un mal divorcio y no involucrarse enseguida en una nueva relación.

–Sí, también dicen que hay que aprender de la experiencia. Además, me he divorciado hace un año. ¿Y tú?

–También llevo un año separado.

John lo miró con detenimiento y sonrió de lado.

–Reconozco que, en parte, te he invitado a una copa porque sabía que habías estado casado con ella y quería asegurarme de que no me estaba entrometiendo en una reconciliación.

David tensó la mandíbula, se apoyó en la barandilla y desvió la mirada hacia la laguna.

–Nos separamos hace un año –dijo–. Alex puede hacer lo que quiera con su vida.

David esperaba que su malestar no fuera muy evidente. Se sentía incómodo. Sabía que en aquel momento era capaz de desconfiar hasta de su sombra, pero había algo particularmente sospechoso en aquel tipo. No entendía qué hacía un ex marino profesional, alguien que sabía más de submarinismo que la mayoría de los mortales, en un lugar como Moon Bay.

Un pensamiento lo sacudió, y sonrió. Era un hombre

sincero, sólo que tal vez aquél no era el momento de la verdad.

–Al menos –añadió–, es lo que ella cree.

–¿Qué quieres decir?

–Es uno de los motivos por los que estoy aquí. Hay un pequeño tecnicismo que resolver en el divorcio. Quería que fuéramos juntos al abogado, para arreglarlo. Pero nunca se sabe lo que puede pasar –le palmeó el hombro–. Está bien. De verdad. Creo que iré a darme una ducha. La sal empieza a molestarme. Gracias por la cerveza.

John asintió, con gesto preocupado.

–Sí. Supongo que yo también debería ducharme.

–La próxima vez invito yo –dijo David, antes de salir del Tiki Hut.

Sin lugar a dudas, se trataba de una persona. A pesar de las algas que la cubrían, Alex y Laurie podían verla bien.

Alex comenzó a correr, pero su amiga la sujetó del brazo.

–¡Espera! –gritó–. Si está muerta, podrías destruir pruebas al tocarla.

–Ves demasiado la televisión –dijo ella.

Alex se libró de Laurie y siguió avanzando decidida, pero se detuvo antes de alcanzar el cuerpo. El hedor era insostenible. Era imposible que aquella mujer estuviera viva. No obstante, tenía que asegurarse.

Se volvió, inspiró profundamente y contuvo la

respiración. Después, dio unos pasos más, se agachó junto al cuerpo y trató de buscarle el pulso en la yugular. Al ver un cangrejo que se arrastraba entre la maraña de pelo rubio y algas se le escapó un grito

–¿Qué pasa? –preguntó Laurie, aterrada.

–Un cangrejo.

Con los dientes apretados y el estómago revuelto, Alex se puso de pie y volvió corriendo con Laurie.

–Está muerta –dijo–. Me quedaré aquí mientras vas a buscar de ayuda.

–No voy a dejarte sola con un cadáver.

–De acuerdo, quédate. Iré yo.

–¡No irás a dejarme sola con un cadáver...!

–Laurie...

–Está muerta. No va a ir a ninguna parte. Las dos iremos a buscar ayuda.

–No podemos dejarla sola, podría venir alguien. Un niño, tal vez.

–No podemos hacer nada, salvo correr a buscar ayuda.

–A mí no me da miedo quedarme sola con un cadáver.

–Debería dártelo. Imagina que el asesino anda por aquí.

Alex negó con la cabeza.

–La marea la ha arrastrado hasta aquí desde quién sabe

donde. Ha estado mucho tiempo en el agua.

–Tal vez, pero no podemos saberlo.

–Piénsalo bien. Esa fetidez tarda tiempo en generarse.

–Deja de darle vueltas al asunto. No tardaremos en regresar y ella no irá a ninguna parte.

–De acuerdo, vamos –dijo, echando a correr.

Cuando estaban a punto de entrar en el Tiki Hut, Laurie abrió la boca para gritar y Alex se la tapó con la mano.

–No podemos decir a gritos que hemos encontrado un cadáver –explicó–. Causaríamos un ataque de pánico colectivo.

Alex echó un vistazo y se lamentó de que ni John ni David estuvieran allí, porque los dos tenían la experiencia necesaria para saber qué hacer en una situación semejante. Decidió que lo mejor sería hablar con Jay y, tomando a Laurie del brazo, siguió hasta el hotel.

Len Creighton estaba en la recepción y, al verles la cara de susto, dejó de sonreír.

–¿Qué sucede?

–Necesitamos ver a Jay –dijo Alex–. ¿Dónde está?

–No lo sé, lo llamaré por megafonía.

Unos minutos después, Jay apareció en el vestíbulo. Era un hombre alto y delgado, con el cabello oscuro y unos ojos grises muy expresivos. Alex sentía un gran aprecio por su jefe. Eran amigos, y él siempre había respetado sus decisiones, incluso cuando no estaba de acuerdo con ella.

Lo había conocido antes de comenzar a trabajar allí. De hecho, la había llamado para ofrecerle el puesto después de enterarse de lo del divorcio.

Jay se detuvo junto al mostrador y la miró con curiosidad.

–¿Se puede saber qué pasa?

–Necesito que hablemos. A solas.

–No tengo secretos con Len.

–Hay un cuerpo en la playa –dijo ella, en voz baja.

Jay la miró como si estuviera loca.

–Esto es Florida, corazón. Hay muchos cuerpos en la playa.

–Un cadáver, Jay.

–¿Un cadáver?

Sin dejar de mirar a Alex, Jay añadió:

–Mantén la boca cerrada, Len. Ese periodista anda por aquí, y lo último que necesitamos es que se entere de esto.

–Alguien ha muerto –lo reprendió Alex–. No es momento para preocuparse por la mala publicidad. ¿Puedes llamar al comisario, por favor?

–De acuerdo. Len, llama a la policía para que envíen a alguien de Homicidios.

–¿Homicidios? –murmuró Laurie–. Tal vez sólo se haya ahogado.

–Aun así hay que investigar –afirmó Alex.

–Llévame al lugar –dijo Jay–. Len, quédate aquí. Y tú, Alex, finge que vamos a dar un paseo.

Ella estaba sorprendida por la actitud de su jefe. No parecía importarle saber quién era la mujer que había muerto, de dónde había salido y si estaban frente a un asesinato.

–Jay, sinceramente, a veces eres...

–¿Quieres desatar el pánico? –interrumpió.

–De acuerdo, fingiremos que salimos a pasear.

Acto seguido, salieron del hotel. Alex iba delante, y Jay y Laurie la seguían. Atravesaron el jardín, pasaron por delante del Tiki Hut, que parecía inusualmente tranquilo para la hora que era, y bordearon la laguna.

–Más despacio, Alex –ordenó Jay–. Recuerda que estamos dando un paseo.

Ella se volvió a mirarlo, pero no aminoró el paso.

–Nosotras vamos en pantalón corto, y tú llevas un traje de Armani y zapatos recién lustrados. ¿Crees que alguien se creería que sólo hemos salido a dar una vuelta?

Aunque estaba furioso, Jay prefirió no seguir discutiendo.

Cuando llegaron a la playa, Alex se detuvo en seco.

–¿Qué demonios pasa? –protestó su jefe.

–No está.

–¿Qué es lo que no está?

–El cadáver.

Laurie miró con incredulidad hacia el montón de algas donde yacía el cuerpo.

–Se ha ido –murmuró.

Alex no necesitaba volverse para saber que Jay la estaba mirando con odio. Sin darle importancia, corrió hasta la orilla e inspeccionó la arena y el agua, buscando alguna pista que indicara adónde había ido el cadáver.

–¿Qué pasa, Alex? –gritó su jefe–. ¿Has visto un cadáver pero se ha ido a otra playa dónde hubiera más sol?

Ella se dio la vuelta y regresó con sus amigos.

–Se ha movido –dijo.

–¿Tú cadáver se ha puesto de pie y se ha marchado?

–Estaba ahí.

–En serio, Jay –afirmó Laurie–, estaba ahí.

Los tres se volvieron al oír un motor. Era la lancha de la policía, con el comisario Thompson a bordo.

Alex sentía una gran simpatía por Nigel Thompson. Era un hombre de entre cincuenta y sesenta años, ojos azules y cabello canoso. Era alto y corpulento, y transmitía mucha tranquilidad. Pero, sobre todo, era un hombre que respetaba la ley y la hacía respetar.

Nigel atracó la lancha en la arena y se acercó a ellos.

–¿Dónde está el cadáver?

–¿Y bien, Alex? –preguntó Jay, visiblemente alterado.

Ella levantó la cabeza y, mirando al comisario, señaló el sitio donde habían visto el cadáver.

–Estaba allí.

–¿Cómo que estaba allí? –replicó él.

–Te aseguro que estaba allí.

Nigel miró las algas y la arena húmeda, y se volvió hacia Alex, arqueando una ceja.

–Alexandra, estaba a punto de cenar cuando me han llamado. Dime si es una broma o una travesura de verano.

–Debe de haber sido una travesura, y Alex ha caído en la trampa –dijo Jay.

–Dime lo que has visto –le pidió el comisario a Alex.

–A una bañista que ha creído que era una broma muy divertida fingir que estaba muerta –insistió Jay.

–Estaba muerta –aseguró Alex–. Nigel, nos conocemos hace años. ¿Crees que me inventaría algo así?

–No, pero no hay ningún cadáver.

–Estaba ahí. Me he acercado para asegurarme. La he tocado. Estaba muerta.

–Doy fe de que lo parecía –dijo Laurie.

Alex hizo una mueca de dolor. Sabía que su amiga

trataba de ayudarla. Sin embargo, el comentario de Laurie confería un matiz de duda a la situación.

–Estaba muerta –repitió por enésima vez.

–¿De qué había muerto?

–No le he hecho la autopsia.

–Lo sé, Alex –afirmó Nigel–. Pero igual había algo que indicara qué había pasado.

Ella negó con la cabeza.

–Si hubiera tenido una cuerda en el cuello, no la habría visto. Lo siento. He lidiado con delfines muertos, pero jamás he entrado en un depósito de cadáveres. Aun así, sé si una persona está viva o muerta cuando la veo. Te aseguro que ahí había una mujer muerta y cubierta de algas.

El comisario suspiró y echó un vistazo al lugar que le indicaba Alex.

–No hay huellas ni nada que indique que la han arrastrado hacia los arbustos.

–Estaba ahí –insistió ella.

–Alex, no digo que no sea así, pero ¿no crees que alguien podría haberte gastado una broma?

–No.

–Entonces, ¿qué ha pasado? ¿Por qué no está aquí?

–No lo sé. Creo que estaba demasiado lejos del agua como para que las olas se la hayan llevado. Creo que

alguien la ha movido.

–Ha sido muy rápido...

–Te digo que estaba ahí. ¿No hay forma de que lo compruebes? Pronto oscurecerá. ¿No puedes tomar muestras para comprobar si hay rastros de sangre en la arena o en las algas? ¿O traer a alguien para ver si hay más huellas aparte de las nuestras?

–Podría haber docenas de huellas y no significaría nada. Es una playa pública.

–Estoy segura de que puedes hacer algo.

–Puedo ver si vuelve a aparecer el cadáver –dijo Nigel–. En serio, Alex. Lo más probable es que esa mujer no estuviera muerta. Tal vez estaba inconsciente y volvió en sí cuando vosotras os marchasteis al hotel. Una de las dos debería haberse quedado.

Alex miró a Laurie de reojo.

–¿Cómo iba a saber que el cadáver se marcharía? –se defendió ella.

–Un cadáver no puede marcharse solo –insistió Jay, impaciente–. A menos que la persona que habéis visto estuviera viva.

–Así no llegaremos a ninguna parte –contestó Alex.

–Esto es ridículo –protestó su jefe–. Me obligas a venir aquí, haces que me estropee un par de zapatos italianos e interrumpes a Nigel en la cena sólo porque has visto a una mujer tendida en la arena. Tal vez estaba desmayada y necesitaba que la ayudaras. O, lo más probable, tal vez

estaba bromeando y ahora se está riendo de ti.

–De acuerdo. No me creéis, y nada de lo que diga o haga os hará cambiar de opinión. Nigel, siento lo de tu cena. Te debo una. Ahora, si me disculpáis, iré a ducharme.

–Espera un momento –dijo el comisario–. No estoy descartando tu versión. Revisaré las listas de pasajeros del ferry, y Jay hará lo mismo con los huéspedes. Tenemos que comprobar si falta alguien.

Alex guardó silencio.

–Alexandra, es todo lo que puedo hacer sin un cadáver –explicó Nigel–. Esto no es Washington o Nueva York. No tenemos recursos para analizar minuciosamente cada alga, y menos con marea alta. Jay comprobará si están todos sus huéspedes y yo me ocuparé de los registros del ferry. Y no hables de esto con nadie, ¿de acuerdo?

Alex frunció el ceño.

–Pero...

–No te atrevas a alarmar a los huéspedes con esta locura –le advirtió Jay.

–En realidad, yo lo decía porque si había un cadáver y alguien se ha tomado el trabajo de esconderlo, hablar del tema podría ponerte en peligro –aclaró Nigel.

–Tiene razón –afirmó Jay–. Ni una sola mención de esto. A nadie. Es por tu seguridad.

–Está bien.

El comisario se dio la vuelta y echó un vistazo a la playa.

Movió la cabeza de lado a lado y comenzó a andar.

–¿Adónde vas, Nigel? –preguntó Jay.

–A revisar los registros del ferry.

Acto seguido, Thompson se subió a la lancha, encendió el motor y se marchó.

Jay miró a Alex y a Laurie detenidamente.

–Ni una palabra, ¿entendido? Me importa un bledo si había docenas de cadáveres en la arena; ahora no hay ninguno. Así que mantén la boca cerrada, Alex.

–De acuerdo –dijo ella, bruscamente–. Ni una palabra.

–No olvides que soy tu jefe.

Alex no le dio importancia y emprendió el camino de regreso hacia el hotel. Laurie la siguió.

–Sigo siendo tu jefe –gritó Jay–. Y me debes un par de zapatos.

Pero ellas ya estaban demasiado lejos como para oírlo.

–Alex, era un cadáver, ¿verdad? –preguntó Laurie, aturdida.

–Sí.

–¿Estás segura de que no te has equivocado?

–No, y prefiero no seguir con este tema. Me voy a duchar y a tomar unas aspirinas. Te veré más tarde.

Laurie asintió.

–Lo siento. Jay tiene la mala costumbre de tergiversar las cosas.

–Lo sé. Olvídalo. Nos vemos luego.

Sin decir una palabra más, Alex apretó el paso, impaciente por llegar a su cabaña. Una vez allí, sacó la llave de plástico del bolsillo y abrió la puerta. Atravesó el salón y entró en la cocina, para servirse una copa de vino blanco. Después, abrió los ventanales, salió a la terraza y se sentó en el sillón.

De pronto, vio una figura entre las sombras y se puso tensa. Cuando vio de quién se trataba respiró aliviada. Era David. Sólo llevaba un bañador y estaba apoyado en la barandilla, con los brazos cruzados. Como siempre, parecía irradiar una energía única.

A Alex se le paró el corazón. La escena le resultaba muy familiar. Se preguntaba cuántas veces lo había visto así y se había acercado para acariciarle la espalda. Le encantaba hacerlo y esperar a que él se volviera para abrazarla.

Eran los días en los que David la miraba con devoción. Los días en los que no podían dejar de hacer el amor. Los días en los que les bastaba con un simple roce para arder de pasión. Los días en los que lo único que quería David era tenerla a su lado.

Pero aquella noche, él no sonreía. Estaba serio y la miraba con detenimiento. Alex se obligó a volver al presente, a olvidar la intimidad y a recordar cómo habían marchado las cosas desde que había decidido dedicarse al trabajo y él había comenzado a viajar solo. Entonces podía pasar días, semanas y hasta meses sin siquiera llamarla por teléfono, porque estaba con su verdadero amor: el mar.

–David...

–Te estaba esperando.

–Pues me alegro de verte. Aquí. En mi terraza. En mi terraza personal, en mi espacio privado. Sinceramente, eres increíble.

El tono de Alex no podría haber sido más ácido.

–Muchas gracias –replicó él, con idéntica ironía–. Y ahora háblame del cadáver que has encontrado en la playa. El que ha desaparecido.

Capítulo 3

–¿Qué? –dijo Alex, bruscamente.

–Ya me has oído. Y ahora, háblame del cadáver.

David se acercó y se sentó junto a ella. Estaba tan cerca que Alex no podía evitar sentirse nerviosa. Aunque llevaban un año separados, seguía sintiéndolo en la piel.

Se enderezó en el asiento y trató de mirarlo con desdén.

–¿Qué demonios haces en mi terraza?

–No insistas con eso. Debes de haber sentido pánico. E imagino que Jay se ha comportado como un imbécil.

–No sé de que hablas.

–Estoy tratando de ayudarte.

–Si quieres ayudarme, vete de la isla.

–¿Mi presencia te incomoda?

–No seas ridículo.

A David se le dibujó una sonrisa.

–Me echabas de menos, ¿no es cierto?

Ella apoyó la copa en la mesita y se puso de pie.

–Supongo que tienes una habitación –dijo–. ¿Por qué no vas a vestirte?

–Es eso. No puedes resistirte a la visión de mi pecho desnudo. Te excita...

–Más que excitarme, me da frío. Ahora vete, por favor.

David se puso serio.

–No te preocupes. Sé que quieres que me vaya. No he olvidado que me enviaste los papeles del divorcio sin decirme una palabra.

–¿Qué querías que dijera? –preguntó ella.

–Tal vez por qué me dejabas.

–¿Quieres que te diga la verdad? No podía soportarlo. Estaba tan enamorada de ti que me dolía –reconoció Alex–. Eras lo único que me importaba. Mis delfines no significaban nada en comparación contigo. Habíamos acordado que dedicaríamos tiempo a mis intereses, y nunca lo hicimos. Y cuando te dije que podías viajar sin mí, aceptaste encantado. Estábamos separados mucho antes de que te enviara los papeles.

Alex bebió un poco de vino antes de seguir.

–Me encanta trabajar con los delfines –continuó–. No es como encontrar un galeón español o un barco hundido, pero me encanta. Lo que al parecer tú necesitas, o quieres, es otro tipo de mujer. Una tonta que te siga a todas partes o una fanática de los tesoros, como tú. Así que ve a tu habitación y ponte algo de ropa, o vete al Tiki Hut y dale la

lata a otra.

Mientras se disponía a entrar en la cabaña, Alex se preguntó cómo sabía David lo del cadáver de la playa. La pregunta le había dejado una sensación desagradable.

–Por enfadada que puedas estar conmigo, te aseguro que ahora sólo intento ayudarte.

Ella se dio la vuelta.

–¿Cómo sabes lo del cadáver? Jay me ha prohibido que se lo diga a nadie.

–Me lo ha dicho Len.

–¿Qué has hecho? ¿También has coqueteado con él?

David arqueó una ceja.

–Creo que estaba deseando soltarlo, e imagino que, como me conoce, sabe que soy lo bastante listo como para no repetir lo que me ha dicho. Me ha contado que habíais ido a ver el cadáver y que había desaparecido.

Ella lo contempló en silencio durante largo rato.

–Necesito estar sola, David –dijo, finalmente.

–Habla conmigo, por favor. Te prometo que después te dejaré en paz.

Alex se llevó una mano a la cabeza.

–No puedo con esto.

–Por favor, déjame ayudarte. Si había un cadáver y lo has visto, tal vez estés en peligro.

Ella suspiró.

–No si no lo sabe nadie.

–Pero si yo lo sé, otros podrían saberlo.

–Has dicho que Len te lo ha contado porque confía en ti.

–Pero podrían habernos oído.

–¿Qué es lo quieres?

David estaba casi pegado a ella. Su presencia era tan arrebatadora que Alex ni siquiera podía sostenerle la mirada.

–No quiero nada –afirmó, tomándola de los hombros–. Estoy preocupado, Alex. ¿Es que no lo entiendes? ¡Podrías estar en peligro! Tienes que escucharme.

Ella había oído aquellas palabras docenas de veces. Había sentido sus manos antes. Sabía lo reconfortante que podía ser su abrazo, pero también sabía que el precio de sus caricias era demasiado alto.

–Déjame en paz, David.

–Habla conmigo. Por favor.

–De acuerdo. En efecto, Jay se ha comportado como un imbécil. Sí, estoy segura de haber visto un cadáver. Una mujer rubia. Por lo demás, estaba cubierta de algas y no he podido verle la cara. Ha sido Laurie quien la ha descubierto, pero ni siquiera está segura de lo que ha visto. De todas formas, no hay cadáver. ¿Satisfecho?

Más que complacido, David parecía desconsolado. Alex se moría por acariciarlo, pero se contuvo.

–Por favor, déjame sola –suplicó.

–No puedo.

Sin embargo, a pesar de lo que acababa de decir, David se dio la vuelta y se marchó. Alex lo observó partir, sintiendo unas repentinas ganas de llorar.

–Maldito seas, David –murmuró–. Había conseguido librarme de ti, y aquí estás otra vez, volviéndome loca y haciéndome dudar de todo.

En aquel momento, Alex se dio cuenta de que pronto anochecería. La oscuridad la atemorizaba. David casi le había hecho olvidar que había visto un cadáver en la playa. Había sido horrible, y encima el cadáver había desaparecido.

Entró en la cabaña y cerró el ventanal. Miró hacia fuera y vio las sombras que el atardecer dibujaba en el paisaje. Cerró las cortinas y se convenció de que una ducha caliente la haría sentirse mejor.

David se sentó en una mesa del Tiki Hut, mirando a Alex con cierto disgusto. Había estado con Jay, que naturalmente no había mencionado nada sobre el cadáver de la playa, porque no podía permitir que la noticia produjera un éxodo masivo entre los turistas.

Durante la conversación, David le había preguntado por los huéspedes y por las últimas novedades en el mundo del rescate marino. Jay se había limitado a responder con vaguedades, diciendo que la mayoría de las personas que estaban en el hotel eran turistas que querían nadar con los delfines o bucear en los arrecifes.

Después de marcharse de la cabaña de Alex, David se había duchado, vestido y hecho un par de llamadas por teléfono. Aun así, había llegado al Tiki Hut antes que ella.

Si Alex lo había visto en la mesa, no se había dado por aludida y había ido directamente adonde estaban sentados John y Hank. Mientras los veía charlar, David tenía la impresión de que parte del entusiasmo y de las caricias que Alex le estaba dando a Seymore eran un claro mensaje para él; una forma de decirle que la dejara en paz.

Pero más que celos, lo que sentía en aquel momento era una inmensa preocupación. Habían hallado a una mujer muerta en la playa, y él no había vuelto a saber nada de Alicia Farr, que era rubia. David no podía dejar de darle vueltas al asunto.

Por lo que había oído, Jay estaba convencido de que había sido una broma o Alex había confundido a una bañista dormida con un cadáver. David descartaba aquella posibilidad. Alex era muy inteligente y jamás se habría marchado sin antes comprobar que el cuerpo no mostraba el menor signo vital.

Y si no había sido una broma, una de las personas que estaban en la isla había movido el cadáver. Aquello significaba que Alex podía correr un grave peligro. A fin de cuentas, Len podía haberlo comentado con alguien más. Tal vez con un ex marino. La presencia de John Seymore en Moon Bay seguía siendo un enigma para David.

Con suerte, pronto lo descifraría.

—¿Y bien? —preguntó Jay.

—Lo siento. ¿Qué decías?

David estaba tan absorto en sus pensamientos que no se había dado cuenta de que Jay le estaba hablando.

–Preguntaba si sería una producción fotográfica o una búsqueda.

–¿A qué te refieres?

–A la próxima excursión.

–La verdad es que estaba buscando una cosa, pero mi contacto principal parece haber desaparecido.

Mientras contestaba, David pensó que, si no había desaparecido, su contacto era el misterioso cadáver de la playa. Entonces, volvió a concentrar su atención en Alex.

Los músicos estaban tocando una rumba. Ella estaba de pie y en brazos de John, riendo a carcajadas. Le brillaban los ojos; llevaba el pelo suelto, unos zapatos de tacón y un vestido que le realzaba las curvas y la convertía en una atracción irresistible.

Al cabo de unos segundos, David volvió a mirar a Jay.

–¿Y tú? ¿Seguro que no has oído nada? –le preguntó.

–¿Yo? –contestó Galway, entre risas–. La mayor emoción en mi vida es daros alguna pista a los grandes, como tú.

–Bueno, ahora mismo estoy buscando algo, así que si tienes algún dato, lo que sea, me gustaría saberlo.

–Eres el primero al que se lo diría –aseguró Jay.

–Es interesante que digas eso, con Seth Granger aquí, listo para pagar lo que sea.

Granger tenía más de sesenta años, pero se mantenía muy en forma. Aquella noche estaba en la barra del Tiki Hut con Ally, la madre de Zach. La mujer tendría cerca de cuarenta años y, por lo que David sabía, era viuda y estaba preocupada por tener que criar a su hijo sola. Aunque Seth no solía caerle bien a casi nadie, Ally parecía mirarlo con mucha admiración. Tal vez estuvieran hechos el uno para el otro.

–Ya sabes cómo es Seth –dijo Jay–. Siempre está buscando algo para llenarse de gloria. No lo juzgo. A fin de cuentas es rico, le encanta el mar, y le gustaría ser famoso. Es genial, ¿no crees? Tiene toneladas de dinero, no tiene ni idea y, aun así, quiere estar en el centro de la acción. De empresario a buscador de tesoros.

–¿Y por qué no? La mayoría de las expediciones necesitan financiación.

–Sí, por qué no. A mí me encantaría hacer eso. Tengo un buen trabajo, pero ojalá tuviera sus recursos. O tu reputación. Cualquier empresa de productos relacionados con el agua está dispuesta a financiarte lo que sea.

–Me conoces y sabes que todo lo que tenga que ver con el agua me fascina –murmuró David, distraído.

En aquel momento, Alex estaba muy cerca de John. Demasiado cerca. David se disculpó con Jay, se puso de pie y se acercó a la pareja. A Alex no le gustaría nada, pero si Seymore era un verdadero caballero, no se mostraría ofendido porque los interrumpiera.

Bastó que le palmeara el hombro a John para saber que su presunción era correcta. El otro hombre lo miró con simpatía y dio un paso al lado.

Alex le dirigió a David una mirada cargada de odio. Pero como no quería montar un escándalo en el Tiki Hut, dejó que la tomara de la cintura.

–¿Qué haces? –preguntó ella.

–Bailar.

–Sabes que no quiero bailar contigo.

Él no le hizo caso y dijo:

–Supongo que aún no has tenido oportunidad de hablar con Seymore.

–John y yo hemos tenido muchas charlas.

–Yo también. De hecho, le he mencionado alguno de los motivos por los que estoy aquí.

–¿Y tiene algo que ver conmigo?

–Desde luego.

Alex arqueó una ceja.

–Supongo que me lo dirás, quiera saberlo o no.

–No estamos divorciados.

–No seas ridículo –protestó ella–. Has firmado los papeles.

–Sí, pero al parecer ha habido un error en el proceso. No tendría que haber firmado todas las líneas de puntos. Y como los documentos se rellenaron mal, han declarado nula la sentencia. Sé que estás ocupada, pero necesito pedirte que vayamos juntos a ver a mi abogado para

rectificar la situación.

Alex se quedó inmóvil en el lugar, mirándolo detenidamente. David seguía rodeándola con los brazos, sintiendo el sensual roce del pelo de Alex en las manos. Aunque sabía que tenía que apartarse, no lo hizo.

–¡Eso es imposible! –exclamó ella.

–Lo siento.

–No puedo...

–Mira, Alex, sé lo impaciente que estás por librarte de mí. Lo siento, pero seguimos casados.

En aquel momento, David quería que se lo tragara la tierra.

–Es imposible –repitió ella.

Él se encogió de hombros, como si entendiera perfectamente su consternación.

–Lo siento.

–Ya intentaré sacar tiempo para ir a ver a tu abogado.

–Estupendo. Bueno, tu amante te está esperando, así que no te retendré mucho más. Pero antes necesito que me escuches. Alex, tienes que tener cuidado.

Ella se apartó, lo miró a los ojos y movió la cabeza en sentido negativo.

–Entiendo a qué has venido y, francamente, me sorprende que te hayas tomado el trabajo de preguntarme qué sería lo más conveniente para mí. Pero no me creo

este interés repentino. ¿Dónde está Bebe-como-se-llame?
¿O la licenciada de Harvard, Alicia Farr?

La pregunta de Alex lo estremeció. David tenía el presentimiento de que el cadáver que había aparecido y desaparecido era de Alicia.

–Alex, me temo que estás en peligro.

Ella negó con la cabeza.

–Si nadie me cree cuando digo que he visto un cadáver, ¿por qué tú sí?

David vaciló algunos segundos.

–Te conozco –contestó al fin–. No eres tonta. Debes de haberte acercado lo suficiente para asegurarte.

–Gracias por el cumplido. Ojalá Nigel Thompson pensara lo mismo. No he podido convencerlo de que no es imposible que alguien haya movido el cadáver. Ahora te agradecería que me soltaras.

Él obedeció, pero en cuanto Alex comenzó a caminar, la tomó del brazo. Ella se volvió y lo miró a los ojos.

–No confíes en nadie –dijo David.

–Ciertamente, no confío en ti.

–Ya estoy harto de esto.

–¿De verdad? –replicó ella, desafiante.

–No tienes motivos para desconfiar de mí. Nunca los has tenido. Das por supuesto que cuando no te llamaba por teléfono estaba con otra persona. ¿Y sabes qué, Alex?

Esa desconfianza es muy frustrante.

–Lo siento, pero de todas formas lo nuestro se ha terminado. Cuando te pedí el divorcio, aceptaste sin dudar. Probablemente te alegraste de no tener que seguir aguantando mis manías. ¿Y ahora me vienes con que quieres convertirte en mi héroe y defenderme de un peligro que no existe?

–Alex, me conoces. Sabes qué tipo de hombre soy. Ódiame, si quieres, pero ahora mismo, confía en mí.

–Esto está lleno de gente. No creo que esté en peligro en el Tiki Hut. ¿Confiar en ti? No seas ridículo.

De pronto, a Alex se le dibujó una sonrisa en la boca.

–¿Qué? –preguntó él, confundido.

–Me hace gracia que de repente estés tan decidido a disfrutar de mi compañía. Pensar en las veces en las que... Bueno, no importa.

–¿De qué hablas?

–Ya no importa. Se acabó.

–En realidad, no.

–Todo ha terminado, menos las discusiones.

–Tal vez fue eso lo que nos faltó: discutir.

–¿Crees que deberíamos haber tenido un par de peleas más?

David tenía la extraña sensación de que aquella era la primera vez que hablaban en serio. Lástima que John

eligiera el momento más inoportuno para volver.

–Ya que no estás bailando, ¿me permites? –dijo, tocándole el hombro.

–Y están tocando salsa –comentó Alex–. Con lo que me gusta.

–¿Salsa? –murmuró John–. No estoy seguro de saber cómo se baila...

–Yo sí –afirmó David, tomando a Alex de la cintura otra vez–. Te la devolveré para la próxima canción.

–¿Desde cuándo bailas salsa? –preguntó ella cuando comenzaron a moverse.

–Desde que un amigo se casó con una profesora de baile.

Aunque estaba sorprendida, Alex no podía negar que David sabía lo que hacía. Él jamás había imaginado que las clases de baile que había dado poco antes le servirían tanto. Alex también era buena bailarina; probablemente había mejorado desde que trabajaba allí y trataba de distraer a los turistas en el Tiki Hut.

A pesar de lo mucho que estaba disfrutando del momento, David se lamentaba de que la música les impidiera seguir hablando. Al final de la canción la hizo girar y, por último, la atrajo de nuevo hacia sus brazos.

Alex se quedó mirándolo a los ojos durante varios segundos antes de darse cuenta de que la música había terminado y que todo el bar los estaba aplaudiendo.

Él sonrió lentamente y la apretó contra su pecho.

–El baile ha terminado –dijo ella, apartándose con brusquedad.

–Eres un hombre de innumerables talentos –comentó una mujer.

Al volverse, David vio a la ayudante de Alex, una joven rubia que tenía un codo apoyado en la barra.

–Gracias.

–¿También sabes bailar el cha-cha-chá?

–Sí.

–En ese caso, ¿me concederías este baile?

–Será un auténtico placer.

Acto seguido, David la tomó de la cintura y comenzaron a bailar.

–¿Por qué os separasteis? –preguntó Laurie, con franqueza.

–La verdad es que no lo sé.

–Estoy segura de que yo sí lo sé. Debe de ser muy difícil estar contigo.

–¿Difícil? Nada de eso. No seré un experto, pero puedo cocinar. Sé para qué sirven todos los botones de la lavadora y suelo acordarme de bajar la tapa del inodoro.

Ella soltó una carcajada.

–¿Lo ves? Tenía razón.

–¿Perdón? ¿Cuál es la dificultad?

–No necesitas a nadie –dijo ella–. Así que para los demás es muy duro descubrir qué pueden hacer por ti.

Laurie no tenía razón, pero era sincera y lo hizo sonreír.

Cuando terminó la música, David se lamentó de haber mostrado sus dotes de bailarín con Alex, porque todas las mujeres del Tiki Hut querían que bailara con ellas.

Mientras estaba bailando un mambo se dio cuenta de que, en algún momento, Alex y John se habían marchado.

Alex estaba furiosa. Justo cuando las cosas comenzaban a mejorar, David había vuelto a su vida y lo había estropeado todo.

Mientras caminaban hacia su cabaña, John le pasó un brazo por los hombros.

–Odio reconocerlo –dijo–, pero habéis estado geniales. ¿Bailabais mucho cuando estabais casados?

–No. Siempre estábamos buscando tesoros sumergidos, rodeados de orcas o viviendo cualquier otra aventura.

–Es extraño.

–¿Qué?

–La forma en que lo dices. Te gusta el mar tanto como a él.

–¿De verdad? No me gustan los tiburones. Estaba aterrada cada vez que me metía al agua con ellos, pero siempre había una multitud de fanáticos alrededor, y no quería quedar como una cobarde. Me encanta el mar, pero

prefiero a las criaturas amigables y de sangre caliente.

–Adoras a tus delfines, ¿no es cierto?

Ella se encogió de hombros. Si bien le gustaba que John la abrazara, al mismo tiempo tenía una sensación de malestar. David le había dicho que seguían casados, y aunque sólo fuera una formalidad y llevaran un año separados, Alex se sentía incómoda.

–Adoro a mis delfines –dijo, al cabo de un rato–. Son unos animales increíbles. Lo que más me gusta es que parecen estudiarnos tanto como los estudiamos a ellos, y así como nosotros aprendemos sus costumbres, ellos aprenden las nuestras. A veces, su afinidad con el hombre puede ser peligrosa para ellos. Especialmente en su hábitat natural. Con todo, la comunicación que compartimos es fascinante.

–Son increíbles. Los he visto hacer cosas impresionantes. Nunca trabajé con ellos –se apresuró a aclarar–, pero he visto lo que son capaces de hacer.

Alex estaba disfrutando de la compañía de John. No obstante, tenía que reconocer que parte del atractivo radicaba en que sabía que a David no le gustaba verla con otro hombre.

Al llegar a la cabaña, las sombras de la noche le hicieron recordar el cadáver de la playa. No era que lo hubiera olvidado, pero las dudas de los demás habían hecho mella en su determinación. No sabía si estaba loca por haber creído que la mujer estaba muerta o si lo estaba por hacerle caso a Jay y mantener el secreto.

Estaban de pie junto a la puerta trasera de la cabaña, y probablemente John esperaba que lo invitara a entrar. Por

la mañana, Alex había fantaseado con aquella situación y no iba a dejar que la repentina aparición de David en Moon Bay le alterara los planes. Miró a John a los ojos y sonrió. A él se le iluminó la cara.

–Eres especial –dijo él.

–Tú también...

John la rodeó con los brazos y la besó. Alex se entregó al momento, pero no pudo evitar analizarlo todo al detalle. John tenía una boca muy apetecible, era generoso y receptivo a la vez, le acariciaba el pelo sensualmente, le lamía los labios, la mordía con delicadeza y voracidad. En el aspecto físico, era increíble. El único problema era que Alex no conseguía olvidarse de David. Y menos sabiendo que estaba en la isla.

Dio un paso atrás y le acarició la mejilla a John.

–Te quedarás en Moon Bay durante un tiempo, ¿verdad? –preguntó.

Alex esperaba que entendiera que intentaba decirle que estaba interesada por él, pero que aquel día había sido muy largo y agotador.

–Podría quedarme mucho, mucho tiempo –contestó él, con una sonrisa cómplice–. Me encantaría entrar, pero te entiendo perfectamente. Aunque la verdad es que tenía la ilusión de pasar la noche contigo.

Ella se sonrojó.

–Creo que no he hecho nada que insinuara que...

–No, pero eres la mujer más fascinante que he conocido

en siglos. No importa. Buenas noches. Estaré por aquí.

–Sé que has hablado con David. Quiero que sepas que, independientemente de los tecnicismos, estamos divorciados.

–No me preocupan las cuestiones legales.

–A mí tampoco.

–Pero si supiera que la resolución de vuestro divorcio depende de algo más profundo que unos cuantos papeles, me apartaría.

Aquellas palabras hacían que John le gustase mucho más. No estaba dispuesto a formar parte de un triángulo amoroso, ni a ser el sustituto de nadie.

–Sólo es un asunto legal. De verdad.

Alex esperaba haber sonado sincera, pero no estaba segura de haberlo hecho, ni de que John hubiera oído su réplica.

–Buenas noches, Alex.

John le besó la frente, bajó los dos escalones de la entrada y desapareció entre los árboles. Mientras lo miraba partir, Alex volvió a sentir el agobio de las sombras de la noche y se apresuró a entrar en la casa. Jamás en su vida había tenido miedo, y la sensación le resultaba irritante.

Aunque la imagen se había desvanecido durante un rato, en aquel momento podía recordar vívidamente al cadáver de la playa. Un cadáver que había desaparecido.

Cerró la puerta con llave y, casi presa del pánico, recorrió todas las habitaciones para asegurarse de que las puertas y las ventanas estuvieran cerradas.

Entretanto, no dejaba de maldecir a David. De no haber sido por él, John estaría en la casa con ella. Entonces no temería ni a las sombras ni a los recuerdos.

Entró en el dormitorio que utilizaba como despacho, comprobó que la ventana estaba cerrada y hasta se tomó el trabajo de mirar en el armario.

Al parecer, la sugerencia de David de que podía estar en peligro la había dominado por completo. Por suerte, el despacho estaba vacío y seguro.

Por último, fue a su dormitorio, se puso un pijama y se metió en la cama. La luz del baño, que había dejado encendida, siempre le había suministrado iluminación suficiente. Sin embargo, aquella noche sólo servía para generar más sombras.

Por lo general, el sonido de las olas y la brisa del mar entre los árboles la arrullaba, pero aquella noche le parecía un murmullo amenazador.

Poco después de acostarse oyó un golpe extraño y estuvo a punto de gritar. Se levantó de un saltó y salió de la cama. Era como si un objeto pesado hubiera aterrizado en su tejado.

Se quedó de pie en medio de la habitación y esperó en silencio. No se oía nada, y pensó que tal vez su imaginación le había jugado una mala pasada. Suspiró con frustración y salió del dormitorio de puntillas. Cruzó el pasillo y entró en la cocina. Desde allí podía ver tanto el salón como el despacho y los ventanales traseros. Vio que

la cortina estaba parcialmente abierta, aunque no estaba segura de haberla dejado así.

El ruido que había oído procedía del tejado. La chimenea del salón era demasiado estrecha como para pensar en la posibilidad de que alguien se metiera por allí.

Por lo tanto, estaba a salvo. No había sido nada. Estaba dejando que los sonidos de la naturaleza la asustaran, porque seguía nerviosa por los acontecimientos del día.

Probablemente, sólo se trataba de un coco. Aun así, quería asegurarse. Caminó hacia el fondo, tratando de permanecer detrás de la cortina, y espió por la ventana. Apartó un poco la tela para ver mejor y gritó aterrada.

Capítulo 4

Laurie pensó que todos se habían ido. Primero Alex y John; después, David. Aunque había gente alrededor, el Tiki Hut parecía vacío. Los músicos estaban tocando un calipso, y era una música que la adormilaba.

Se dijo que Alex estaba loca. Había estado casada con David Denhem y se había divorciado. Era obvio que no sabía lo difícil que era conseguir una buena pareja, de lo contrario seguiría casada.

Tal vez Alex creía que nunca tendría que ir a bares de citas como el que ella había visitado en Cayo Largo. Probablemente estaba en lo cierto, porque había algo en ella que atraía a los hombres.

A Laurie le habría gustado tener aquella seducción innata. Dudaba que fuera algo que se adquiriera con la edad, porque Alex sólo tenía tres años más que ella. Aunque, en realidad, no todo tenía que ser tan perfecto para Alex como parecía.

–Te acuestas tarde, por lo que veo –le dijo Hank.

Laurie se sobresaltó. No lo había visto antes, pero el Tiki Hut estaba repleto, y debía de estar perdido entre la multitud. Vio que Jay estaba en la otra punta del bar, charlando con Seth y con otros huéspedes. La estaba mirando y sonreía. Lenguaje de señas, algo típico en Jay.

Una forma de decirle que debía ser amable.

Laurie asintió y, como le había indicado, se volvió para sonreír a Hank. Él consideró el gesto como una invitación y se sentó frente a ella.

–¿Te molesta que te haga un par de preguntas? – preguntó.

–En absoluto.

En aquel momento, Laurie se dio cuenta de que el periodista era muy atractivo.

–Parece que me tienes miedo –dijo él, con una sonrisa.

–¿En serio? Bueno, todos conocemos el poder de la palabra escrita.

–Sinceramente, no tienes por qué ser tan precavida. No he venido a hacer una crítica. Voy a hacer un reportaje completo del lugar.

–¿Bueno o malo?

–Digamos que intentaré reflejar la realidad.

–Moon Bay es un buen lugar –afirmó ella.

Hank sonrió con más intensidad.

–La verdad es que sí. Moon Bay parece cumplir todo lo que promete, lo cual es muy importante. Que sea un establecimiento familiar no significa que no merezca una crítica halagüeña.

–No es exactamente un establecimiento familiar...

–Tal vez no, pero a mí me ha dado muy buena impresión, y eso es lo que importa.

Laurie sonrió complacida.

–Eso es genial. Me encanta Moon Bay. No sólo porque trabajo aquí; me gusta de verdad. Es un lugar maravilloso.

–¿Con la felicidad y el bienestar de los huéspedes destacados en la mente de todos, todo el tiempo?

–Sí, por supuesto –murmuró ella, bajando la mirada.

Laurie no estaba segura de que aquello fuera cierto. Se preguntaba qué pasaría si resultaba que lo de la playa de aquella tarde no era una broma. Si Alex tenía razón y la mujer estaba muerta, el asesino había regresado para sacar el cuerpo de allí.

–¿Qué pasa?

De repente, Laurie supo por qué Hank Adamson era un periodista tan respetado. Hacía preguntas informales y, como los entrevistados no se sentían intimidados, respondían con la verdad.

–¿Qué pasa con qué? –preguntó, inocentemente.

–Ibas a decir algo. ¿Es que tienes la impresión de que la dirección no se preocupa tanto como debería por la seguridad? Te prometo que no mencionaré tu nombre.

Laurie lo contempló con detenimiento, sonrió y se acercó un poco para poder hablar con más intimidad.

Él hizo lo mismo, ansioso por conocer los trapos sucios de Moon Bay.

Entonces Laurie se echó de nuevo hacia atrás y dijo:

–Lo siento, no tengo nada malo que decir de este lugar.

Adamson se reclinó en el respaldo, visiblemente decepcionado, y movió la cabeza de un lado a otro.

–Si ocurriese algo importante, ¿crees que los empleados se enterarían?

–¿Algo como qué? ¿Que viniera el presidente o algo así?

–No. Algo como que Moon Bay estuviera implicado en un asunto turbio.

–¿En un asunto de drogas? ¿Aquí? Imposible –aseguró ella.

–No me refería a eso.

–¿Inmigración ilegal? No con Jay cerca. No se arriesgaría a contratar a un indocumentado aunque su vida dependiera de eso. Les tiene pánico a las multas de Hacienda.

–Tampoco me refería a eso.

–Y entonces, ¿qué?

–No lo sé. Esperaba que tú lo supieras.

–No tiene sentido. Esto es un centro turístico, habilitado para trabajar con mamíferos marinos. ¿Qué podría pasar?

A Laurie se le hizo un nudo en el estómago al recordar el cadáver de la playa.

–¿Has oído hablar de una mujer llamada Alicia Farr? – preguntó Adamson.

–Desde luego. Es como la versión joven y femenina de Jacques Costeau.

–¿La conoces personalmente?

–No. Creo que es amiga o conocida de Alex. A veces trabaja con David. Y estoy casi segura de que Jay también ha trabajado con ella.

–¿No ha estado aquí en las últimas dos semanas?

–No, a menos que se haya escondido en la maleza. ¿Se supone que está aquí?

Laurie estaba disfrutando de la charla. Le resultaba divertido someterse al interrogatorio de alguien como Hank Adamson.

–Se rumoreaba que estaría aquí, pero supongo que no era cierto.

–Que yo sepa, no.

–¿Estás segura de que no está aquí? –insistió él.

–Hay unas veinte cabañas privadas. Ocho pertenecen a los empleados, y doce se alquilan a los huéspedes – puntualizó Laurie–. Pero, sinceramente, creo que sería muy difícil que alguien estuviera en Moon Bay sin que lo vieran las camareras o los jardineros. Estoy segura de que no está aquí. Estamos en las Antillas, y hay cientos de lugares apartados en las otras islas. Tal vez esté en cualquiera de ellos. Siento decepcionarte. ¿Querías entrevistarla?

–Estoy haciendo un artículo sobre Moon Bay, pero muchas veces, los periodistas descubrimos una gran noticia mientras estamos con otra cosa.

–¿Por eso te habría gustado encontrarla?

–Habría sido interesante. Sabes cómo es, ¿verdad? ¿La habrías reconocido si la hubieras visto?

–Claro que sí. He leído montones de artículos sobre ella y la he visto por televisión.

De repente, Laurie bostezó y se cubrió la boca con la mano.

–Lo siento –se disculpó.

Laurie lo sentía de verdad. Aunque Hank era muy atractivo, no estaba interesado por ella, sino por lo que podía sonsacarle. Y ella no tenía intención de decirle nada. Tenía órdenes explícitas de no mencionar el cadáver que Alex y ella habían visto en la playa.

Se puso de pie y dijo:

–Tendrás que disculparme, pero los sábados son agotadores. La gente viene desde Dade County, y a los que viven por aquí les gusta comer en el restaurante.

Hank se levantó.

–Gracias por todo.

–De nada. Este sitio es maravilloso. No miento ni estoy tratando de cumplir con mi trabajo al decirlo. Y Alex es la mejor instructora de delfines que hay.

–Sí, eso dicen –murmuró él–. ¿Puedo acompañarte a tu

cabaña?

–No tengo cabaña. Sólo tengo que cruzar la carretera e ir a las habitaciones del personal. No te preocupes; si quieres, puedes ir a preguntar a los otros empleados. Verás que todo lo que te he dicho es cierto.

Hank se puso colorado. Ella se despidió con un gesto de la mano y se marchó del Tiki Hut.

Mientras caminaba pensaba que la noche parecía especialmente oscura. El cielo estaba cubierto de nubes. Todo hacía pensar que se avecinaba una tormenta de verano. La semana anterior habían tenido varios días agradables; algunos con el mar más revuelto que otros, pero no lo suficiente como para arrastrar a un cadáver hasta la playa.

De pronto, Laurie oyó un sonido extraño que la hizo pararse en seco. Sintió que se le erizaba el vello de la nuca y pensó que aquello no era una buena señal. Se dio la vuelta y no vio nada, sólo los arbustos, que parecían más negros que nunca. Tuvo la impresión de que un cadáver la acechaba por el camino.

–No seas ridícula –se dijo, en voz alta.

En aquel momento, volvió a oír algo entre las matas. Se acercó al lugar de donde provenía el sonido, con el corazón latiendo a toda velocidad. Giró en círculo lentamente y echó un vistazo a su alrededor.

De nuevo el mismo sonido. Se volvió rápidamente y vio a una enorme comadreja que salía de los arbustos. Respiró aliviada y se rió de sí misma.

Después, se volvió y se dispuso a regresar al camino.

Pero entonces se chocó con algo negro y duro, y, antes de que pudiera reaccionar, alguien la rodeó con los brazos.

–¡Alex, por el amor de Dios!

Los cristales amortiguaban la voz de David, pero su impaciencia era evidente. Alex respiró aliviada al descubrir que era él quien estaba fuera. Aun así, abrió la puerta corredera y gritó:

–¡Idiota! ¿Qué diablos haces ahí? Me has dado un susto de muerte.

Él avanzó hacia la casa. No había mucha luz, pero Alex pudo ver que llevaba la misma ropa que tenía en el Tiki Hut. En cambio, ella llevaba la camiseta de Moon Bay que usaba para dormir. Aunque habían estado casados y se pasaban la vida en traje de baño, se sentía más desnuda y vulnerable que nunca.

David entró en la cabaña, echó un vistazo a la puerta principal y se volvió para escrutar el salón.

–¿Hay alguna otra forma de entrar?

–¿Haciendo magia? –ironizó ella.

–Muy graciosa. ¿Hay otra forma de entrar o no?

–Como puedes ver, hay una puerta principal y una puerta trasera.

Él no le hizo caso y se dirigió al pasillo que conducía a los dormitorios y al cuarto de baño. Alex empezó a seguirlo, pero se detuvo enseguida. Lo último que quería era estar con él cerca de una cama. Cuando David regresó, unos segundos después, ella frunció el ceño y encendió la

luz de la cocina. Estaba tenso, como un tiburón acechando a su presa.

–¿Qué demonios haces? –preguntó Alex.

–Había alguien rondando tu cabaña, mirando por las ventanas. Lo he perseguido, pero ha conseguido escapar.

–Si alguien estaba merodeando afuera, eras tú.

–Alex, hablo en serio.

–Yo también.

–Entiende de una vez que estoy preocupado.

Ella se cruzó de brazos y declaró:

–Entiéndelo tú de una vez: no tienes que preocuparte por mí. Me importan un bledo los tecnicismos. Ya no estamos casados, y podría no haber estado sola.

–Te conozco y sé cuánto te importan los detalles técnicos.

–Me has seguido cuando estaba con otro hombre, con alguien capaz de cuidar de mí si estuviera en peligro.

–Alex, no conozco a ese tipo, y tú tampoco –afirmó él, con seriedad–. Y estamos hablando de una situación de vida o muerte.

De repente, ella vio al hombre que conocía de la televisión, al que alguna vez había sido parte esencial en su vida. Al profesional que exudaba autoridad, absolutamente convencido de lo que decía. Y por alguna razón, se estremeció.

La mujer de la playa estaba muerta. Le daba igual lo que dijeran los demás; lo que había visto aquella tarde era un cadáver. Y había desaparecido.

–Tal vez quieras explicarme qué pasa.

Él la miró en silencio durante un largo rato.

–Creo que estarás más segura cuanto menos sepas –dijo al fin.

–¿Por qué? ¿Crees que estoy en peligro?

–Sí.

–¿Por qué?

–Has encontrado un cadáver en la playa. Un cadáver que ha desaparecido.

Ella negó con la cabeza.

–Ya hemos hablado esto. Jay y el comisario están convencidos de que me han gastado una broma.

–Pero tú sabes que eso no es cierto.

Alex no podía evitar sentirse reconfortada por la confianza de David. Lo conocía y sabía que creía en ella. Con todo, necesitaba mantener las distancias.

–Debes de tener una razón para estar tan convencido.

–¿Te apetece tomar un café?

–No.

–¿Te molesta que me prepare una taza?

–Sí.

Alex estaba segura de que no le haría caso. Él la miró como si se estuviera comportando como una niña malcriada, entró en la cocina y empezó a preparar el café.

–¿Podrías dejar de actuar como si estuvieras en tu casa?
–protestó ella–. Yo haré el café; tú, habla.

–¿Qué aspecto tenía la mujer de la playa?

–No lo sé. Era rubia.

–¿No la reconociste?

Alex se estremeció.

–¿Reconocerla?

–Sí. ¿Sabes quién podría ser?

–No. Estaba en una posición extraña, y tenía el pelo sobre la cara. Le toqué el cuello para comprobar si tenía pulso. Y no sé cómo describirlo exactamente, pero era imposible no saber que estaba muerta.

–Pero has dejado que te convencieran de que no podía ser, de que estabas en un error, de que se había levantado y se había marchado.

Había cierto tono de decepción en su voz.

–El comisario estaba ahí –replicó ella–. Dudaba de mí. El cadáver ya no estaba. ¿Qué se suponía que podía hacer?

David se volvió a buscar un par de tazas y sirvió el café. Él lo bebía solo, pero sacó leche para el de Alex.

Ella lo miró conmovida, sintiéndose aún más desnuda que antes.

–¿Le has mencionado tu descubrimiento a tu enamorado? –preguntó él con naturalidad.

–No me gusta nada tu tono.

–Lo siento, no me gusta lo que está pasando.

–¿Estás celoso?

–No pretendo meterme en tu vida, si te refieres a eso –aseguró David–. Pero no me gusta lo que está pasando aquí.

–Sigues sin explicarme nada.

–¿Se lo has dicho? –insistió él.

–No, pero eso no quiere decir que no se lo vaya a contar –contestó Alex, molesta–. Quiero ver qué sucede mañana. El comisario vendrá a vernos para decirnos si hay algún desaparecido entre los pasajeros del ferry. Jay y él me han hecho sentir estúpida hoy, pero Nigel es un buen hombre, y no es tonto. Y aunque a ti pueda acusarte de muchas cosas, jamás diría que eres idiota. Así que dime qué está pasando.

–Temo que podría conocer a esa mujer.

A Alex se le paró el corazón.

–¿Quién crees que es?

–Alicia Farr.

–¿Alicia? ¿Y por qué iba a venir aquí? En Moon Bay no

hay nada interesante para alguien como ella. Aunque claro, tampoco lo hay para ti.

Alex se detuvo y lo miró con desconfianza.

–Ahora lo comprendo todo –continuó–. Me has dicho lo del problema en los trámites de nuestro divorcio, pero sólo porque querías aprovechar para resolverlo mientras estuvieras aquí. Claro... Has venido a reunirte con

Alicia.

–No.

–Eres un mentiroso. Sal de mi casa ahora mismo.

–No sólo he venido a verla a ella.

–David, si no te vas, llamaré a seguridad.

Él arqueó una ceja, consciente de que la seguridad de Moon Bay estaba compuesta por dos policías jubilados que se pasaban la noche jugando a las cartas. Hasta aquel día no había pasado nada grave en la isla. Y en lugar de recurrir a la seguridad del hotel, habían llamado a la policía.

–Vete de aquí –repitió ella.

–¿Es que no has oído lo que he dicho? Creo que Alicia está muerta.

Alex sintió un escalofrío en la espalda. No podía tener celos de un cadáver. Sin embargo, siempre había estado celosa de Alicia. La mujer tenía un espíritu libre, era inteligente y estaba llena de conocimiento, curiosidad y casi tanto amor por la aventura como David. Era

espantoso pensar que podía haber muerto.

A pesar de todo, se sentía traicionada. Tenía que reconocer que le gustaba la idea de que David la persiguiera desesperadamente.

David se acercó a ella, dejó la taza en la encimera, y la tomó por los hombros.

–Alex, créeme: no quiero que también te maten a ti.

Estaban hablando de la vida y de la muerte, y todo lo que ella podía sentir era la textura de la chaqueta y el calor que emanaba David. Respiró y recordó lo que aquellas manos podían hacer sobre su piel. Sentía los cambios que se producían en su cuerpo por tenerlo tan cerca, la tensión en sus senos, el calor y la humedad entre sus piernas.

Necesitaba apartarlo antes de que consiguiera derribar todas sus resistencias. Le apoyó una mano en el pecho, lo empujó y dio un paso al lado.

–Habla, David. Y hazlo deprisa. A las ocho de la mañana tengo que estar en el muelle.

Alex había sonado más fría y distante de lo que quería. Aunque no sentía demasiada simpatía por Alicia, la admiraba, y jamás había deseado que le hicieran daño, pero estaba demasiado aturdida como para aceptar la posibilidad de que estuviera muerta.

–Alicia me llamó hace un par de semanas. ¿Recuerdas a Danny Fuller?

–Desde luego. Venía con mucha frecuencia y era encantador.

El anciano había sido uno de los primeros submarinistas, y en sus últimos días había contribuido desarrollar algunos de los mejores equipos disponibles. Adoraba a los delfines, lo que lo convertía en alguien muy querido para Alex.

–Sí, llegué a conocerlo muy bien –siguió ella–. Y lo sentí mucho cuando me enteré de que había fallecido en un hospital de Miami. Por causas naturales.

–Lo sé.

–Fue por causas naturales, ¿verdad?

–Sí, y Alicia estuvo con él hasta el final.

–Me lo puedo imaginar: el pobre Danny a punto de morir, y ella tratando de que le dijera todo lo que sabía con el último hálito.

Alex sabía que Alicia no era mala persona, pero no podía evitar sentir envidia, porque además de ser inteligente, valiente y reconocida en el mundo entero, era muy atractiva. Estaba convencida de que David y ella habían sido amantes, aunque no sabía si antes o después del divorcio.

–Es probable que lo interrogara sin compasión –reconoció David–. Pero él la mando llamar, así que imagino que quería decirle algo antes de morir. El caso es que Alicia me llamó poco después de la muerte de Danny. Dijo que estaba organizando la mayor búsqueda del siglo y que quería que trabajara con ella. Y algo de lo que había descubierto tenía que ver con Moon Bay. En realidad, yo ya había pensado en venir, así que me pareció una buena oportunidad. Ella me dio una fecha y me dijo que estaría aquí. Lo que no sé es si también quedó con alguien más.

Cuando la llamé para confirmar la cita no pude localizarla, y cuando llegué aquí y no la encontré, imaginé que se habría adelantado para organizar las cosas. Ya sabes cómo es Alicia cuando tiene algo entre manos.

Ella no pudo evitar que se le escapara una sonrisa burlona. David prefirió no darle importancia y siguió con su relato.

–No me sorprendió tanto el no verla a ella como el encontrar que esto parecía estar lleno de visitantes extraños, desde Seth Granger hasta Hank Adamson, pasando por John Seymore, tu nuevo amigo. Después me enteré de que habías encontrado un cadáver en la playa.

Durante un rato, Alex se limitó a mirarlo en silencio. No sabía qué pensar ni por dónde empezar. Estaba impresionada. Había encontrado un cadáver, y podía ser el de Alicia.

Era mucho más fácil creer que Jay tenía razón y alguien le había gastado una broma enfermiza, aunque muy convincente.

–Tal vez Alicia decidió que ya no quería que participaras en su búsqueda espectacular. Puede que ya esté haciendo su expedición.

–O tal vez alguien más descubrió lo que tenía entre manos y la asesinó para quedarse con el tesoro.

–Si de verdad había un cadáver, ya no está –dijo Alex–. Y el comisario...

–He hablado con él. No ha visto a Alicia, y el cadáver sigue sin aparecer.

–Entonces no tienes nada concreto.

–Lo que tengo es un miedo tremendo de que una colega y amiga esté muerta, y de que alguien te esté acechando. Si el asesino piensa que has visto algo, puedes estar en peligro.

Ella movió la cabeza en sentido negativo.

–David, no me voy a poner paranoica por cosas que podrían ser. Si Alicia está muerta y alguien la ha asesinado por lo que sabía, ¿no crees que tú corres más peligro que yo? ¿Qué hay de tu seguridad?

–Puedo ocuparme solo.

–¿Haciendo qué? ¿Esperando? ¿Quedando con gente?

–Tengo a varios amigos investigando.

Alex lo miró detenidamente y se estremeció. David conocía a detectives privados, policías y militares de todo el mundo, y hablaba en serio. No quería imaginar lo que podía pasar si sus conjeturas eran ciertas.

–De acuerdo. Te agradezco que te preocupes por mi bienestar, y sentiría mucho que Alicia estuviera muerta. Sé lo que significaba para ti.

–No, la verdad es que no lo sabes. Jamás tuve un romance con Alicia. Era una buena amiga. Eso es todo.

Ella apartó la mirada y levantó las manos.

–Tu relación con ella no es asunto mío. Como he dicho, te agradezco tu preocupación. Tendré mucho cuidado, mantendré los ojos abiertos, y te prometo que si oigo algo,

te lo diré. ¿Ahora puedo ir a dormir? ¿O a intentar descansar un poco?

–No puedo dejarte sola.

–¿Qué?

–No puedo dejarte sola. ¿No lo entiendes? Si alguien cree que puedes demostrar que Alicia está muerta, que has visto algo, corres el riesgo de que quiera asesinarte.

Alex negó con la cabeza.

–Cerraré con llave. Vete, por favor.

Cuando sonó el móvil de David, los dos se sobresaltaron. Él se sacó el aparato del bolsillo y contestó.

–¿Diga?

Ella lo vio fruncir el ceño.

–Lo siento. Repítemelo, que no te he oído bien.

David salió afuera para intentar evitar las interferencias. Alex lo siguió, y aprovechó que estaba concentrado en la conversación para cerrar la puerta y correr las cortinas. Antes de que pudiera llegar al pasillo, oyó que golpeaban el cristal.

–¡Alex, no seas infantil! –gritó él–. ¡Déjame entrar!

–Estoy bien. Hablaremos mañana. ¡Vete!

–No me iré.

–No te dejaré entrar.

–Entonces dormiré en la terraza.

–Haz lo que quieras.

Furioso, David dio un puñetazo al cristal. Durante un momento, Alex temió que lo hubiera roto, a pesar de que se suponía que era a prueba de huracanes. Se quedó un largo rato mirando las cortinas, pero él no dijo nada más ni volvió a golpear los cristales.

Pensó que tal vez se había ido y decidió que lo mejor que podía hacer era tratar de dormir un poco. Después de dar muchas vueltas en la cama, por fin consiguió conciliar el sueño. Sin embargo, cuando se levantó a las seis, tenía la sensación de no haber dormido nada, como si su mente no hubiera dejado de darle vueltas a la situación.

Salió de la cama y corrió hacia la cocina. Tras unos segundos de vacilación, abrió levemente la cortina para mirar hacia fuera y vio que David se estaba desperezando. Comprobó asombrada que había pasado la noche en el sillón de la terraza.

En aquel momento, Alex sintió miedo. Mucho miedo.

Capítulo 5

David seguía molesto con Alex, incluso después de haberse duchado, afeitado y vestido. Le había cerrado la puerta y se había marchado a dormir sin dejarlo entrar. Si no había vuelto a su cabaña era porque había visto a alguien merodeando por la de Alex. Y porque la llamada que había recibido, lejos de tranquilizarlo, lo había inquietado más.

Con aquello en mente, se guardó la cartera y las llaves en el bolsillo y salió rumbo al puerto, esperando zarpar antes que el barco de buceo de Moon Bay.

Cuando se disponía a quitar las amarras del Icarus oyó que lo llamaban. Levantó la vista y vio que John se acercaba por el muelle. Hank y Jay iban detrás, charlando animadamente.

–Hola, John. Para ser alguien que se había pasado la vida buceando en el Pacífico, Seymore estaba muy bronceado. Aunque no significaba nada, porque aunque las aguas de la Costa Oeste eran muy frías, el sol brillaba tanto como en el Este.

–Es muy temprano. ¿Tienes algún destino lugar en particular?

–Sólo los sitios de buceo habituales –contestó David, consciente de que Seymore esperaba una invitación–. ¿Te

has apuntado al barco del complejo?

–No he podido; estaba lleno. Hank ha tenido el mismo problema. Hemos tratado de escabullirnos por nuestra cuenta, pero Jay nos ha sugerido que viniéramos aquí a ver qué programa tenías.

David no se lo podía creer. Lo último que quería en aquel momento era tener a Jay Galway, a Hank Adamson y al ex marino con pinta de surfista a bordo del Icarus.

Por otra parte, tal vez no fuera mala idea. Así podría saber dónde estaban los tres, y averiguar qué sabían.

Se encogió de hombros y dijo:

–Bienvenidos a bordo.

–Te agradezco la invitación. ¡Jay! ¡Hank! Nos vamos de paseo.

Jay subió detrás de John.

–Gracias, David. De verdad.

Él asintió, imaginando que a Jay no le había gustado tener que decirle al periodista que no podía salir de excursión.

–Es muy amable por tu parte –afirmó Hank, al subir–. ¿Puedo ayudarte con algo?

–No, gracias. Relájate y siéntete como en tu casa.

–¿Queréis que prepare un café mientras zarpamos? –preguntó Jay.

–Buena idea.

–Lo siento, debería haberlo pensado –dijo John, con una mueca de dolor–. Siempre he soñado con estar en un velero como éste, bebiendo cerveza y tomando el sol en la cubierta.

–Hay cerveza en la cocina. Sírvete lo que quieras.

David mantuvo una velocidad moderada hasta salir del muelle. Después dejó que el Icarus surcara las aguas a sus anchas hasta el primer sitio de buceo de los arrecifes, y redujo. Seymore y Adamson estaban con él en la cubierta y parecían disfrutar mucho de la travesía.

–¿Puedo llevar el timón? –preguntó John.

–Claro que sí.

David le entregó el mando y bajó las escaleras que conducían al camarote. Echó un vistazo rápido y se aseguró de que nadie había tocado su escritorio ni hurgado en su ordenador. Jay estaba sentado en uno de los sillones cercanos a la pequeña cocina.

–Justo a tiempo –le dijo–. El café está listo.

Jay conocía bien el Icarus. Había acompañado a David a una expedición en busca del Monday Morning, un yate que había naufragado en la tormenta. La embarcación estaba destrozada, pero llevaba una caja fuerte con unos documentos que los dueños querían recuperar. Aunque había sido un rescate sencillo, Jay había estado eufórico por haber tomado parte en el proceso.

–Gracias –dijo David.

Jay le alcanzó una taza de café solo.

–Para ser tan guapo, tienes un aspecto horrible esta mañana.

–No he dormido bien.

–Yo tampoco.

–¿Soñabas con cadáveres?

Jay no parecía sorprendido por la pregunta.

–No había ningún cadáver.

–No cuando tú llegaste.

–Le pedí a Alex que no dijera nada, dado que no teníamos pruebas.

–Y no lo hizo –aseguró David.

–¿Entonces quién te lo ha contado?

–Es una isla muy pequeña...

–Estaba seguro de que Laurie mantendría la boca cerrada.

–Laurie no ha dicho nada. Las cosas se saben.

–No vas a decirme cómo lo has averiguado, ¿verdad?

–No.

–Como he dicho, no había ningún cadáver –insistió Jay, frunciendo el ceño–. ¿Hasta qué punto crees que ha corrido el rumor?

–Quién sabe.

–Si los huéspedes se enteran de esto...

–No creo que la noticia llegue al resto de los huéspedes.

–Ha sido Len, ¿no es cierto? Y no trates de protegerlo.

–Da igual cómo me haya enterado. No le he dicho una palabra a nadie. Sé que Alex tampoco, y casi puedo garantizar que Laurie tampoco ha dicho nada. Tengo que preguntarte una cosa. ¿Por qué estás tan convencido de que Alex se equivoca?

Jay lo miró sorprendido.

–No había ningún cadáver. Y los muertos no se levantan y se van.

–Podrían haberlo movido.

–No soy idiota, David. Inspeccioné el lugar con el comisario. No había señales de que hubiera habido un cadáver ni de que se lo hubieran llevado. No había huellas ni marcas de arrastramiento.

–Eso no significa nada. Alguien con fuerza suficiente podría haberse cargado a la mujer al hombro, y el lugar está rodeado de palmeras. Las huellas en la playa son muy fáciles de borrar.

–Es imposible que hubiera un cadáver.

David lo observó en silencio durante unos minutos. Jay tenía la mirada esquiva e intentaba limpiar la encimera, aunque no estaba sucia.

–Parece que te asusta la posibilidad de que sea cierto. Y lo que es peor, parece que temes saber de quién podría

tratarse.

Jay levantó la vista.

–¡No seas ridículo! Jamás asesinaría a nadie.

–No he dicho que lo hicieras. Antes te he preguntado por Alicia Farr. Me aseguraste que no se había registrado en el complejo.

–No lo hizo.

–Se suponía que estaría aquí.

–Llamó una vez para preguntar si habría habitaciones disponibles en las fechas que quería, dijo que me volvería a llamar y no lo hizo –explicó Jay–. Ésa es toda la verdad. Se lo que estás pensando. Créeme, no había ningún cadáver. Y de haberlo habido, no podría haber sido de Alicia, porque no se registró. No estuvo en la isla.

–Yo no estaría tan seguro. Hace una semana, Alicia estuvo en Miami, alquiló un barco y dijo que se iba a una pequeña isla privada de las Antillas.

–¿Sabes la cantidad de islas privadas que hay por aquí? Tal vez pretendía venir aquí, pero cambió de idea. Debe de haberse quedado en otra parte, tal vez en la isla de algún amigo. ¿Estabas con ella en Miami?

David negó con la cabeza.

–¿Y cómo sabes lo que estaba haciendo? –añadió Jay.

–Porque me llamó. Después, cuando la llamé de nuevo, no la encontré y le pedí a un amigo que averiguara dónde estaba.

–Alicia es muy independiente. Sabe moverse sola.

–Cuando me llamó, me pidió que nos reuniéramos aquí, en Moon Bay. Parecía muy entusiasmada con la idea de venir. Fue muy precisa. ¿Cuando te llamó no mencionó nada de sus motivos para venir?

–No me dijo nada. Fue muy amable y preguntó por las fechas disponibles, pero eso fue todo.

Jay se puso pálido y frunció el ceño. David se volvió a mirar y vio que Hank asomaba por la puerta del camarote.

–¿Te importa si doy una vuelta por el velero? –le preguntó a David.

–Para nada. Estoy orgulloso del Icarus y me encantaría enseñártelo. Jay, ¿por qué no relevas a John en el timón para que pueda venir con nosotros?

–No hay problema. Sé pilotar esta nave.

David lo miró subir y pensó que Jay se había puesto muy nervioso mientras hablaban. Sudaba y tenía la mirada esquiva.

Mentía o estaba asustado. Tal vez, las dos cosas.

Alex había imaginado que Zach sería un problema. No lo era. El adolescente le había entregado su permiso de buceo y se había atendido a las recomendaciones e instrucciones sin rechistar. Su madre había decidido quedarse en tierra, a pesar de que habían programado hacer una parada en una de las islas principales antes de regresar por la noche a Moon Bay.

Doug Herrera era el capitán de la embarcación, y Mandy

García ayudaba a Alex. Todos se turnaban entre las excursiones de buceo y los delfines. Gil y Jeb estaban ocupados con las actividades de la mañana en la laguna, y Laurie tenía el día libre. En realidad, Alex esperaba ver a su amiga en el muelle, porque le encantaba bucear, sobre todo cuando había una parada programada en las islas mayores. Era una oportunidad de salir a comer y a tomar algo en los bares de la costa.

Pero Laurie aún estaba en el Tiki Hut cuando Alex se había marchado y, si había trasnochado después de un día como el que habían tenido, tal vez había preferido dormir hasta tarde. También cabía la posibilidad de que hubiera decidido no ir, porque sabía que Seth Granger iría a la excursión, y él siempre estropeaba las salidas.

Al llegar a Molasses, el primer sitio de buceo, Alex notó que el Icarus estaba anclado en las cercanías. Nunca anclaban en los arrecifes. La mayoría de los buceadores era consciente de la fragilidad de las madréporas y de que, si no debían tocarlas con las manos, mucho menos hacerles soportar el peso de un ancla. Sin embargo, David estaba demasiado cerca.

–Ése es buen velero –comentó Seth.

–Sí –reconoció Alex.

El Icarus era una embarcación magnífica, y tenía un aspecto increíble con las velas desplegadas. Pero aquel día estaban recogidas. Al parecer, David estaba usando el motor. La decoración del interior era espectacular. Los camarotes estaban provistos de todos los accesorios posibles, y tenía tres cómodos espacios para dormir.

–Deberías haber reclamado el velero –dijo Seth.

–¿Perdón?

–En la separación de bienes. Deberías haberte quedado con el velero. Es precioso. Aunque ahora tienes otra oportunidad. He oído que no estáis divorciados realmente.

–¿Dónde has oído eso?

Seth soltó una estruendosa carcajada.

–La gente habla. Moon Bay es una isla pequeña, y la gente se entera de todo.

Alex se sentía incómoda por la forma en que la estaba mirando.

–No lo quiero –afirmó–. Es de David. Ahora, si me disculpas, tenemos que meternos en el agua.

Alex había organizado a los excursionistas en parejas, basándose en sus permisos de buceo y en sus aptitudes, y había decidido que Zach se sumergiera con ella.

A pesar de que debía estar atenta a todo y controlando a los demás, Alex se sentía en paz cuando estaba en el agua. Zach iba pegado a ella, fascinado con lo que veía. Siempre había buceado en las frías aguas de Michigan y estaba embelesado con el arrecife. Era un placer verlo disfrutar entre los peces tropicales y las formaciones de coral.

Aunque se suponía que nadie debía alejarse demasiado, Seth se había apartado de su acompañante y del grupo. Alex le hizo un gesto a Zach y fue a buscar a Granger. Al principio se mostró algo hostil, pero finalmente aceptó seguirla.

Al regresar a cubierta, estaba molesto.

–He visto a David fuera del arrecife. Sólo pretendía saludarlo.

–Seth...

–Alex, nos conocemos bien.

–Si querías bucear solo, deberías haber hablado con David para que te llevara en el Icarus. Estoy segura de que lo habría hecho con mucho gusto.

–No seas ridícula. Sabes que sé moverme en el agua.

–Seth, ni siquiera yo buceo sola. Es muy peligroso. Si quieres quedarte aquí, tendrás que respetar las reglas. Si no, le pediré al capitán que te lleve de regreso a Moon Bay.

–Esta noche hablaré con tu jefe.

–Haz lo que quieras.

En las dos paradas siguientes, Seth siguió haciendo de las suyas, aunque esforzándose por simular que se alejaba para ver algo que le había llamado la atención.

Cuando terminaron la última inmersión, Alex se permitió su propio momento de placer. Zach estaba en el paraíso, y los otros buceadores estaban hechizados por la inconmensurable belleza que los rodeaba. Al llegar a la isla, todos estaban ansiosos por comer, beber y charlar sobre la experiencia que habían vivido.

–¡Buen trabajo, jefa! –le dijo Jeb mientras desembarcaban–. ¿Qué te parece si te vas a cenar y dejas que yo me ocupe de Seth?

Jeb era genial. Estaba en la universidad y sólo trabajaba

con ellos durante el verano. Era delgado, con el cabello oscuro y siempre revuelto, y tenía una fuerza y una energía que contrastaban con su aspecto huesudo. Nunca discutía con ella, la escuchaba atentamente y trataba de aprender y de asimilar toda la información que podía. Aunque todos los ayudantes eran buenos, Jeb era el favorito de Alex, después de Laurie.

–Eres un santo –declaró ella, agradecida.

Alex se despidió del capitán y fue a asegurarse de que todos los huéspedes estuvieran cómodos en el Egret Eatery, el pequeño restaurante costero. Al ver que Jay, Hank, John y David estaban en una de las mesas, Alex sintió un repentino malestar. Era obvio que los cuatro habían pasado el día juntos en el arrecife. Sabía que el Icarus había recorrido los mismos sitios, pero no se había dado cuenta de lo lleno que estaba el velero.

Estaba a punto de acercarse a la mesa, pero vio que Seth tenía la misma intención y se detuvo.

–Hola, colegas –dijo Granger, con su tremendo vozarrón–. ¿Puedo sentarme con vosotros? Bebed conmigo. ¿Qué os apetece?

–Una jarra de cerveza estaría bien –afirmó Hank.

–Para mí, un refresco –pidió David.

–No seas ridículo. No te vas a emborrachar por tomar una cerveza...

–No, pero prefiero un refresco.

David levantó la vista y descubrió a Alex en el otro extremo del restaurante. Ella sintió un escalofrío en la

espalda. Se suponía que estaba decidido a velar por su seguridad, pero la estaba mirando como si quisiera estrangularla. Al parecer, no había disfrutado de la noche en la terraza.

Sin embargo, se había quedado. Y creía en ella, creía que el cadáver que había descubierto era el de Alicia y que ella podía estar en peligro.

Alex estaba aturdida con todo lo que estaba pasando. Como la excursión casi había finalizado, decidió relajarse un poco y se volvió hacia la barra para pedirle una cerveza a Warren, el viejo marinero propietario del local.

–¿Qué tal van las cosas por allí? –preguntó el hombre–. Por aquí ha estado todo demasiado tranquilo.

–¿En serio? No sé qué pasará en el hotel, pero no hemos dado abasto con las excursiones y las actividades con los delfines.

Warren le sirvió la cerveza y señaló a la televisión.

–Tormenta de verano.

–Siempre hay menos turistas en esta época –le recordó Alex–. Los del norte se quedan en casa y van a las playas locales.

–Tal vez, pero otros años hemos tenido mucha más gente.

–¿Han dicho algo nuevo en el telediario? No he visto ninguna alerta. La última tormenta tropical viró hacia el norte, ¿verdad?

–Sí. Ahora hay una nueva en el horizonte. La llaman

Dahlia y ha alcanzado la categoría de tormenta tropical, pero creen que también irá hacia el norte. Creen que podría convertirse en huracán, pero para entonces estaría fuera de la zona. Aun así, la gente no parece salir tanto como antes. Suerte que has traído a tus huéspedes, porque estoy al borde de la quiebra.

–No te preocupes. Estoy segura de que las cosas mejorarán.

–Veo que tu ex está aquí. Para el negocio es muy bueno que venga. Se corre la voz, y la gente tiene la impresión de que éste es un lugar de moda. Pero ha sido una sorpresa verlo. ¿Tú estás bien?

–Por supuesto que sí –dijo ella–. Seguimos siendo amigos, y compartimos intereses profesionales.

–¿Sabes lo que creo?

–¿Qué?

Warren se agachó sobre la barra.

–Creo que ha venido por ti.

Alex pensó que, independientemente del problema con los trámites de divorcio, el motivo que había llevado a David hasta allí era el tesoro de Alicia.

–¿Sabes si Alicia Farr ha estado por aquí?

–No que yo sepa.

–Bien. Gracias.

–¿Quién es el rubio que está con tu ex?

–Un turista.

–No parece uno de tus típicos turistas...

–La verdad es que no –reconoció ella–. Gracias, Warren.

El lugar tenía buena ventilación, pero Alex sintió que le faltaba el aire. Tomó su cerveza y salió afuera. Caminó por el muelle, donde habían amarrado el barco del complejo, y siguió hasta el final para mirar el Icarus. No estaba amarrado; David lo había anclado y había llegado a la orilla en el bote salvavidas. Durante un momento, Alex se dejó atrapar por la nostalgia. Le encantaba aquel velero, y lamentaba que ya no formase parte de su existencia.

Sin embargo, había tenido su justa compensación. Bucear en los arrecifes siempre sería un placer, independientemente de quién estuviera en la excursión. Y tenía a sus delfines. Aunque pertenecían a la empresa propietaria de Moon Bay, los consideraba suyos, a Shania en particular. Sentía que entre ellas había un lazo muy especial. Shania la seguía a todas partes y más de una noche la había visto espiarla desde la laguna.

Y había aprendido a vivir sola. El año que había estado casada con David, había vivido un idilio arrollador. Pero hacia el final de su matrimonio había estado sola la mayor parte del tiempo. Si bien había sido su elección, lo cierto era que David no quería quedarse en un lugar, y ella deseaba tener un hogar, un espacio propio. Él se pasaba los días con mujeres que, como Alicia, compartían su necesidad constante de aventura, y Alex había dejado que las dudas se interpusieran entre ellos. Le había enviado los papeles del divorcio y, como él no había dicho nada, había dado por supuesto que estaba en lo cierto y que no era lo

que él quería o necesitaba. Tenía a Alicia, y a otras como ella.

En aquel momento, Alex recordó que David sospechaba que Alicia había muerto. Con aquella idea en mente, sacó el móvil del bolsillo y llamó al comisario.

–Hola, Nigel. Siento molestarte, pero estoy preocupada.

–Lo entiendo. Pero, por si te tranquiliza, he revisado todos los registros del ferry y nadie ha desaparecido. Todos los que se registraron en Moon Bay están sanos y salvos. Al igual que el resto de los viajeros.

–Gracias –murmuró ella.

–¿Alex?

–Sí.

–No creo que seas fácil de engañar. He enviado a unos cuantos hombres a inspeccionar el terreno. Pero no han encontrado nada.

–Gracias de todas formas, Nigel.

Alex se despidió del comisario y se guardó el teléfono en el bolsillo. Estaba tan concentrada que dejó escapar un grito al sentir que le tocaban el hombro. Se dio la vuelta, volcando la mitad de la cerveza.

–Lo siento –dijo Jeb–. No quería asustarte. Te he visto salir y te he seguido. ¿Me acompañas a comprar? Necesito una corbata.

–¿Tú necesitas una corbata?

Él hizo una mueca de resignación.

–Un amigo mío se casa en Palm Beach la semana que viene. He conseguido un traje, pero no tengo ninguna corbata decente.

Alex sentía que le iba a estallar la cabeza, pero no se le ocurría nada racional para resolver sus dudas. Tal vez, ir de compras con Jeb era una buena idea.

–¿Dónde está tu nueva chica, David? –preguntó Seth.

No llevaban mucho tiempo allí, pero Seth Granger ya se había bebido cinco o seis vasos de ron. Si David nunca le había caído particularmente bien, con unas cuantas copas le parecía detestable.

–¿Nueva chica?

–Alicia Farr. La hermosa Alicia Farr –puntualizó Seth–. Te he visto en tantas fotos con ella que supongo que estaréis liados. No ha venido contigo, ¿verdad? He oído que tenía algo entre manos y que iba a estar por aquí. Seguro que es algo que le dijo el viejo que se murió hace poco. Danny Fuller.

David se preguntaba si Granger estaba ebrio o sólo fingía. Se había pasado el día esperando a que a uno de sus invitados se le escapara algún comentario al respecto y no había conseguido nada. Y, de repente, era el ricachón desagradable quien sacaba el tema.

–Lo siento, Seth. Entre Alicia y yo nunca ha habido nada más que una amistad profesional. Tenemos muchos intereses en común, pero eso es todo. No veo qué motivos tendría para estar en Moon Bay.

–En realidad, hace unas semanas leí un artículo sobre

ella en una revista. No era una publicación muy respetable, pero el titular decía algo sobre los secretos que le había confiado el tal Fuller. El redactor insinuaba que el viejo le había revelado algo sobre un tesoro sin reclamar y que por eso iba a venir aquí.

Jay apoyó su cerveza en la mesa.

–¿Y por qué crees que iría a Moon Bay? –preguntó, exaltado–. Esta zona tiene docenas de islas.

–¿Tú también estás al tanto de los movimientos de Alicia, John? –preguntó David.

–Soy un buscavidas, lo confieso.

–Sé cuánto ganan los marinos –afirmó David–. No me lo creo.

–En cambio, yo puedo afirmar que lo soy –declaró Seth.

–Lo dudo mucho, Granger. Estás forrado.

–Tal vez, sea yo el buscavidas –dijo Jay, con sequedad.

–Diriges un complejo turístico de cuatro estrellas, y tus vacaciones son pura aventura.

–Sí, pero trabajo como un esclavo y no soy nadie –protestó Jay–. Pero pasé mucho tiempo con Danny Fuller, y estoy seguro de que tenía docenas de mapas de tesoros escondidos en la cabeza, cosas que había aprendido a lo largo de los años, y Alicia era su discípula preferida.

–Parece que todos estamos buscando a Alicia –opinó Seth–. Y se nos ha escapado.

–En realidad, yo no la conozco –les recordó John.

–Es cierto –afirmó David–. Seymore está aquí de vacaciones. Sólo ha venido a disfrutar del sol y de las aguas cálidas de la isla.

–Y de tu ex mujer –dijo Seth.

Todos se pusieron tensos ante el comentario. Por suerte, el teléfono de David rompió el silencio.

–Tendréis que disculparme –se excusó mientras se ponía de pie–. Pero fuera se oye mejor.

Acto seguido, David salió del lugar y atendió la llamada.

–¿Qué has averiguado, Dane?

–He ido al hospital donde murió Danny Fuller. Parece que Alicia iba a verlo a diario. Una de las enfermeras la oyó asegurarle una y otra vez que no le interesaba el dinero, sólo el descubrimiento. Y Danny le dijo algo que tenía que ver con los delfines. Aparentemente, las palabras «delfín» y «laguna» se repetían una y otra vez. Y hay una cosa más que creo que puede interesarte.

–¿Qué? –preguntó David, después de un largo silencio.

Dane Whitelaw no solía vacilar. Era un ex agente de las fuerzas especiales que había abierto su propia empresa en Cayo Largo y combinaba el buceo comercial con la investigación privada. Y cuando David necesitaba información, no había nadie tan capaz como él de averiguar lo que fuera.

–¿Sigues ahí, Dane? –insistió David.

–Sí.

–¿Qué me ibas a decir?

–La enfermera me ha dicho que también oyó el nombre de tu ex mujer.

–¿Qué?

–Ha dicho que los dos hablaban de una tal Alex McCord.

David digirió la información lentamente.

–Necesito otro favor –dijo.

–Dime.

–Necesito que investigues a un tipo. Si dice la verdad, no deberías tener problemas para averiguar sobre sus asuntos.

–¿Quién es el tipo?

–Un ex militar de la Armada. John Seymore.

Jeb tenía su corbata. Alex no estaba segura de cómo iba a quedar con el traje, pero era una muestra de la vida que le gustaba. Delfines celestes sobre un fondo azul cobalto.

Alex había comprado una corbata igual. Había sido un acto reflejo. El color de fondo era como los ojos de David, y tenía la costumbre de comprarle regalos como aquél.

–Maldición –murmuró mientras regresaban al restaurante.

–¿Qué pasa?

–Nada. Supongo que no me apetece ver a nuestro grupo.

En aquel momento, Alex vio a David apoyado contra una pared, fuera del local. Sólo llevaba un bañador verde oscuro, y estaba concentrado en una conversación telefónica.

–¿Lo dices por Seth Granger? –preguntó Jeb.

Ella se encogió de hombros.

–Exactamente.

Aunque Seth era insoportable, a quien Alex no quería ver era David. Estaba furiosa consigo misma por haberse dejado llevar por la tentación de comprarle la corbata.

–No es necesario que entres, Alex. El barco está al final del puerto. Puedes esperar ahí. Yo entraré a buscarlos. Espero que todos los que se hayan ido de compras estén de regreso, y que los que han bebido más de lo que han comido no estén demasiado borrachos.

Ella sonrió y le agradeció el gesto, y después empezó a caminar rumbo al muelle. Estaba atardeciendo, y era el momento del día favorito de Alex. Se sentía en paz cuando veía los tonos que adquiriría el cielo a aquella hora. En especial, cuando estaba sola. El lugar estaba vacío. La tarde era suya.

Se sentó al final del muelle, balanceando los pies mientras admiraba el paisaje y tratando de no pensar en el cadáver que había visto. Ni en el marido que de repente había recuperado.

Cuando David volvió al restaurante, Jeb estaba haciendo un recuento de sus pasajeros.

–¿Quién falta?

–Seth –dijo Zach.

–¿Has visto a Granger, David? –le preguntó Jeb.

–Lo siento, he salido a hablar por teléfono. Hasta entonces estaba en la mesa.

Jay entró en aquel momento, con una bolsa con el nombre de una tienda local en la mano. Miró a Jeb y arqueó una ceja.

–¿Algún problema?

–Hemos perdido a uno de los huéspedes –contestó Jeb, sin perder la calma–. Falta Seth Granger.

Jay se estremeció y miró a su alrededor.

–Estaba aquí hace veinte minutos. ¿Tú no lo has visto, David?

–Estaba hablando por teléfono.

–Ha dicho algo sobre salir a fumar –gritó Hank.

Adamson estaba de pie al final de la barra. David no estaba seguro de cuánto tiempo llevaba ahí. Miró a su alrededor y notó que John tampoco estaba, pero justo entonces lo vio aparecer desde el fondo del local.

–Perdón, John –dijo Jeb–. ¿Has visto a Seth Granger?

–No.

–Dejemos a Granger.

Las palabras fueron sólo un suspiro de fastidio, pero David estaba lo bastante cerca de Jay como para oírlas.

–Ya lo encontraremos –aseguró Jeb.

–Tal vez ha ido de compras –sugirió Zach.

David se acercó un poco más a Jay y le susurró en voz baja:

–Diles que regresen en el barco de Moon Bay. Nosotros podemos esperar a Seth.

Jay lo miró de reojo, con una mueca que ponía de manifiesto el desprecio que sentía por Granger.

–Podemos esperar un par de minutos –dijo, finalmente.

Alex contempló el reflejo del atardecer en el agua. Las luces eran cada vez más oscuras, pero aún había un arco iris de tonos violetas y azules.

Frunció el ceño al ver que algo se movía debajo del muelle. Al principio, sólo era simple curiosidad. Después se le congeló la sangre. Se puso de pie, y al observar con más detenimiento se le hizo un nudo en la garganta.

No iba a dejar que aquel cadáver desapareciera, por lo que comenzó a gritar con todas sus fuerzas.

–¿Es necesario que todos nos quedemos a esperarlo? –preguntó uno de los buceadores.

–Mi madre se va a preocupar –dijo Zach.

–Puedes usar mi móvil –dijo David, dándole el teléfono–. ¿Tú no tienes móvil?

El adolescente sonrió.

–Sí, pero mi madre no me ha dejado traerlo, porque

temía que lo perdiera. A ella no le gusta bucear.

–Jeb, el capitán, Alex y tú os llevaréis al grupo. Yo esperaré a Granger y regresaré en el Icarus. ¿Estás seguro de que no te importa, David?

–No pasa nada. Esperaremos.

David rogaba que la espera no fuese larga. Lo último que quería en aquel momento era perder de vista a Alex durante mucho tiempo.

Cuando los demás estaban a punto de salir, se oyó el grito.

De alguna manera, en cuanto lo oyó, David supo que ya no tendrían que esperar a Granger.

Capítulo 6

Alex dio la alarma y se zambulló antes de que los demás alcanzaran el muelle. No podía dejar aquel cuerpo a la deriva. Aunque el hombre flotaba boca abajo y no había duda de que estaba muerto, no podía correr riesgos. No después de su anterior experiencia.

El agua del puerto distaba de la imagen prístina de las postales turísticas, y Alex tuvo que avanzar entre la oscuridad para alcanzar el cadáver. De un vistazo supo que se trataba de Seth Granger.

En aquel momento llegaron los otros. David saltó al agua y levantó el cuerpo con facilidad. John lo ayudó a subirlo al muelle, y Jeb se entregó a las tareas de reanimación. Seth apestaba a alcohol, y era obvio que ya no se podía hacer nada para salvarlo.

Cuando llegaron los servicios de urgencias, el joven se echó a un lado para dejarlos trabajar.

–¿Alguien sabe cuánto tiempo ha estado en el agua? – preguntó uno de los sanitarios.

–No más de veinte minutos –contestó John.

–Lo llevaremos a la ambulancia e intentaremos reanimarlo.

Los hombres subieron el cadáver a la camilla y se marcharon rumbo al vehículo. Unos segundos después llegó el comisario. No se detuvo en la ambulancia, pero miró a Seth y negó con la cabeza. Acto seguido, respiró profundamente y se volvió hacia la multitud reunida.

–¿Qué ha pasado?

–Ha bebido de más, de eso puedes estar seguro –dijo Hank.

–John, Hank, David y yo estábamos con él en la mesa –puntualizó Jay–. David ha salido a atender una llamada, yo he aprovechado para ir a buscar unas cosas...

–Yo he ido al cuarto de baño –declaró John.

–Y yo he ido a pedir otra copa a la barra –afirmó Hank.

–¿Cuándo ha salido Seth del bar? –preguntó Nigel.

Los cuatro hombres se encogieron de hombros como respuesta.

–Maldición –murmuró el comisario–. De acuerdo, regresad al bar.

Con una mirada oscura y enigmática, David le tendió una mano a Alex. Ella vaciló, aunque finalmente aceptó la ayuda. Cuando se puso de pie notó que John la estaba mirando y que se volvía hacia el bar con una sonrisa. Parecía que se había hecho de noche de repente. Alex se estremeció, y David le pasó un brazo por los hombros.

–¿Estás bien?

–Por supuesto –contestó ella, con frialdad.

–Alex, no te pongas así...

Ella le apartó el brazo y siguió a los demás. Quería sentarse junto a John, pero Zach y Hank estaban acomodados uno a cada lado. Sólo quedaba un banco libre, lo que la obligaba a sentarse con David. Como tenía frío, agradeció el abrigo que le ofrecía. Sin embargo, pronto se arrepintió de la decisión. Era como si la abrazara, y, lejos de ser desagradable, la sensación era muy reconfortante.

El comisario recibió una llamada telefónica del hospital.

–Como suponíamos, Seth está muerto –los informó–. ¿Podríamos repasar sus últimos momentos?

–Llegó, bebió y se cayó al agua –dijo un comerciante, con impaciencia.

–Gracias por la actitud compasiva –replicó Nigel.

–Lo siento, comisario. Pero el tipo era un maleducado insoportable.

–Esperemos que no todos los maleducados terminen igual...

–Lo siento –repitió el hombre–. Es sólo que todos estamos cansados. No lo conocía, apenas lo he visto hoy en el bar, y no me ha parecido una persona agradable. Además, estoy de vacaciones.

–En ese caso, intentaré que acabemos cuanto antes. En primer lugar, ¿alguno de los de Moon Bay se marcha mañana?

Nadie contestó.

–De acuerdo –continuó Nigel–. Iré afuera, y ustedes saldrán de uno en uno para que pueda tomarles los datos y hacerles un par de preguntas. Después, podrán embarcar e irse.

En cuanto se marchó el comisario, un murmullo se apoderó del lugar.

–Esto es ridículo –comentó una mujer–. Un ricachón prepotente se ha emborrachado y se ha caído al agua. Es obvio.

–Nada es obvio –dijo David, visiblemente tenso–. Nigel Thompson es un excelente policía y está haciendo su trabajo. La mujer bajó la cabeza, avergonzada. Alex estaba tan atenta a David que quería gritar. Aunque estaba en una habitación llena de gente y en medio de una situación horrible, no dejaba de pensar en cosas absurdas y de recorrer mentalmente el cuerpo de su ex marido. Decidida a no perder la compostura, se obligó a mirar a John. Cuando los demás empezaron a hablar, David se volvió hacia ella y, en voz baja, le preguntó:

–¿Estás bien?

–Por supuesto que sí. ¿Por qué?

Él se acercó para susurrarle al oído. Su aliento era como una caricia cálida y dulce.

–Me has estado desnudando con los ojos...

–Por si no te has dado cuenta, estás semidesnudo. De todas maneras, sólo pensaba en el hombre que se ha ahogado.

–¿De verdad crees que se ha ahogado?

–Claro que sí. Por favor, David, los dos estábamos ahí.

–Hemos sacado su cuerpo del agua, pero no estábamos ahí cuando ha muerto.

–Se ha ahogado –insistió Alex.

–Esto significa algo más para ti, ¿verdad?

Estás en peligro.

–¿Me vas a proteger?

–No te quepa duda.

–¿Te quedarás vigilando junto a mi puerta?

–No, me dejarás entrar.

–Sueña, si quieres. No sé a qué viene esta absurda obsesión que tienes conmigo, pero ¿de verdad crees que te dejaré volver a meterte en mi cama?

–Sólo si insistes, y si eso hará que te sientas mejor.

Ella lo odió por aquel comentario. Se había convencido de que estaba preparada para una nueva relación y, de pronto, su ex marido se interponía en sus planes. Sabía que David podía hacerla sentirse segura de sí misma y que el roce de su piel resultaba irresistiblemente erótico. Deseaba acurrucarse contra él, cerrar los ojos, descansar, imaginar.

–Me debes una explicación –dijo él, con una mirada intensa.

Alex se puso en tensión.

–¿Que yo te debo una explicación?

–Sí, sobre Danny Fuller.

–¿Danny Fuller?

Los dos se quedaron en silencio. Alex se puso de pie y comenzó a dar vueltas por la sala para mantenerse tan alejada de David como le fuera posible. Entre tanto, no dejaba de preguntarse a qué se refería con lo de Danny Fuller.

Estaba tan concentrada en sus pensamientos que casi chocó con Jay. Él la tomó de los hombros para frenarla, suspiró y se sentó en uno de los bancos.

–Menos mal que ha ocurrido aquí y no en Moon Bay –murmuró.

–¡Jay! –lo reprendió, horrorizada.

Él la miró y se sonrojó.

–Lo siento, pero era un viejo desgraciado. Le gustaba emborracharse y se creía más fuerte y mejor que todo y que todos.

–Aun así es horrible.

–Sí, estoy seguro de que sus ex esposas estarán desconsoladas...

Antes de que Alex pudiera contestar, el comisario se acercó a ellos. El lugar se había vaciado, y eran los últimos que quedaban por interrogar.

–Es increíble –declaró, con cara de asombro–. Nadie ha visto salir a Seth. Nadie. Ni los camareros, ni el cocinero,

ni nadie del local y, desde luego, ninguno de vuestros huéspedes de Moon Bay.

–Nigel, el tipo estaba borracho –dijo Jay.

El policía negó con la cabeza.

–Por lo que he oído, Seth Granger siempre estaba borracho. Sin embargo, es extraño que se metiera en el agua, y mucho más extraño que nadie lo viera. Como sea, mañana quisiera hablar contigo, Alex. ¿De acuerdo?

–¿Conmigo?

–Dos días, dos cadáveres...

–Pero me habías dicho que no había un segundo cadáver. Quiero decir, que no había aparecido el primero.

–Alex, te he dicho que investigaría el caso y que enviaría a mis hombres a recorrer el terreno –replicó Nigel–. De momento tengo a varios criminalistas echando un vistazo. En cuanto a lo de esta tarde, todo parece indicar que Seth ha bebido demasiado, ha salido a dar un paseo, se ha caído al agua y se ha ahogado. No obstante, habrá que abrir un sumario y hacer una autopsia para que el forense confirme esa presunción.

Jay asintió apenado.

–Insisto en que es una suerte que haya ocurrido aquí y no en Moon Bay.

–Puedes llevarte a tus huéspedes, Jay –dijo el comisario–. A ti te veré mañana, Alex.

–De acuerdo.

Tras despedirse de Warren, Jay y Alex abandonaron el lugar. Ella esperaba que no penalizaran al restaurante por la cantidad de alcohol que había bebido Seth. Sabía que Warren y sus empleados eran muy prudentes y que, si lo consideraban necesario, les quitaban las llaves del coche a los clientes que habían bebido de más.

Por lo que había podido ver, había una jarra de cerveza en la mesa. Imaginaba que Seth se había bebido varias, aunque los camareros habían supuesto que las consumían entre los cinco comensales.

Mientras caminaban hacia el barco, Jay la detuvo.

–Ya voy yo –dijo, guiñándole un ojo–. Quiero comprobar que todo marcha bien.

–Puedo ayudarte, si quieres.

–No es necesario, mejor vuelve en el Icarus –replicó Jay, volviéndose un poco–. ¿A ti te parece bien, David?

Alex no se había dado cuenta de que su ex marido estaba detrás de ellos.

–Por supuesto –contestó él.

Aunque no le gustaba la idea de regresar con David, John y Hank, Alex prefirió no añadir un nuevo conflicto a los de aquella tarde. Sin decir una palabra, se encogió de hombros y se consoló pensando que el viaje sería corto.

Al llegar al Icarus fue directa a su sitio preferido en la cubierta, con la esperanza de estar sola durante todo el trayecto, pero no tuvo suerte. Apenas se había sentado cuando apareció David.

–¿Es que no vas a dejarme en paz? –gruñó.

–No puedo. No ahora.

–Por si no te has enterado, estoy tratando de mantener una relación con otra persona.

–Aun no sé qué pensar de él.

–¿Qué es lo que no sabes?

David la miró con toda la intensidad de sus ojos azules.

–No sé si está involucrado en lo que está pasando.

Alex gruñó de nuevo.

–No lleva tanto tiempo fuera del ejército, David. Es de la Costa Oeste. No está en salvamento marítimo.

–Pero sin duda está en algo relacionado con el mar.

–¿Y?

–Que sigo sin saber qué pensar de él.

–¿Qué tal si me dejas juzgarlo por mi cuenta?

–¿Viste un cadáver en la playa o no? –preguntó él.

Alex apartó la mirada hacia el horizonte.

–Sí.

–¿Y estás absolutamente segura de que Seth salió del bar, se cayó al agua y se ahogó?

–No –reconoció ella después de un rato–. Aunque es lo

más probable.

–Que sea lo más probable no lo convierte en un hecho. Estoy seguro de que el cadáver que viste ayer era el de Alicia.

A Alex la sorprendió la afirmación, pero pronto recordó que Dane Whitelaw, uno de los mejores amigos de David, dirigía una agencia de detectives en Cayo Largo y se dedicaba a hacer investigaciones.

–¿Cómo lo sabes? ¿Le has pedido a Dave que hiciera averiguaciones?

–Sí. ¿Ahora entiendes por qué necesito protegerte?

–¿Protegerme? –repitió ella, con sorna.

–No seas tan arisca, Alex. A fin de cuentas, aún estamos casados.

–Es un tecnicismo.

–Y aunque no lo estuviéramos, sería un desgraciado si permitiera que te hicieran daño.

–John no me haría daño, salvo si yo se lo pidiera –declaró ella, desafiante.

–Hablo en serio, Alexandra.

–¿Cómo sé que de repente no te has convertido en un asesino?

–Deja de atacarme, por favor. La verdad es que no quiero pasarme la noche vigilando tu puerta. Y ya que soy un maniático, no iré al abogado contigo. Y cuando averigüe lo que está pasando aquí, tal vez me marche de nuevo y te

deje a la espera durante mucho tiempo.

–¡No te atreverías a tanto!

–Aún no he firmado los papeles del divorcio –le recordó él, poniéndose de pie–. Casi hemos llegado. Tengo que ir a atracar.

Cuando David la dejó sola, Alex estaba furiosa por haber reaccionado de un modo tan infantil. Tenía que calmarse y pensar con claridad. Se dijo que debía dejar que el idiota de su ex marido durmiera en el sofá, porque si John estaba interesado por ella de verdad, comprendería la situación y le daría tiempo.

Mientras se ponía de pie pensó que lo que en realidad la sacaba de quicio era comprobar que David seguía ejerciendo una enorme atracción sobre ella y que le bastaba con tenerlo cerca o con verle el torso desnudo para sentirse excitada.

–De verdad necesitamos hablar –le dijo él, mientras bajaban del Icarus.

–De verdad necesito ver a mis delfines más que nada en el mundo.

Sin mirarlo siquiera, Alex avanzó con rapidez hacia la laguna de los delfines, rogando que nadie la siguiera.

–¿Me acompañas al Tiki Hut, David? –preguntó Jay.

A pesar del esfuerzo por sonar natural, era obvio que Jay estaba ansioso por comprobar que todo estuviera en orden.

–Lo siento, pero me muero por ducharme –contestó.

–Dudo que alguien quiera una copa –dijo Hank.

–¡Qué demonios! –exclamó John–. Voy contigo, aunque sólo sea unos minutos.

–Pensándolo bien, vamos todos –afirmó David.

David no estaba seguro de si desconfiaba de John porque no sabía qué hacía alguien como él en un sitio así o porque se mostraba interesado por Alex. En cualquier caso, no quería perderlo de vista.

–Parece que el comisario no cree que Seth se haya caído al agua y se haya ahogado –comentó Hank, mientras caminaban.

–¿Por qué lo dices? –preguntó Jay.

–Ha interrogado a todos y cada uno de los que estaban allí.

–Es el comisario –dijo Jay–. Tiene que revisar los hechos. ¿Por qué querría alguien matar a Seth Granger?

El silencio que siguió a su pregunta fue contundente.

–Tal vez por ser un charlatán burdo y autoritario –puntualizó Hank.

Al llegar al Tiki Hut, Jay tuvo que explicarles la situación a los empleados para tranquilizarlos. David notó que ninguno parecía estar muy apenado por lo sucedido. Estaban impresionados e incluso algo exaltados. La muerte de un millonario siempre era un chisme jugoso, y más si se trataba de un conocido.

Los cuatro hombres se sentaron a una mesa. David se

admiraba de la actitud con la que Jay afrontaba la situación. Era obvio que lo único que pretendía era que las cosas no se salieran de madre, pero por lo menos no rehuía su responsabilidad.

Ally Conroy, la madre de Zach, estaba en el bar y se acercó a ellos. Al parecer, era la persona que había estado con Seth la noche anterior.

–¿Es cierto que la policía cree que se ha caído al agua solo y se ha ahogado? –preguntó, recelosa.

–De momento, sí –contestó Jay.

–No me lo creo. No lo conocía muy bien, pero no me lo creo. Todo el mundo estaba allí, ¿cómo es que nadie ha visto lo que pasó?

Aunque hablaba con firmeza, Ally estaba tan ebria que apenas podía mantenerse en pie.

–Tal vez porque nadie esperaba que pasara algo semejante –explicó David–. Pareces angustiada. ¿Quieres que te acompañe a tu habitación?

–¿Por qué? –replicó ella, con hostilidad–. ¿Porque podría caerme al agua y ahogarme?

–Porque no querría que te hicieras daño.

–Yo le gustaba, y Zack también. No sabéis lo difícil que criar un hijo sola. Y él era... él no era de la clase de hombre que se emborracha, se cae al agua y se ahoga.

–El comisario abrirá una investigación –le aseguró David–. De hecho, vendrá mañana. Puedes hablar con él, si quieres. Ahora te llevaré a tu habitación.

Ally lo tomó del brazo y se dejó guiar a su cabaña, dando tumbos. David sabía que no podía dejarla ir sola, pero temía que durante su ausencia se dijera algo en el Tiki Hut que lo ayudara a componer el enigma de la muerte de Seth, porque estaba convencido de que no había sido un accidente.

Como Ally no encontraba las llaves de la cabaña, David llamó a la puerta, esperando que Zach les abriera.

–Seth estaba detrás de un asunto grande –dijo ella, de repente.

–¿De qué hablas?

–Me dijo algo sobre un barco.

–¿Qué barco?

–Iba a comprar un barco. Me dijo que una amiga necesitaba ayuda y que ayudarla podría ser lo mejor que había hecho en su vida.

–¿Seth mencionó el nombre del barco que buscaba?

–Creo que dijo que se llamaba Anne Marie, o algo parecido –contestó ella, con una sonrisa–. Estaba muy entusiasmado. Dijo que se contaban muchas historias sobre ese barco, muchas leyendas...

Ally bajó la cabeza y comenzó a revolver en su bolso con desesperación. En aquel momento, Zach abrió la puerta y los miró con ansiedad.

–He pensado que debía acompañar a tu madre hasta aquí.

–Gracias, David.

–De nada.

El chico asintió y tomó a su madre del brazo.

–Estoy bien –afirmó ella, besándole la frente–. Supongo que tenemos que cuidarnos uno al otro, ¿verdad? Lo siento, cariño.

–No te preocupes, mamá.

–Me voy a acostar. Gracias por acompañarme, David. Intentaré recordar todo lo que pueda.

Cuando Ally entró en la cabaña, Zach miró a David a los ojos.

–Seth le gustaba –dijo, encogiéndose de hombros–. Siento lo que ha pasado, pero nunca quise que se involucrara con él. Era muy grosero y gritón. Pero que no quisiera que mi madre estuviera con él, no significa que lo haya empujado al agua.

–Jamás he pensado que lo hicieras, Zach.

–Gracias.

David se volvió para regresar al Tiki Hut, y el chico lo detuvo.

–Si no estás muy ocupado, ¿podrías enseñarme el Icarus alguna vez?

–Me encantaría –contestó él–. Tal vez mañana. Pregúntale a tu madre. Me gustaría llevaros a los dos.

David sentía una enorme simpatía por Zach, y más

después de aquella noche. Además, quería hablar con Ally cuando estuviera totalmente sobria. Y quería ser el primero en hacerlo.

Capítulo 7

Len Creighton estaba fuera del trabajo y consideraba que su tiempo libre le pertenecía. Se sentó en el Tiki Hut y pidió un whisky doble. Lo necesitaba.

Estaba detrás del escritorio cuando oyó que en la televisión anunciaban que el millonario Seth Granger había muerto, aparentemente ahogado. Se enteró de los detalles cuando los barcos regresaron a Moon Bay. En el Tiki Hut no se hablaba de otro tema.

Estaba oyendo los rumores que llegaban desde las otras mesas cuando Hank Adamson se sentó frente a él.

–Un día largo, ¿eh? –dijo, indicando la bebida de Len.

–Imagino que para ti también.

–Sí, hemos tenido que esperar mucho para poder volver. El comisario ha interrogado a todos, uno por uno. Nadie ha visto ni en qué momento ha salido Seth, ni cómo se ha caído al agua.

–¿Nadie? Qué triste...

–Lo más triste es que creo que a nadie le importa.

–A mí sí. Dejaba buenas propinas.

–Esta tarde ha sido muy grosero con la camarera. Ahora que lo pienso, ¿no le habrán puesto algo en la bebida?

Len sonrió, pero sabía que tenía que ser cuidadoso con Adamson.

–Estoy seguro de que estaba borracho y se ha caído solo.

–El comisario es otro personaje. ¿Ha habido algún asesinato en la zona?

–No desde que estoy aquí.

–Ya ves. Un comisario palurdo tratando de conseguir sus cinco minutos de fama.

–Nigel es un buen hombre –aseguró Len.

–¿Crees que de verdad piensa que algo huele mal en esta historia?

–No es ningún palurdo.

Hank se reclinó sobre la mesa.

–¿Por qué iban a asesinar a Granger? Imagino que no pensarán que ha sido una de sus ex mujeres. Si lo han asesinado, tiene que haber sido alguno de los que estaba en el bar con nosotros. ¿Alguien del personal de Moon

Bay?

–¡De ninguna manera! –protestó Len.

–Tu jefe reconoce que quiere estar en el centro de la acción. Le encantan las operaciones de salvamento.

Len se puso de pie. Periodista o no, Adamson había

cruzado la línea.

–Jay es una persona decente.

–Un hombre decente puede ser inducido a matar – afirmó Hank, con una sonrisa sarcástica–. Siéntate. Tu jefe me cae bien. En mi opinión, el cerdo de Granger se ha caído del muelle. Termina tu bebida, y deja que te invite a otra.

Len estaba tan cansado que apenas podía contener los bostezos.

–Lo siento. Ha sido un día muy largo.

–Demasiado largo. Dudo que esta noche nos quedemos hasta tarde.

Unos minutos después, Jay se acercó a la mesa y Len aprovechó para marcharse a descansar.

No había ni rastro de Laurie en la laguna, y aunque era su día libre y no tenía por qué estar allí, Alex estaba sorprendida. Laurie adoraba a los delfines y pasaba tiempo con ellos todos los días.

La llamó por teléfono a la habitación, pero no obtuvo respuesta. En el móvil tampoco contestaba.

Era muy extraño.

Mandy y Gil seguían allí. Estaban al tanto de lo que había pasado, pero Alex se ocupó de contarles los detalles de cómo lo había encontrado.

–Pensar que el tipo podía tener todo lo que quería – comentó Gil–. Anoche mismo estaba coqueteando y

bebiéndose la mitad de la cerveza del bar. Bebía de una manera increíble.

–Supongo que sí –dijo Alex–. Al menos es lo que todos dicen.

–Es trágico cuando alguien muere así –declaró Mandy–. Anoche estaba con la tal Ally, haciendo alarde de algo muy grande en lo que estaba metido. A mí me parecía un imbécil.

–Hank Adamson estaba allí, ¿verdad? –preguntó Gil.

–Sí. Ha sido uno de los últimos en verlo con vida.

–Estoy seguro de que estará encantado de contar la historia. De todas formas, sé que estás impaciente por saber qué han estado haciendo estos chicos –afirmó Gil, señalando a los delfines.

Mandy le mostró el registro de actividades del día.

–Les hemos traído la cena. No sabíamos cuándo volverías. Pero puedes dársela tú, si quieres.

–Está bien –dijo Alex.

–No, no está bien –insistió Mandy–. Sabemos que te gusta meterte en el agua con ellos.

Ella sonrió.

–Lo hacéis muy bien sin mí.

–La verdad es que nuestro día ha sido pan comido comparado con el tuyo... –dijo el joven–. Seth Granger ha muerto, y tú lo has encontrado flotando. Me alegro de no haber estado allí.

–Será mejor que te dejemos con tus chicos –opinó Gil–. Estoy seguro de que no quieres seguir hablando de cadáveres.

–La verdad es que tienes toda la razón: no quiero volver a hablar del asunto.

–En ese caso, buenas noches –se despidió Gil.

–¡Esperad! –exclamó Alex–. ¿Habéis visto a Laurie hoy?

–No, pero creo que tenía el día libre –dijo Mandy.

–No la he visto desde anoche –puntualizó Gil–. Se marchó tarde del Tiki Hut. Estuvo hablando con Hank Adamson.

–¿A vosotros también os ha interrogado? –preguntó Alex.

–No. Yo estaba en el Tiki Hut cuando ella se fue, pero no recuerdo haber vuelto a ver a Adamson desde entonces –reflexionó Gil–. Aunque, sinceramente, si no fuera porque soy calvo y feo, también me abalanzaría sobre Laurie. ¿Estás preocupada por ella?

–No. Es su día libre. Tiene derecho a hacer lo que quiera.

–Ahora que lo pienso –dijo Mandy–, Len también la estaba buscando.

–¿Por qué?

–Creo que tenía correo para ella. O tal vez sólo quería asegurarse de que no le había dicho nada inapropiado a Hank.

Gil resopló con fastidio.

–Adamson escribirá lo que quiera, y da igual lo que nosotros le digamos o le dejemos de decir. Lo malo es que ahora tiene algo mucho más interesante que contar, por haber estado con Seth Granger poco antes de morir.

–Gil... –lo reprendió Alex.

–Iré a la habitación de Laurie y llamaré a la puerta. Aunque tal vez no quiera que la molesten.

–Sí. Podría estar con alguien –insinuó Mandy.

–¿Tú crees? Lo dudo. Me lo habría contado.

–Tal vez está con tu ex marido...

–O con el rubio que te anda persiguiendo –añadió Gil, entre risas.

–Los dos estaban en el bar con Seth.

–Estoy seguro de que está bien –afirmó Gil–. Seguro que la veremos por la mañana. Tal vez ahora mismo está en el Tiki Hut, oyendo los detalles de la muerte de Granger. Jay debe de estar furioso. Este tipo de publicidad, relacionada con su adorado Moon Bay...

–¿No te has enterado? Estas cosas no son mala publicidad. Probablemente tengamos más afluencia de público. El año que viene, Warren anunciará que tiene un fantasma.

–¡Alguien ha muerto, no veo qué tiene de gracioso! –protestó Alex.

–Lo siento –se disculpó Mandy.

–Anda, vamos a dejar a la jefa a solas con sus chicos –dijo Gil–. Buenas noches, Alex.

Cuando se marcharon, Alex se sintió horribilmente sola. Sintió un escalofrío, pero se dijo que sería la brisa de la laguna. Cerró los ojos y se convenció de que no tenía por qué sentirse sola ni tener miedo.

Sabía que no disponía de mucho tiempo. Era entonces o nunca. Con la llave que había conseguido, abrió la puerta principal de la cabaña, entró y cerró con llave. Si llegaba alguien, saldría por la puerta trasera.

Decidió empezar a mirar en el dormitorio. Ya había estado allí. Tomó el delfín que estaba sobre la mesita de noche, lo estudió con cuidado y lo agitó. El perfume que disparó el rociador le dio de lleno en la nariz. Estornudó y volvió a dejar el frasco en su sitio.

En la pared había un cuadro de un delfín. Se acercó, lo descolgó y le dio la vuelta.

Cada vez estaba más furioso. No tenía suficiente información y, a pesar de todo lo que había hecho, no podía conseguirla. Además, aquella mujer estaba rodeada de delfines. Vivos, de peluche, de cerámica.

Oyó pasos fuera de la cabaña y corrió a la puerta trasera. Mientras no lo atraparan, podría regresar y dedicar todo el tiempo que quisiera a inspeccionar cada uno de los delfines del lugar.

Una vez fuera, maldijo para sí. Podría haberse quedado más tiempo. Sólo era una camarera con un carrito cargado de sábanas sucias.

La saludó con la mano, sonrió y siguió andando en dirección al Tiki Hut.

El teléfono de David sonó mientras él caminaba hacia la laguna. Cuando vio el número de Dane en la pantalla, se detuvo y contestó de inmediato.

–¿Qué has averiguado?

–Estoy bien, gracias –dijo Dane, con sequedad–. ¿Tú cómo estás?

–Lo siento. ¿Cómo estás? ¿El gato? ¿El perro? ¿Tu mujer? ¿Los niños? ¿Los peces tropicales?

Al otro lado de la línea, Dane rió a carcajadas.

–He investigado a tu marino. Parece que te ha dicho la verdad. En mayo del año pasado pidió que lo pasaran a reserva. Estaba casado con una tal Serena Anne Franklin. No tiene hijos. Trabaja por su cuenta como asesor. Hay una cosa interesante: antes de ir a Moon Bay, estuvo un mes en Miami.

–Así que es posible que se coincidiera con Alicia.

–Es posible, pero en Miami hay millones de personas.

–Genial –dijo David, molesto–. El tipo puede ser de fiar, o no serlo.

–Es ingeniero, y licenciado en psicología, geografía y oceanografía.

–¿Algo más?

–Imagino que ha hecho muchos contactos a lo largo de los años. Debe de tener amigos influyentes en todas

partes.

–¿Y eso lo hace más sospechoso?

–No lo sé. Sólo puedo decirte que, en un caso así, yo confiaría en mi instinto.

–¿Y tu instinto qué dice?

–Nada. Tienes que seguir tu propio instinto. Tú eres quien lo conoce. Por cierto, ya he visto la noticia por televisión.

–¿Lo de Seth Granger?

–Sí. Todos los canales del país están hablando del millonario ahogado. ¿Qué ha pasado? ¿Qué es lo que no dicen?

–No lo sé.

–Estabas ahí.

–Estaba hablando contigo cuando salió a darse un chapuzón.

–Es curioso, ¿no crees? De repente ha muerto el tipo que podría haber financiado la expedición.

–Sí, muy curioso. A menos que alguien sepa más de lo que nosotros sabemos.

–¿Como qué?

–Como que el barco está en un lugar accesible – puntualizó David–. Un lugar al que cualquiera podría llegar con un bote, sumergirse y llevarse parte del tesoro antes de que intervinieran el equipo de búsqueda y el

gobierno. Para alguien que no es millonario, un par de piezas valoradas en cientos de miles de dólares podrían ser un botín muy apetecible.

–Creo que estás en la pista correcta. Seguiré indagando sobre tu marino. Mantenme al tanto de todo. Y ten cuidado. Hay una tormenta cerca.

–Sí, pero han dicho que era pequeña y que viraría hacia el norte.

–Aún no está claro. Es pequeña, pero es una tormenta tropical. Y no descartan que afecte a las islas. En cualquier caso, llámame si necesitas algo más.

–Gracias.

David apagó el teléfono y se lo metió en el bolsillo. El enigma era cada vez más complejo. Había una sola persona a la que no podía acusar por la desaparición y posible muerte de Alicia: Seth Granger.

En aquel momento oyó un ruido entre los árboles y se volvió, frunciendo el ceño. Se apresuró a meterse entre la vegetación, pero no había nadie.

Sin embargo, estaba casi seguro de que alguien había estado escuchando su conversación con Dane.

Alex se sentó en el borde de la primera plataforma, con una cesta de pescado, y llamó a los delfines, aunque sabía que estaban atentos a sus movimientos.

–¡Katy, Saba, Jamie!

Los tres aparecieron de inmediato. Sabían que era la hora de la cena. Ella los acarició, les habló y les dio de

comer. Después fue a la siguiente laguna y gritó:

–¡Shania, ven aquí! Sam, Vicky, vosotros también.

Todos recibieron su ración de caricias y pescado.

–Sois mis niños, ¿sabéis? Tal vez no debería estar tan apegada a vosotros, pero cuando tenía un hombre, también se pasaba la vida en el mar.

–¿En serio?

El comentario de David la sobresaltó tanto que estuvo a punto de dejar caer los peces en la laguna. Se levantó y se dio la vuelta.

–¿Siempre tienes que acercarte a hurtadillas?

–No he venido a hurtadillas –afirmó él.

–Me has dado un susto de muerte.

–No era mi intención. Pero no he podido evitar oír lo que decías. ¿Así que fue eso? ¿Pasaba mucho tiempo lejos?

–David, mi decisión de pedirte el divorcio fue compleja y estuvo basada en muchas cosas.

–Alicia era una de ellas.

–No. Sí. Tal vez. Ya no lo sé.

–Siempre te invitaba a venir a mis expediciones...

–Pero trabajo con delfines. No puedo ir y venir.

–¿Así que nunca puedes ir a ninguna parte?

–No he dicho eso; sólo que no puedo marcharme constantemente. Y tampoco quiero hacerlo. Me gusta viajar, como a todo el mundo, pero también me gusta tener un hogar.

–Tenías un hogar.

–Nos mudamos varias veces en un año. Siempre había un lugar que parecía más apropiado. Para ti.

Él se quedó en silencio durante unos minutos y después preguntó:

–¿De verdad era tan malo?

–Sí. No. En realidad, eres como eres y no deberías cambiar por mí ni por nadie. Pero lo cierto es que lo pasaba mal.

–¿Por qué no me lo dijiste antes?

–No quería que el gran David Denhem se perdiera el descubrimiento del siglo por mi culpa.

–No digas tonterías, ¿eh? ¿Ya has terminado aquí? He venido a acompañarte a la cabaña.

–¿Qué te hace pensar que no tengo otros planes?

David sonrió.

–Te conozco. No hay nada que te guste más que el mar y tus delfines. Pero sé muy bien que siempre estás deseando ducharte cuando terminas.

–De acuerdo. Acompáñame a la cabaña. La verdad es que no tengo ganas de ir al Tiki Hut.

En aquel momento, Alex se dio cuenta de que ya no se sentía sola ni asustada.

–¿Quieres que te sostenga el pescado?

–Espera, hay una ronda más para estos tres.

–¿Puedo dárselo yo?

Ella se encogió de hombros. David se sentó en el muelle y, como ella, habló con todos los delfines antes de darles la comida.

Alex sintió un extraño malestar al ver que los animales se llevaban tan bien con él. Sólo Shania había mostrado alguna reticencia. Era como si sintiera la confusión emocional de Alex y estuviera esperando a que le diera permiso para acercarse.

David tenía un talento especial para hablar con los animales. Entendía que la comida no era su único premio, y que les gustaban el contacto y las voces humanas.

Finalmente, Shania se unió al resto y comenzó a demandar atención. Alex se sentía traicionada y feliz a la vez. Shania era una criatura muy especial, y necesitaba más cuidados que los demás.

Cuando los delfines terminaron su pescado, Alex se marchó por el muelle. David iba a su lado en silencio. Ella caminaba deprisa, tratando de mantenerse delante, pero no lo conseguía.

–Es inútil que trates de escapar, ¿no te parece?

Ella se detuvo un momento.

–¿Por qué iba a querer escapar?

–Porque quieres perderme de vista.

–Sería imposible. Por si no te has dado cuenta, estamos en una isla muy pequeña.

–Por no mencionar que tengo las piernas mucho más largas y que podría adelantarte cuando quisiera.

–Hazlo.

–Tú tienes la llave.

–Tú tienes tu propia cabaña.

–Pero no te dejaré sola en la tuya.

A pesar del tono bromista de David, su último comentario había tenido una gravedad mortal.

–Esto es una locura –murmuró ella, apretando el paso.

Alex llegó antes que él a la cabaña, pero lo dejó entrar, aunque de mala gana. Le dijo que podía usar el cuarto de baño del pasillo y se marchó al de su dormitorio. Se quitó la ropa y se metió en la ducha. Cuando terminó, se envolvió en una toalla y recordó que la camarera sólo dejaba toallas de mano en el baño de invitados.

Maldijo entre dientes, tomó una toalla grande y salió al pasillo.

David ya estaba en la ducha. Alex llamó a la puerta, pero no obtuvo respuesta.

–¿David?

–¿Qué? –preguntó él desde debajo del agua.

–Aquí está tu toalla.

–¿Qué? No te oigo.

–¡Tu toalla!

–No te oigo –repitió él.

Alex abrió la puerta, dispuesta a arrojar la toalla al suelo. Sin embargo, no pudo evitar admirar la desnudez de su ex marido.

–Tu toalla –dijo, decidida a salir corriendo.

Él abrió la puerta de cristal de la mampara y asomó la cabeza. Estaba sonriendo.

–Mi trasero es irresistible, ¿verdad? –bromeó–. Ten cuidado, o cederás a la tentación de tocarlo...

Ella se obligó a permanecer en el lugar y lo recorrió lentamente con la mirada.

–No –dijo.

Acto seguido, Alex se dio la vuelta y salió del cuarto de baño. Oyó las carcajadas de David y se apoyó contra la puerta, sintiéndose ridículamente débil. Cerró los ojos, pero no pudo quitarse la imagen de la cabeza.

La puerta se abrió repentinamente, y Alex se cayó hacia atrás, sobre los húmedos, cálidos y poderosos brazos de David.

Capítulo 8

No era extraño que David se negara a soltara de inmediato.

–¡Me estabas espiando! –dijo él.

–¿A través de una puerta cerrada?

–Estabas con la oreja pegada a la puerta.

David la estaba abrazando por la cintura, y sólo llevaban puestas las toallas.

–No es cierto –aseguró ella–. Estaba apoyada en la puerta.

–Tratando de recuperarte del impacto de verme desnudo, ¿verdad?

–Te pedí el divorcio, ¿recuerdas?

–Nunca lo he olvidado. Ni un solo instante.

Había algo inquietante en el tono de David, y seguía aferrado a ella con fuerza.

–¿Me podrías soltar?

–¿Es que no sientes nada? Tú ahí, yo aquí. Tu cuerpo, el mío. Recuerdos...

Ella hizo un esfuerzo sobrehumano para no mover un solo músculo, porque estaba segura de que David la estaba provocando y temía sentir más de lo que debía.

–Jamás he negado que puedes ser increíblemente seductor –dijo, tratando de mantener la calma–. Cuando quieres, claro.

–Ahora quiero.

–Demasiado tarde.

–¿Por qué? En teoría, aún estamos casados. Estamos juntos, sabes que no me iré de tu cabaña, y creo que sabes que mi preocupación por ti es real. Y eres mi mujer.

Alex sentía que si se quedaba un minuto más así, se iba a derretir, a ponerse a llorar o, peor aún, a volverse y a gritar todas sus inseguridades y su creencia de que nunca habían tenido una oportunidad real como matrimonio.

–David, suéltame –suplicó.

–Como quieras.

En el momento en que la soltó, a Alex se le cayó la toalla. Se volvió a mirarlo, decidida a no agacharse a buscarla desesperadamente y tratando de actuar con naturalidad.

–Ha sido muy infantil por tu parte.

–No lo he hecho a propósito. Te he soltado y se te ha caído la toalla. No es culpa mía.

–Bueno, por lo menos aún tienes la tuya.

Él sonrió y se quitó la toalla. Durante un momento,

permaneció en el lugar, mirándola sin sentirse avergonzado de su visible excitación. Después, dio un paso adelante y la atrajo hacia sus brazos. Alex sabía que si protestaba o decía algo, la soltaría.

Pero no hizo ni dijo nada.

David la tomó de la barbilla y le levantó la cabeza. Ninguno de los dos habló. Él la miró a los ojos y la besó apasionadamente. El roce de sus labios y sus lenguas era tan arrebatador que Alex creyó que iba a gritar. Sentía un fuego abrasador en su interior. Si él la hubiera recostado en el suelo, no habría tenido fuerzas para resistirse.

David le deslizó las manos por la espalda, la tomó del trasero y la apretó contra sí. Ella sintió la presión de la erección contra los muslos. Era una amenaza y una promesa a la vez, una mecha que encendía la pasión y desataba un remolino de sensualidad en su interior. Se aferró a él, temblando, extasiada por el juego de sus dientes, sus labios y su lengua, y de sus manos que la acariciaban con devoción.

Se apartó cuando David dejó de besarla. Necesitaba decir algo. Casados o no, no debían hacerlo. Ella había cambiado, había madurado, y, por primera vez, se había sentido atraída por otro hombre.

Ni siquiera podía recordar cómo se llamaba.

David había dejado de besarla en la boca, sólo para lamerle y mordisquearle el cuello y los lóbulos.

–David... –susurró ella.

Él no contestó. Estaba concentrado en acariciarle los senos y en hacerla vibrar con cada roce.

–David...

–¿Qué? –murmuró, enderezándose para mirarla a los ojos–. No me digas que pare, por favor.

–No iba a hacerlo.

Él arqueó una ceja.

–Iba a decirte que no puedo sostenerme en pie –continuó Alex–, que estoy a punto de caerme.

David la miró detenidamente y vio la mezcla de emociones que la atravesaban. Se moría por estar entre sus brazos y, a la vez, estaba esperando que la dejara, que la abandonara como antes, que su vida, como su cuerpo, quedara vacía.

–Creo que ya no puedo seguir de pie –repitió ella.

–No tienes que hacerlo.

La alzó en brazos y, sin dejar de mirarla a los ojos, la llevó hasta el dormitorio. Ella se sentía cada vez más ansiosa y desesperada. Era como si él pudiera tocarla físicamente con la mirada, acariciar cada una de sus zonas erógenas, entrar en ella.

David la recostó sobre la cama y volvió a besarla con pasión. En la boca, en el cuello, en los senos. Alex se estremeció al sentirlo deslizarse con los labios entreabiertos por su estómago para hacerle el amor con la boca. Arqueó la espalda y gimió el nombre de David, entregada al placer del momento, incapaz de apartarse de él y deseando más.

David la conocía. Sabía cómo hacerle el amor. El tiempo

le había enseñado a tocarle la carne y el alma. Finalmente, Alex soltó un grito ahogado, aturdida por el orgasmo que la sacudía. Antes de que pudiera recuperarse, él se introdujo en ella, y se unieron en una frenética danza de ritmos contrarios. Alex sentía que el mundo que los rodeaba había desaparecido y que estaban solos, sumergidos en el mar del deseo y la sensualidad. Al cabo de unos minutos, alcanzaron el clímax.

Mientras intentaban recuperar el aliento, David le acarició la cara y la miró detenidamente. Ella se estremeció al ver la tensión que había en sus ojos, y más cuando lo oyó preguntar:

–¿Por qué?

–¿Por qué, qué?

–¿Por qué lo hiciste? No llamaste, no escribiste. Sólo enviaste los papeles del divorcio.

Alex lo contempló en silencio. No podía decirle que no había podido soportar la idea de que tuviera una amante. No podía confesarle que le había pedido el divorcio, porque lo estaba perdiendo y se estaba perdiendo a sí misma. Era feliz a su lado, pero necesitaba sus propios espacios y estaba segura de que algún día comprendería que ella no era la mujer de su vida.

No podía decírselo, porque seguía siendo demasiado vulnerable a su poder. Se humedeció los labios y trató de buscar la forma de librarse de aquella situación.

–El sexo no es lo único en un matrimonio –dijo, finalmente.

Él se echó a un lado, y ella se levantó de la cama y fue a

encerrarse en el cuarto de baño. En otra época, la habría seguido para hacerle el amor en la bañera. Pero no lo hizo.

Cuando Alex salió de la ducha, David se había marchado del dormitorio. Ella se puso un camisón y se cepilló el pelo. Aunque tenía hambre, prefería no salir de la habitación. Dejó el cepillo sobre la mesita y notó que había cosas fuera de lugar. La camarera no tocaba nunca la mesita ni el escritorio que tenía en el despacho, porque sabía que a Alex le gustaba ordenarlo sola. Se preguntaba si David habría estado hurgando entre sus cosas.

Tenía un frasco para perfume con forma de delfín. No era valioso, pero era bonito y significaba mucho para ella, porque sus padres se lo habían regalado en su décimo cumpleaños. Era de porcelana, de unos diez centímetros de altura y pintado a mano. Siempre lo ponía en el centro y colocaba el resto de las cosas alrededor. En aquel momento, el delfín estaba a un lado, y había un tarro de crema en su lugar.

No la molestaba tener que volver a colocar las cosas, pero sentía curiosidad.

Se encogió de hombros, sin poder dejar de pensar en lo que había pasado con David. Una parte de ella se preguntaba cómo había podido vivir sin él durante un año. La otra la maldecía por haberse dejado llevar como una tonta.

Cuando recordó lo que había pasado aquella tarde se sintió egoísta por estar tan preocupada por sus asuntos personales. Un hombre había muerto, y esta vez no había dudas de que había encontrado un cadáver.

En realidad, ni David ni ella habían dudado en ningún momento que lo que había encontrado el día anterior en la

playa era otro cadáver. Por si fuera poco, él estaba convencido de que se trataba de Alicia Farr.

Se olvidó del desorden de la mesita y se metió en la cama. Tenía que tratar de dormir. Sola.

David abrió la puerta del dormitorio y contempló a Alex en silencio. Parecía un ángel. La imagen le provocaba ternura y deseo a la vez. Pero tenía que controlarse.

Había puesto una cafetera y había ido a su cabaña a buscar ropa y cosas para el desayuno. No se había olvidado de que le había prometido a Zach que le enseñaría el Icarus y que habían acordado reunirse para desayunar. Sin embargo, aún era temprano para ellos, y sabía que Alex necesitaba comer bien por la mañana, porque solía olvidarse de hacerlo durante el día.

Además, necesitaba hablar con ella.

Entró en la habitación, la destapó y le tocó un hombro. Ella se despertó y lo miró con fastidio.

–El desayuno está listo –dijo él.

Alex echó un vistazo al despertador.

–Aún no tengo que levantarme.

–Sí.

–No.

–Sí, confía en mí.

Ella gruñó y recostó la cabeza sobre la palma de la mano.

–Sinceramente, David, esto es demasiado. Lo de anoche fue una cosa del momento, pero no significa nada. Si te hace sentir mejor, diré que tienes un cuerpo precioso. En cualquier caso, puedes quedarte, si quieres, pero será mejor que dejes de ser tan autoritario.

–No deberías haberme mentado.

–¿De qué hablas? –preguntó ella, desconcertada.

–De Danny Fuller.

–Sigo sin entenderte.

–Levántate. Hay café en la cocina. Siempre te mejora el humor.

–No estoy de mal humor.

–Pues lo parece. Vamos, sal de aquí y podrás desayunar mientras hablamos.

Antes de que Alex pudiera contestar, David salió de la habitación. Apenas cerró, la oyó arrojar un cojín contra la puerta.

Se volvió y abrió de nuevo.

–Así que no estabas de mal humor...

Alex no se había levantado aún. Tenía el cabello revuelto, y el camisón que llevaba puesto le daba un aire aniñado y seductor.

David se apresuró a cerrar la puerta antes de que encontrara algo más para tirarle.

Mientras servía el café en la cocina, sintió que se le

hacía un nudo en el estómago. No entendía por qué las cosas tenían que ser tan difíciles entre ellos. Jamás había conocido a nadie como Alex. Le gustaba todo en ella, desde los ojos hasta los pies, pasando por el sonido de su voz, la pasión con la que hablaba de los delfines y el aspecto que tenía cuando hacían el amor, cómo se movía, cómo lo tocaba, cómo olía, sonaba, sabía.

Jamás había dejado de estar enamorado de ella. Se había quedado helado al recibir la demanda de divorcio. Alex no había dicho nada, pero él imaginó que era lo que quería y aceptó sin resistirse.

En aquel momento, Alex entró en la cocina, tomó una de las tazas de café y se sentó en un taburete, frente a la encimera.

–¿Por qué insistes con lo de Danny Fuller? –preguntó, mientras se servía un tazón de cereales—. ¿Crees que tuve una aventura con él?

–No digas tonterías.

–¿Cómo no voy a decírtelas? De todas las cosas con las que me has salido desde que estás aquí, ésta es la más absurda. Explícamelo, porque te aseguro que no entiendo de qué hablas.

–De acuerdo. Te lo contaré todo. Alicia pasó mucho tiempo con Danny en el hospital. Había dos cosas que aparecían en todas sus charlas: los delfines y tu nombre.

Alex lo miró detenidamente y sacudió la cabeza.

–Danny Fuller venía bastante por aquí, y yo lo apreciaba mucho. Le gustaban los delfines, y sabes que simpatizo con la gente a la que le gustan mis delfines. Charlamos

unas cuantas veces en el Tiki Hut. Me contó sus aventuras, pero no tengo la menor idea de si tenía algún nuevo proyecto en mente.

–¿Mencionó alguna vez un barco llamado Anne Marie?

Ella se quedó pensando unos segundos.

–No –afirmó, finalmente–. Nunca lo mencionó, y no me suena haber oído ninguna historia relacionada con ese barco.

David agachó la cabeza. Le habría resultado de gran ayuda que Alex supiera algo. Levantó la vista y la observó con detenimiento. O de verdad no sabía nada, o tenía que añadir la actuación a su repertorio de talentos.

–¿Y bien? –dijo ella, con impaciencia–. ¿Es todo lo que querías? ¿Por eso insistías tanto en protegerme? Si es así, la verdad es que no puedo ayudarte.

–No. Estás en peligro. Has encontrado dos cadáveres, y sigues sin entenderlo.

–Tú sí has oído hablar sobre ese barco, ¿no es cierto?

–Sí.

–¿Y bien?

–Era un galeón inglés que se hundió en la época de los piratas, en 1715 –explicó David–. Los registros lo sitúan en las costas de Carolina del Sur. Pero, al parecer, el pirata que conocía su paradero esperaba un indulto que no recibió y, cuando estaban a punto de morir ahorcado, gritó: «En realidad, el Anne Marie no...».

–¿El Anne Marie no, qué?

–Casi todo el mundo supone que lo que estaba a punto de decir era que el galeón no se había hundido cerca de Carolina del Sur. Antes de que lo atraparan, afirmaba haber visto cómo se hundía en una tormenta. Sin embargo, algunos historiadores creen que fue él quien lo hundió.

–No pudo atacarlo solo –señaló Alex.

–Según algunas leyendas, si estaba lejos de las costas de Florida, no le habría costado mucho abordarlo y matar a sus propios hombres para quedarse con el tesoro.

–¿Y cuál era el tesoro?

–Básicamente, toneladas de oro y piedras preciosas que hoy en día valdrían millones.

–No lo entiendo –aseguró ella–. En el Atlántico debe de haber cientos de barcos con tesoros hundidos. ¿Por qué iban a matar por éste?

–La mayoría de la gente no mataría por ningún tesoro. Pero el botín de este galeón en concreto podría ser incalculable.

–Si Alicia sabía dónde encontrar el Anne Marie, ¿no debería haber anunciado la expedición oficialmente?

–Sí. Pero creo que tenía miedo de contar lo que sabía. Miedo de que alguien pudiera hacerle daño.

–Y Danny Fuller, ¿por qué iba a ocultar la información durante tantos años? ¿Por qué, si sabía algo, no se ocupó personalmente de la búsqueda?

–Tal vez lo hizo. En mi opinión, Danny le dijo a Alicia dónde encontrar el Anne Marie. Ella intentó organizar la expedición, y por eso quería reunirse aquí conmigo. Pero también debió de hablar con otras personas. Y creo que alguno de los que se enteraron del secreto decidió que quería quedarse con todo.

David hizo una pausa y la miró a los ojos, con la esperanza de que Alex comprendiera la importancia de la situación.

–Lo cierto es que alguien está dispuesto a matar por ese tesoro –continuó–. Y dudo que esa persona quiera que el gobierno tome parte en la búsqueda. Si piensa que puede conseguir una fortuna sin que se enteren las autoridades, supongo que la información que tenía Danny Fuller indicaba que el galeón se hundió en aguas poco profundas.

–¿Crees que Alicia había invitado a Seth Granger a tomar parte, y que no se ahogó, sino que lo asesinaron?

–Es una posibilidad.

–No sé qué pensar. Estaba en el bar con los demás, y había bebido mucho. Podría haberse ahogado. Además, si el cadáver que encontré era el de Alicia, ¿cómo demonios desapareció?

–Es obvio que alguien lo sacó de allí.

–¿Has hablado de esto con Nigel?

–No directamente. No he tenido oportunidad. Sin embargo, le he pedido a Dane que lo llame y le dé toda la información que tenga sobre lo que le he pedido que investigue.

–¿Tienes idea de quién podría ser el asesino?

–Alguien interesado en el mar y en los rescates. Al principio pensé que podía tratarse de Seth, pero me temo que los últimos acontecimientos demuestran que estaba equivocado.

–¿A quién más podría haber invitado Alicia? –preguntó Alex–. ¿O quién podía estar al tanto de lo que estaba planeando?

–Seth era rico, podía financiar la expedición. A mí me había invitado por mi experiencia. Y no sé muy bien a quién más pudo haber invitado.

–Entonces podría tratarse de alguien que averiguó lo del tesoro. ¿Se te ocurre alguien?

–Tu jefe, por ejemplo.

–¿Jay? Pero no es experto en rescates. Por lo que sé, sabe pilotar un barco, pero no tiene el dinero necesario para una expedición como ésta. Crees que le gustaría tener mucho dinero y que le encantaría hacerse famoso por un descubrimiento semejante, ¿verdad? –negó con la cabeza–. No me lo puedo creer. Jay es ambicioso, pero no le haría daño a nadie.

–También está Hank Adamson –dijo David.

Ella lo miró con incredulidad.

–Es periodista.

–Y se le ha ocurrido venir a Moon Bay en el momento apropiado.

–Creo que estás haciendo demasiadas conjeturas.

–Puede ser.

–¿Hay alguien más en tu lista de sospechosos?

–Sí.

–¿Quién?

Él dudó antes de contestar.

–Tu querido John Seymore.

Alex se puso de pie y empujó el tazón de cereales.

–Tengo que ir a trabajar –dijo, dándose la vuelta.

Él la tomó del brazo y la obligó a mirarlo a la cara.

–Por favor, Alex. Sinceramente, no pretendo meterme en tu vida y mucho menos estropearle los planes, pero hasta que llegemos al fondo de esta cuestión, no te quedas a solas con nadie, ¿de acuerdo?

–¿Salvo contigo?

–Sí. Salvo conmigo.

Ella trató de apartarse.

–Alex, por favor... –insistió David.

–Tengo que ir a trabajar –dijo ella, moviendo el brazo para que la soltara–. No tienes por qué preocuparte. Aunque lo de anoche no fue premeditado, no acostumbro a cambiar de hombre con tanta rapidez. John me gusta, lo admiro y disfruto de su compañía. Sin embargo, necesito

resolver unas cuantas cosas antes de tener un romance con otra persona. Dadas las circunstancias, me lo tomaré con calma. ¿Te parece bien?

A David le dolía mucho que lo mirara con tanta frialdad. No obstante, le había dicho lo que necesitaba saber. Asintió. Alex se volvió y se marchó a la habitación. Unos minutos después, regresó vestida con el conjunto que usaba para trabajar con los delfines y fue directamente a la puerta de la cocina.

–No te olvides de cerrar con llave cuando te vayas –dijo, frunciendo el ceño–. Mis llaves están en la puerta.

Cuando Alex salió de la cabaña, David sintió un escalofrío, como si una ráfaga de aire helado se hubiera filtrado por la puerta.

Alex tenía una licenciatura en psicología y una especialización en biología marina. Pero casi todo lo que sabía lo había aprendido de un viejo adiestrador con el que había trabajado. Le había enseñado que con los animales funcionaban las mismas tácticas que con las personas. La mayoría de los animales, al igual que la mayoría de las personas, respondían mejor al sistema de premios que al de castigos.

Con los delfines, el premio no era la comida, sino el afecto y la atención.

Shania, por ejemplo, aceptaba el pescado y tenía muy buen apetito, pero también parecía saber que su veterinario y los que trabajaban allí le habían salvado la vida. El mejor regalo para ella era nadar con las personas a las que quería, principalmente con Alex y con Gil. Aquella mañana, después de darles de comer, Alex se había metido en el agua y había pasado un buen rato jugando con los

delfines.

A las ocho, una hora antes de que comenzaran las actividades en la laguna, seguía sin saber nada de Laurie. Preocupada, llamó a la habitación y al móvil de su amiga. Como no contestaba, decidió llamar a Jay.

–No sé dónde está Laurie –dijo–. No ha venido y no contesta al teléfono.

–Dale quince minutos más. Si no aparece, empezaremos a buscarla –afirmó Jay–. Había mencionado algo sobre ir a visitar a su familia a Saint Augustine un par de días, pero no creo que se haya marchado sin decir nada. A menos que quiera alejarse de nosotros.

–Le encanta el trabajo. No se iría sin avisar.

–Enviaré a alguien a su habitación. Por cierto, pronto tendremos que evacuar a nuestros huéspedes y a la mayor parte de los empleados.

–¿Evacuarlos? –preguntó ella, atónita.

–¿No has visto la televisión?

–No, lo siento.

–Ha estallado la tormenta –la informó Jay–. Aún no es una tormenta monstruosa, y aquí hay un generador de emergencia, pero no podremos mantener lleno el sitio si nos quedamos sin luz ni agua. Si la tormenta no cambia de rumbo mañana, tendremos que evacuar Moon Bay durante un par de días.

Alex vaciló unos segundos.

–Yo no tengo que irme, ¿verdad?

–No, Alex. Si quieres quedarte, puedes hacerlo.

–Gracias.

–No te preocupes, sé que no dejarías a tus delfines por nada del mundo. Ahora me tengo que ir. Enviaré a alguien a buscar a Laurie.

–Gracias.

Alex regresó a la plataforma principal para reunirse con los nadadores de aquel día y, con la ayuda de Gil, repartió las máscaras y las aletas. La sorprendió ver que Hank estaba de nuevo allí. Tenía la impresión de que sólo acudía a las actividades del complejo cuando consideraba que eran útiles para su artículo.

–La verdad es que los delfines me han encantado – confesó, avergonzado.

–Me alegro.

–Es una experiencia nueva para mí. Tienen unos ojos fascinantes, y parece que se divierten con nosotros. Son como cachorros húmedos, supongo.

–Mucho más grandes y fuertes.

–Nadar con tus delfines es la mejor actividad del complejo.

–Gracias.

Aquel día, Alex dejó que Gil diera la charla introductoria. Minutos después, vio a Laurie corriendo hacia la plataforma. Sintió una profunda sensación de

alivio y se dio cuenta de que, en el fondo, había estado aterrada por la desaparición de Laurie, porque temía encontrarla flotando debajo de un muelle o tirada en una playa, cubierta de algas y cangrejos.

Frunció el ceño, pero Laurie ya parecía bastante disgustada, y Alex no quería hostigarla más con sus preocupaciones.

–¿Estás bien?

Laurie asintió, aunque la miró de un modo extraño.

–¿Qué ocurre? –preguntó Alex.

–Nada. Bueno, todo. Aunque no conmigo. Ahora no puedo hablar. La gente nos está mirando, y lo que tengo que contarte tiene que ser a solas.

–Estaba preocupada por ti. ¿Dónde estabas?

Con un gesto, Laurie le recordó que no estaban en el momento ni en el lugar adecuados para hablar.

–Tienes que prometerme que lo mantendrás en secreto.

–Sabes que puedes confiar en mí.

–De verdad, Alex. No puedes decirle ni una palabra a nadie.

–Lo único que me importa es que estés bien. ¿Dónde te habías metido?

–Estaba escondida –dijo Laurie.

–¿Por qué?

–El otro día había un cadáver en la playa. Sin lugar a dudas.

–¿Cómo lo sabes?

–Porque en la isla hay un agente del FBI encubierto.

–¿Qué?

Laurie no tuvo oportunidad de contestar.

–De acuerdo –anunció Gil, en voz alta–. Ha llegado el momento de separarnos en dos grupos. Los que tengáis una marca verde en las aletas, id con Alex y con Mandy. Los que tengáis una marca roja, venid con Laurie y conmigo.

–Después hablamos –murmuró Laurie–. Se están cometiendo asesinatos en Moon Bay. Tienes que vigilar a David.

–¿Vigilar a David? Creía que te gustaba.

–Sí, pero tiene mucho en juego. Podría ser el asesino.

–¿Qué? –exclamó Alex.

–¡Shhh! Hablaremos luego. A solas. Tenemos que estar solas.

Antes de que Alex pudiera detenerla, Laurie corrió a reunirse con Gil. No quería montar un escándalo, y trató de mantener la calma.

Aturdida, reflexionó sobre lo que Laurie le había dicho. No podía creer que David fuera un asesino.

No podía ser.

Capítulo 9

–Ha sido muy amable por tu parte –le dijo Ally a David–. No sabía lo importante que eras hasta que me lo dijo Seth, la otra noche. Has sido muy amable al dedicarnos un rato.

Ally estaba sentada al timón del Icarus con David. Zach estaba asomado a la barandilla, y su rostro resplandecía de felicidad.

–Es un placer. Zach es un buen chico –afirmó él.

–Es un sol –reconoció su madre, emocionada–. Ha tenido algunos problemas en el instituto. Soy enfermera y paso mucho tiempo fuera de casa. Pero tenemos para vivir. En cualquier caso, gracias. Anoche estaba muy mal, y fuiste muy amable conmigo. Seth podía ser un fanfarrón con los demás, pero conmigo era muy tierno. Y te tenía en un gran aprecio. Iba a hablar de algo importante contigo. Dijo que estaba esperando a que llegara una amiga y os pondríais a trabajar.

–¿Y dijo algo acerca del Anne Marie?

Ella suspiró.

–Me pidió que no le dijera una palabra a nadie, pero supongo que ya no importa. Me dijo que toda su vida había estado interesado en las búsquedas de tesoros. La

gente siempre quería su dinero para las expediciones, pero nadie lo quería en el equipo. La mujer que estaba esperando lo iba a dejar participar.

–¿Sabía de dónde había sacado la información su amiga?

–Un anciano le dijo que había escondido un viejo mapa pirata en esta isla.

David arqueó una ceja.

–¿Estás segura? ¿Hay un mapa y está escondido aquí?

–No estoy segura de nada, pero eso fue lo que dijo Seth. Que el barco se había hundido fuera de Florida, y que el mapa, la prueba, estaba aquí.

–Gracias por decírmelo, Ally.

–Seth no sabía dónde estaba el mapa. Por eso lo preocupaba tanto que su amiga no hubiera llegado. No quería hablar contigo hasta entonces. ¿Crees que alguien más podía saber lo del mapa y que Seth pudo haber sido asesinado? ¿Eso no te pondría en peligro a ti también?

–Aún no sabemos cómo murió Seth. Y aunque sé cuidarme, te prometo que extremaré las precauciones. Gracias por tu preocupación.

Ella sonrió y se volvió a mirar a su hijo.

–Tal vez tengas razón.

–Si recuerdas algo más, ¿me lo dirás?

–Por supuesto.

–Y cuídate, por favor. No le has mencionado esto a nadie más, ¿verdad?

–No.

–No lo hagas, salvo cuando hables con el comisario Thompson. Vendrá en algún momento.

–No diré una palabra –prometió ella.

Él asintió y redujo la velocidad del Icarus, gritándole a Zach que iba a echar el ancla, porque ya no estaban en aguas protegidas y podían pescar con arpón.

Minutos después, estaba de pie en la popa con Zach, asegurándose de que el chico pudiera manejar el arpón sin hacerse daño.

–Hay que subir a bordo después de cada pesca –explicó.

–Porque la sangre atraería a los tiburones y por aquí hay muchos, ¿verdad?

–Si. Suelen estar ocupados en sus propios asuntos, pero nunca se sabe. Un viejo amigo mío usaba el bañador para guardar lo que pescaba. Si un tiburón olía la sangre, el primer lugar que atacaría sería...

–¡Ay! –exclamó Zach, entre risas.

David le acarició el pelo al chico, se puso la máscara y se echó al agua de espaldas. Había pensado en pasar el día con Zach y Ally en el Icarus. Sin embargo, quería volver a Moon Bay antes del mediodía. Antes de que Alex se le escapara. Antes de que pudiera estar sola en alguna parte, con alguien más.

Cuando terminó con la actividad en la laguna, Alex estaba impaciente por ir a la otra plataforma para hablar con Laurie. Pero no pudo. Jay apareció corriendo por el muelle, con otro de sus elegantes trajes.

–Empezaremos con la evacuación ahora mismo –dijo.

–¿Ahora?

Alex miró al cielo. Era un día increíble, y el cielo estaba despejado.

–No importa lo que parezca. Sabes que el clima puede cambiar de un momento a otro.

–¿La tormenta ha virado hacia aquí?

–El temporal puede azotar la isla esta noche o mañana por la mañana. No es una tormenta grande, pero una tormenta es una tormenta. El ferry está aquí, y los huéspedes están preparando el equipaje. Vete con Gil a dar una vuelta por la playa para asegurarnos de que no falte nadie.

–De acuerdo.

–Después, si llega la tormenta, puedes venir a abrir las compuertas de la laguna, para que los delfines puedan escapar al mar en caso necesario.

Ella asintió. La laguna era bastante profunda, y los animales podían soportar una tormenta mucho mejor que las personas. Aun así, el lugar tenía varias salidas de emergencia por si los delfines necesitaban escapar.

–¿Han actuado de manera extraña hoy? –preguntó Jay.

–No.

–Entonces diría que aún tenemos tiempo.

Jay no sentía demasiado aprecio por los animales, pero sabía lo suficiente de ellos como para saber que los delfines notarían la cercanía de la tormenta.

–He visto que Laurie está bien –dijo él.

–Sí.

–Le ha dicho a Len que se había olvidado de cargar la batería del móvil.

–Bueno, ayer era su día libre, y está mañana no ha llegado tarde.

Hasta que tuviera oportunidad de hablar con Laurie, Alex estaba decidida a no decirle nada a Jay. Se volvió a mirar a la otra plataforma y se puso furiosa al descubrir que su amiga ya no estaba.

–¿Dónde está Gil? ¿Sabe que tenemos que ir a la playa?

–Acabo de cruzarme con él. Está en el Tiki Hut, comiendo un sándwich.

–¿Laurie está con él?

–No lo sé. No te preocupes, podrás hablar con ella cuando regreses. Conoces la isla mejor que nadie, así que quiero que seas tú quien vaya con Gil.

–Muy bien. Iré a buscarlo.

Alex miró a su alrededor buscando a Laurie mientras caminaba hacia el Tiki Hut, que estaba casi vacío a pesar

de la hora.

–Te he traído un sándwich de pollo –dijo Jay, mostrándole la bolsa–. Y un par de botellas de agua.

Ella arqueó una ceja, sorprendida.

–La playa no está tan lejos.

–Sí, pero tenemos que revisar todos los rincones para asegurarnos. El ferry ya ha recogido a todos los que tenían planeado marcharse hoy. Y regresará pronto a buscar al resto.

–¿Adónde iba Laurie tan deprisa? Debería haber limpiado los equipos y haber cerrado las escotillas con Manny y Jeb.

–No sé. Estaba enfadada, porque no se podía creer que Jay nos hubiera hecho seguir con el programa de actividades cuando ya había decidido evacuar la isla. La buscaremos cuando volvamos. Jay ha dicho que tú te quedas, pero que el resto del equipo de los delfines se irá en el próximo ferry.

–Increíble, ¿no te parece? –dijo, mirando el cielo azul.

–La calma que precede a las tempestades.

–Supongo que sí.

Llegaron a la playa y, por lo que se veía, el lugar estaba vacío.

–Estoy seguro de que Jay querrá asegurarse de que no falte nadie –afirmó Gil–. Pero supongo que de todas formas tenemos que inspeccionar los caminos.

Ella sonrió.

–Ve por la derecha, yo iré por la izquierda, daremos una vuelta y nos reuniremos en el medio. ¿Te parece bien?

Mientras hablaba, Alex sentía cómo aumentaba la brisa. Era leve, pero perceptible.

–Creo que está llegando la tormenta.

–Nunca se sabe. Pueden pronosticar todo lo que quieran, pero no significa que vayan a acertar. ¿Ya ha alcanzado la categoría de huracán?

–No lo sé. No he prestado atención a las noticias. Ayer fue un día bastante difícil, ¿recuerdas?

En aquel momento llegaron a la bifurcación.

–Nos vemos en un rato –dijo Gil.

Alex asintió y siguió andando. A medida que avanzaba por el camino sentía que las palmeras se agitaban cada vez más y que una inquietante oscuridad se cernía sobre la isla. Oyó un ruido a sus espaldas, y se volvió a mirar con el corazón en un puño. Cuando vio que sólo se trataba de una ardilla, se sintió tonta.

Aun así, estaba asustada y sabía por qué: David le había dicho que no se quedara a solas. Y allí estaba, en un camino abandonado.

No le gustaba sentirse así. Jamás había tenido miedo en aquel lugar. Siempre había disfrutado de la soledad que podía encontrar en la isla. Aunque antes no encontraba cadáveres en la playa.

Apretó el paso, ansiosa por regresar con Gil.

–¿Hola? ¿Hay alguien aquí? –gritó.

No obtuvo respuesta. Echó un vistazo a su alrededor. No le faltaba mucho para reunirse con su compañero. Llegó al punto más alejado, se apartó un poco del camino y volvió a gritar. Nada.

Al volverse notó que la brisa era cada vez más intensa. Podía sentirla incluso entre los árboles. No había programada ninguna excursión a los arrecifes, pero Alex no estaba segura de que alguno de los huéspedes no hubiera contratado una salida privada. Esperaba que todos hubieran regresado.

De repente, se paró en seco.

No era un sonido lo que la había hecho detenerse. Era un olor. Un olor espantoso. Y Alex tenía la certeza de que era el hedor de la muerte.

Comenzó a correr, gritando.

–¡Gil! ¡Gil!

El olor era cada vez más intenso. No había duda. Muy cerca de allí, oculto entre las matas, había un cadáver.

–¡Gil!

Alex estaba tan alterada que estuvo a punto de chocar con su compañero.

–¿Qué es ese olor? –preguntó él.

–Algo muerto.

–Sí, es lo que imaginaba. Pero ¿de dónde viene?

–Se ha hecho más fuerte a medida que me acercaba a ti.

–Entonces tiene que estar cerca. Vámonos de aquí.

–No podemos. Tenemos que descubrir qué es.

–O quién es –dijo él, inquieto–. Esto es un asunto para el comisario.

–Sí, pero no ahora. No voy a dejar que desaparezca nadie más.

–¿De qué hablas?

–Tenemos que descubrir qué es y llamar al comisario. Por favor, Gil.

Alex avanzó hacia una arboleda.

–Alex...

–Está aquí –murmuró–. Hay un montón de palmas en el suelo, y el olor es muy fuerte. Está aquí.

Gil la miró y suspiró.

–De acuerdo. Levantaré las hojas.

–Lo haremos juntos.

Los dos contuvieron la respiración para soportar la fetidez y se pusieron a trabajar.

Unos segundos después, a Gil se le revolvió el estómago y tuvo que hacer un esfuerzo para no vomitar.

David había oído las advertencias por la radio y había decidido que era hora de regresar. Zach había conseguido pescar un precioso ejemplar con el arpón y estaba muy orgulloso de su logro. No habían llevado los arpones a la última inmersión, porque sólo pretendía echar un vistazo a las formaciones de coral y a la vegetación submarina.

David estaba a punto de hacerle una seña a Zach para que regresaran al velero cuando vio algo que lo hizo detenerse. Al principio creyó que sólo se trataba de una anémona. En ocasiones, parecían cabezas con cabellos ondulados. Pero después creyó ver algo bajo las ramas del coral.

Subió a la superficie; Zach hizo lo mismo y se quitó la máscara.

–Tenemos que volver, ¿verdad? –preguntó el chico.

–Sí. Ve al Icarus. Enseguida me reuniré contigo.

David lo miró nadar hasta el velero, respiró hondo y se sumergió en las profundidades. Alcanzó el coral, miró el brazo extendido y se llenó de horror.

Era Alicia. O lo que quedaba de ella. El cabello rubio ondeando en el agua. Las facciones parcialmente consumidas. Los pies recubiertos de cemento.

–Es la comadreja más grande, gorda y muerta que he visto en mi vida –dijo Gil, volviéndose–. ¡Qué asco!

–Menos mal que sólo era una comadreja...

Él la miró, perplejo.

–Sé que me comportado como un cobarde, pero parecías

convencida de que íbamos a encontrar a una persona.

Alex se encogió de hombros, consciente de que Gil no sabía nada sobre el cadáver que había hallado en la playa.

–Supongo que estoy alterada por lo que pasó ayer. Vamos a volver.

David acercó el Icarus al muelle para que Ally y Zach pudieran desembarcar, y después se dirigió a buscar un muelle seco en la zona del golfo del cayo de Plantation.

Una vez allí, se reunió con Nigel y subió al coche del comisario.

–Eres tonto por volver cuando están evacuando a todo el mundo –le dijo Nigel–. En realidad, creo que la evacuación debería ser obligatoria. Podrías habértela llevado en el velero hacia el norte.

–Me habría topado con la tormenta de todas formas. Y sabes que no quiero alejarme de Alex, ni de Moon Bay, hasta que el caso esté resuelto. Sólo espero que la tormenta dure poco.

–Si pudiera habría mandado buceadores inmediatamente. Pero tengo a todos mis hombres destinados a la evacuación y, tratándose de un cadáver, no puedo arriesgarme a enviar a nadie con el mar tan revuelto.

–Me temo que para cuando haya pasado la tormenta, el cadáver podría estar en cualquier parte.

–Sabes que ahora no puedo hacer nada.

David guardó silencio durante unos segundos:

–Ya lo sé. Pero lo he descubierto en el peor momento. No tenía forma de sacarla a la superficie y, encima, tenía a un chico en el velero.

–Trata de no olvidar la posición.

–Tengo la localización exacta y te he dado las coordenadas.

Nigel lo miró de reojo. Estaban en la carretera principal, a pocos kilómetros de la plataforma del ferry que iba a Moon Bay, pero el éxodo de los lugareños había provocado un atasco terrible.

–¿Sabes que Jay puede oponerse a que te quedes?

–No lo hará –afirmó David.

–¿Y estás seguro de que te quieres quedar?

–Más que nunca.

–Que hayas encontrado el cadáver de Alicia no significa que sea lo que Alex dice haber visto en la playa. Ayer, cuando estaba interrogando a la gente por lo de Seth Granger, también pregunté por ella. Y nadie la vio. Igual que tampoco vieron morir a Seth.

–Lo que sólo demuestra que ninguno de los que estaban allí es muy observador. Y que alguien miente. ¿Tienes el informe de la autopsia de Seth?

Nigel asintió.

–¿Y? –preguntó David, impaciente.

–Murió ahogado.

–Sigo creyendo que alguien lo ahogó.

–Tal vez.

–Creo que sabes más de lo que dices.

–Tiene varios hematomas en la parte trasera del cráneo. La autopsia no ha determinado cómo se los hizo. Pudo haberse golpeado con algo, o algo pudo haberle golpeado la cabeza. Se lo han llevado a Miami, y podrán a los mejores forenses a trabajar en el caso. ¿Está bien? Trabajan con hechos, no con conjeturas.

–Bueno. Sabemos que Seth está muerto y hemos confirmado que Alicia también. Son hechos, no conjeturas. Alicia no se pudo ahogar por accidente. Y dudo mucho que fuera un suicidio.

–De acuerdo, David. Te prometo que en cuanto pase la tormenta yo mismo iré a buscarla con la guardia costera.

–Tal vez sea demasiado tarde.

–¿Para qué?

–Ha sido asesinada. Eso quiere decir que hay un asesino suelto. Necesito llegar a Moon Bay cuanto antes.

–¿Y qué quieres que haga? ¿Que pase por encima de los coches?

–Pon la sirena.

–No es una emergencia.

–Tal vez sí.

Nigel suspiró, encendió la sirena del coche patrulla y se

metió entre los vehículos.

–Si pincho, tú cambias el neumático.

David sacudió la cabeza y sonrió de lado.

–Si pinchas, me subiré al primer coche que vea.

Alex y Gil regresaron al complejo justo cuando el ferry estaba a punto de partir con los últimos huéspedes y empleados. Consternada, Alex corrió hacia el muelle, buscando a Laurie.

–¿Vienes con nosotros, Alex? –le gritó Jeb desde la cubierta.

–No, pero necesito ver a Laurie.

–Está aquí. Voy a buscarla.

Gil corrió detrás de ella.

–Espero que alguien haya traído mis cosas –dijo, agitado–. ¿Estás segura de que te quieres quedar? Los delfines estarán bien. Piensa que te quedarás sola con Jay, Len y unos pocos más. ¡Vamos, Alex! Sube al ferry. Nos divertiremos en Miami.

–No. No me puedo ir.

–Serán como unas vacaciones pagadas.

Jeb se asomó por la barandilla.

–Gil, tengo tu cartera y un bolso de viaje para ti.

–Gracias.

–¿Dónde está Laurie? –preguntó Alex.

–Dice que ahora viene.

Alex vio cómo quitaban las amarras del ferry y se puso nerviosa. Miró entre la gente, tratando de encontrar a su amiga. Gil subió corriendo las escaleras.

–Tendríamos que habernos ido hace cinco minutos –le gritó un marinero impaciente.

–Lo siento.

Cuando levantaron la escala, Alex miró el ferry con incredulidad, deseando estrangular a Laurie. No se podía creer que hubiera sido capaz de decir lo que había dicho, y que luego hubiera desaparecido sin darle más explicaciones.

Entonces, justo cuando la embarcación se alejaba del muelle, Laurie se asomó a la barandilla. Parecía angustiada.

–Alex, no te alejes de Jay, ¿de acuerdo? Quédate con Jay o con Len.

Sacó su móvil y lo levantó, esperando que Laurie comprendiera el gesto. Su amiga sonrió, buscó en el bolso y frunció el ceño.

–¡No tiene batería!

–¡Jeb, déjale el teléfono!

Al cabo de un momento sonó el teléfono de Alex.

–Laurie, ¿qué demonios pasa?

–Aléjate de David.

–¿Por qué?

–Porque está pasando algo relacionado con los rescates. Pero no te preocupes. Hank Adamson se queda, porque quiere escribir un reportaje sobre las tormentas tropicales, y John también estará ahí.

–¿John Seymore? ¿Por qué?

–Ya te lo he dicho.

–No.

–Es el agente del que te hablé. Es del FBI o trabaja con ellos. Algo así.

–¿Y tú cómo lo sabes? Por favor, explícamelo antes de que la tormenta interrumpa las comunicaciones.

–De acuerdo. Me encontré con él, fuimos a su cabaña y hablamos. Sólo hablamos.

–Te creo –dijo Alex–, pero ve al grano.

–Me dijo que le gustabas mucho, pero que no iba a interponerse entre David y tú –afirmó Laurie–. Sin embargo, estaba preocupado y esperaba que no siguieras enamorada de él. Tiene miedo de que Alicia Farr haya desaparecido. Y que esté en apuros. Estaba preocupado por mí, y sobre todo por ti, porque, aparentemente, una enfermera de Miami oyó que Danny Fuller hablaba de ti, de un tesoro y de delfines.

–¿Algo más?

–Sinceramente, Alex, entiendo por qué te sientes atraída

por él. John es maravilloso. Me he quedado en su casa, por si alguien sabía que había visto el cadáver en la playa. Por eso no podías encontrarme. Me quedé ahí incluso cuando él se fue en el velero de David. Y anoche me contó lo de Seth Granger, y no cree que haya sido un accidente.

–¿Y por qué sospecha de David?

–¿Quién estaba cerca de Alicia? ¿Quién es famoso por sus expediciones de búsqueda de tesoros? En realidad, deberías haberte marchado de la isla. Tal vez todavía estés a tiempo. Y, Alex...

Había tantas interferencias en la línea que la voz de Laurie era cada vez menos audible.

–Alex, ¿me oyes? Sé por qué...

En aquel momento se cortó la comunicación. Alex se sobresaltó al sentir que le tocaban el hombro.

–¿Estás bien? –preguntó Jay.

–Sí. ¿Quién se ha quedado en Moon Bay?

–Len, Hank, tú y yo. Hank nos ha ayudado mucho, y quiere escribir un artículo sobre la tormenta. Por suerte, no va a ser un huracán.

–Menos mal. ¿Quién más se queda? ¿Sólo nosotros cuatro?

–No. También se quedan John y tu ex.

–¿Has dejado que se queden ellos y has evacuado a tus empleados?

–David ha vivido docenas de tormentas en el mar, y

John Seymore estuvo en la Armada. Los dos se querían quedar. Soy el gerente y les he dicho que sí. ¿Algún problema?

En efecto, para Alex era un problema. Sin embargo, no podía decirle que dudaba de los dos ni por qué. No se podía olvidar de la conversación con Laurie. Aunque John afirmaba pertenecer al FBI, podía mentir. No sabía si Laurie había visto su documentación.

Por otra parte, David era quien le había advertido que estaba en peligro. Pero a la vez era el que tenía más información sobre el tesoro y el que estaba más relacionado con Alicia y Seth.

Con todo, Alex no podía aceptar que fuera el asesino. Se estremeció al comprender que se negaba a creerlo porque estaba enamorada de él. Jamás había dejado de quererlo. El divorcio no significaba nada, y probablemente seguiría enamorada de él toda la vida.

John se preguntaba dónde estaría Alex. Jay había dicho que la había enviado con Gil a revisar la playa, pero hacía tiempo que tendrían que haber vuelto. Decidió que lo mejor era salir a buscarlos.

Para ser una isla tan pequeña, había un montón de caminos. Empezaba a entender por qué tardaban tanto.

Mientras caminaba, aprovechó para asegurarse de que todos se hubieran marchado. Gritó una y otra vez y miró por todas partes, sin encontrar a nadie. Pero al regresar sintió un olor fétido en el aire y lo reconoció al instante: el olor de la muerte.

Echó a correr, con el corazón en la garganta. Se detuvo, volvió a mirar a su alrededor y, cuando se convenció de

que estaba solo, se asomó entre los árboles para examinar el origen del hedor.

Un momento después retrocedió aliviado, tras haber descubierto que sólo se trataba de una comadreja muerta, y se apresuró a recorrer el resto de los caminos. Cuando llegó al Tiki Hut, estaba vacío. Se dirigió al muelle y sólo vio el último ferry, que se alejaba por el mar.

Se volvió, sin saber qué hacer. Alex debía de haber ido al hotel. Aunque el viento soplaba con mayor intensidad, aún faltaba tiempo para que se desatara la tormenta.

Oyó un chapuzón distante.

–La laguna de los delfines –murmuró, apretando el paso.

Llegó justo a tiempo para ver a Alex en la segunda plataforma, hablando con sus criaturas y dándoles pescado.

–Alex –dijo él, aliviado.

Ella lo miró con recelo.

–Tienes que tener cuidado –añadió John.

–Sí, lo sé. Me han dicho que eres agente.

–¿Que soy qué?

–Agente. Del FBI, o al menos es lo que cree Laurie.

–No tengo un puesto fijo, pero colaboro con ellos.

–¿Por qué no me lo habías dicho?

–Porque hay gente que no debería saberlo. Porque realmente no sé lo que pasa ni lo que podría pasar.

–Pero acusas a David de estar dispuesto a matar para conseguir lo que quiere.

John negó con la cabeza.

–No acuso a nadie de nada. No de momento. Pero Alicia Farr ha desaparecido. Y ayer murió un hombre en circunstancias extrañas. Tu nombre fue mencionado por un moribundo que supuestamente guardaba el secreto de un tesoro millonario.

–Comprendo. No debería confiar en David, y sólo te intereso porque un moribundo dijo mi nombre.

Él suspiró y sintió que le pesaban los hombros.

–Quiero protegerte.

–Parece que todos quieren protegerme.

–Sabes que mi interés por ti es real.

–Lo que sé es que sólo quedamos seis personas en esta isla. Y que deberemos soportar juntos la tormenta. Juntos. No quiero estar sola. Y, por cierto, no sé nada sobre el tesoro, ni dónde está ni qué tiene que ver con los delfines. Así que no podrás sacarme ninguna información.

–Alex, de verdad trabajo para el gobierno.

–Enséñame algo que lo demuestre.

Él sacó la cartera y le enseñó la identificación.

–Asesor –leyó ella, escéptica.

–Ya te he dicho que sólo colaboro con ellos. Trabajo en casos especiales.

–¿Este es un caso especial?

–Estuve en la Armada. Ésta es una investigación relacionada con el mar.

–Los dos sabemos que la documentación se puede falsificar.

–Te estoy diciendo la verdad.

–¿Por eso has tratado de seducir a Laurie? –preguntó Alex, con desconfianza.

–No he tratado de seducirla. No hay nada personal entre nosotros. Además, tú has vuelto con tu ex marido. Y confías en él plenamente.

–La verdad es que ya no sé si me fío de alguien. Y ahora, si me disculpas, Jay está allí, y yo tengo que ir a terminar un par de cosas antes de ir al hotel.

Alex pasó por delante de él como si tuviera toda la confianza del mundo. John la siguió con la mirada y vio que no había mentido: Jay estaba allí.

Lo único que podía hacer era correr a buscar sus cosas e ir al refugio a reunirse con los demás. Había empezado a llover.

Capítulo 10

En cuanto David regresó a Moon Bay corrió a ver a Alex a la laguna de los delfines. Los animales estaban nadando de manera errática, pero no había señales de ella e imaginó que estaría en su cabaña.

Jay había pedido a los que se quedaban en la isla que a las diez de la noche estuvieran en el refugio, pero aún faltaba para que llegara la hora, y Alex debía de haber ido a ducharse y a buscar algo de ropa.

Sin embargo, cuando David llegó a la cabaña no la encontró. Preocupado, recorrió todas las habitaciones para asegurarse.

Entonces oyó que alguien abría y cerraba la puerta. Suspiró aliviado y salió del dormitorio.

–¡Alex!

–Hola –murmuró ella.

Más que hostil, Alex sonaba tensa y recelosa.

–¿Estás bien?

Ella frunció el ceño.

–Por supuesto –afirmó, mirándolo de pies a cabeza–. Tú

no tienes buen aspecto.

–Estaba preocupado por ti. Te he dicho que no debías estar sola.

–Me he pasado el día acompañada. He estado ocupada, acabo de abrir las compuertas de la laguna. Creo que necesito una ducha. Así que si me disculpas...

David sabía que le estaba pidiendo que se fuera, pero no iba a dejarla sola por nada del mundo.

–Estaré aquí. ¿Quieres un café? Es probable que pronto nos quedemos sin luz. Aunque en el refugio hay un generador de emergencia, prepararé café.

Acto seguido, David se dio la vuelta y entró en la cocina. Podía sentir que Alex lo estaba mirando, y no era precisamente una sensación reconfortante.

Un minuto después la oyó caminar hacia el dormitorio. Lo inquietaba la actitud de Alex. Parecía que le tenía miedo. Al segundo, Alex volvió a aparecer con gesto de perplejidad.

–¿Cuándo has llegado a la cabaña? –preguntó.

–Dos minutos antes que tú. ¿Por qué?

–¿Has estado moviendo cosas?

–No. ¿Por qué?

–Por nada. El servicio de limpieza está haciendo cosas extrañas, eso es todo. Y ha estado aquí; la cama está hecha, las toallas están limpias...

–Entonces debe de haber venido, porque yo no he

limpiado.

Ella se encogió de hombros y lo miró con detenimiento. Como si estuviera tratando de descubrir algo.

–¿De verdad estás bien? –preguntó David.

–Sí. Pero tú tienes un aspecto horrible.

–También necesito una ducha. He llevado a Zach y a Ally a navegar en el Icarus. Después he dejado el velero en un puerto del golfo y he tenido que regresar aquí en ferry.

–No tenías por qué volver. No trabajas aquí.

–Sabía que te quedarías con los delfines, y no te iba a dejar sola.

Ella asintió. De repente, para sorpresa de David, se acercó a él y lo abrazó.

–¿Qué es esto? –preguntó él.

–Te conozco, ¿no es cierto?

–Mejor que nadie. Alex, ¿qué sucede?

Ella lo miró a los ojos, con una extraña sonrisa en los labios.

–No sirves para marido, ¿sabes?

Era un comentario muy hiriente.

–Tú has sido la mejor esposa que un hombre podría tener.

–A tu manera me amas, ¿verdad?

–¿A mi manera? Te amo de todas las maneras posibles –aseguró él, con la voz cargada de pasión–. Jamás he dejado de amarte, Alex. Nunca. Moriría por ti.

Ella se apartó del abrazo.

–Tengo que ducharme –murmuró–. Y buscar algunas cosas.

Alex se marchó al dormitorio. Cinco minutos después, David no aguantó más y la siguió.

Al igual que en el cuarto de baño del pasillo, la mampara de la ducha tenía cristales transparentes, y podía ver cómo el agua le recorría el cuerpo desnudo.

Necesitaba estar con ella desesperadamente. No podía decirte que tenía tan mala cara, porque había encontrado el cuerpo que había desaparecido de la playa y había confirmado que era Alicia. Menos aún podía describirle lo que el mar podía hacer con la carne humana. No podía hablarle de su descubrimiento hasta que el comisario pudiera llegar al lugar.

De momento estaban solos, a merced de la tormenta. Y, tal vez, de un asesino.

Alex se estaba enjuagando la cabeza. Al verla moverse, David sintió un repentino temblor en el corazón. Dio un paso adelante y abrió la mampara. Ella lo miró y esperó.

–Te he dicho que necesitaba ducharme –dijo él.

–Hay otra ducha.

–Pero no estás ahí.

David se estremeció al ver que sonreía y lo invitaba a entrar. Se desvistió en un segundo y la siguió.

–¿Champú? –le ofreció ella.

–Estaría bien.

–¿En la cabeza?

–¿Dónde sino?

–¿Quieres que te muestre?

El tono de Alex era ingenuo pero extraño. Entonces David se dio cuenta de que lo deseaba y lo temía a la vez. Dejó el frasco de champú en el estante y la tomó entre sus brazos.

–Alex, ¿qué ocurre?

–Estoy en peligro. Tú mismo me lo has dicho.

–Pero no por mí –susurró él.

Ella lo miró detenidamente y se estremeció. Él la apretó contra su pecho, disfrutando de la incomparable sensación de aquella piel tersa y apetecible contra su cuerpo.

Alex sintió la presión del sexo de David contra su pubis. Lo conocía, sabía cómo tocarlo, como acariciarlo. Le deslizó una mano por el pecho eróticamente y le rodeó la erección con los dedos, haciéndolo temblar con cada roce. Él le besó los hombros, el cuello y la boca con devoción. Le recorrió la espalda con las manos, le aferró las nalgas y la presionó contra él. Apenas percibía la temperatura del agua, pero era profundamente consciente del contacto de la piel de Alex y del calor que los envolvía. La tomó de la

cadera, la alzó y se introdujo en ella. Cuando Alex le rodeó la cintura con las piernas, la recostó contra la pared y comenzó a moverse. Ella inclinó la cabeza y le mordió los hombros.

No era suficiente. Sin soltarla, David abrió la mampara, salió de la ducha y la llevó hasta la cama. Se mecieron juntos en un ritmo desesperado que parecía ser un eco de la lluvia que azotaba el tejado de la cabaña. David se movió y le besó el cuello, los senos y la boca. Después le recorrió el estómago con los labios entreabiertos y se hundió entre los muslos para besarla íntimamente. Alex gimió extasiada. Finalmente, David volvió a entrar en ella y empujó una y otra vez hasta que alcanzaron el clímax en una dulce y arrolladora explosión de placer.

Permanecieron un largo rato recostados juntos, sudando y tratando de recuperar el aliento. David la abrazó y notó que estaba extraña y repentinamente distante. No entendía qué había pasado para que en un instante pasara de la pasión a la frialdad.

–Se hace tarde –dijo ella–. Tengo que vestirme y recoger algunas cosas. ¿Quieres ir a tu cabaña? Podrías aprovechar mientras preparo mi maleta.

–¿A cuento de qué tanta prisa? –preguntó, desconcertado.

Ella se sonrojó.

–Hay una tormenta en camino.

–Tienes razón. Disculpa.

Acto seguido, David se puso de pie y fue a buscar su ropa. Pero, antes de llegar al cuarto de baño, se detuvo y se

dio la vuelta.

–Siempre hay una tormenta en camino, Alex.

–¿A qué te refieres?

–Siempre hay algo. Nunca quieres hablar.

–¡Hay una tormenta afuera! –exclamó ella.

–Si me hubieras llamado, si hubieras hablado sobre las dudas que tenías...

–Te llamé muchas veces, David. Siempre había alguien que me decía que me devolverías la llamada, que estabas en el agua, que estabas trabajando con un sumergible, que estabas reunido con tal o con cual, que no estabas...

Él trató de acercarse, y ella dio un paso atrás.

–Por favor, David. Hay una tormenta afuera y podría ser muy fuerte.

–Deberíamos habernos ido de la isla –replicó él, mientras la arrinconaba contra la pared–. Escúchame bien, Alex. Más allá de lo que estés sintiendo, más allá de lo que yo haya hecho, más allá de lo que creas que he hecho, te defendería con mi vida y no me importaría morir para mantenerte a salvo. Voy a amarte por el resto de mi vida. Dame la espalda y, cuando esto termine, no me verás nunca más, ni siquiera te enviaré una tarjeta en Navidad, pero, por favor, ahora debes confiar en mí.

David no esperó a que le contestara, porque había pasado de la pasión a la distancia con tanta rapidez, que no podía esperar que respondiera algo coherente. Era como si de repente hubiera decidido que no se podía fiar de él.

Se puso el bañador y la camiseta que había usado todo el día y esperó a que Alex terminara de prepararse. Cinco minutos después estaba lista y con un bolso de viaje al hombro.

–¿No piensas ir a buscar tus cosas? –preguntó ella.

–No te voy a dejar sola. Pasaremos por mi cabaña antes de ir al refugio.

Antes de salir, Alex buscó un par de impermeables. Al ver que eran de color amarillo brillante, David frunció el ceño, porque eran más llamativos de lo que esperaba.

Cuando abrió la puerta, el viento lo empujó hacia atrás.

–¡Vamos! –gritó–. Esto se está poniendo muy feo.

Por suerte, la cabaña de David estaba cerca y sólo le llevó unos minutos buscar algo de ropa y volver a salir. Corrieron por el camino que conducía al hotel. Cuando estaban cerca del Tiki Hut y de las lagunas, un relámpago atravesó el cielo y estalló un trueno ensordecedor. La isla estaba completamente a oscuras, salvo por las luces del refugio.

En la oscuridad, David la tomó del brazo, y corrieron a reunirse con Jay, que los esperaba impaciente en la puerta del hotel. En cuanto llegaron los guió a través del hotel hasta la sala que funcionaba como refugio. El lugar estaba equipado con catres, dos cuartos de baño, una mesa grande y rodeada de sillas, y una encimera que separaba el área de la cocina del resto de la habitación. Sobre la encimera había una radio a pilas.

–Es agradable –comentó David.

–Muy agradable –dijo Hank–. De hecho, es genial.

–Si te gusta estar encerrado –declaró Len.

Era obvio que se había quedado sólo por deferencia a Jay. No obstante, Len se mostraba tan amable como siempre.

–La cocina está llena de provisiones, tenemos agua suficiente y, como pueden ver, el generador funciona –dijo Jay–. La tormenta real llegará a las cuatro o las cinco de la madrugada. Sigue avanzando muy deprisa, lo cual es bueno. Y, al menos de momento, no ha alcanzado la categoría de huracán.

–Con suerte, mañana al mediodía todo habrá terminado –afirmó Len.

–Y los daños serán mínimos. Aunque de todas maneras –aclaró Jay–, tendremos mucho trabajo por hacer.

–¿Y qué podemos hacer mientras tanto? –preguntó Hank.

–Podríamos jugar al póquer –propuso John–. Tenemos todo lo necesario para una buena partida: cartas, patatas fritas y cerveza.

Seymore les hablaba a todos, pero miraba a David.

–Por mí está bien –replicó él, sosteniéndole la mirada.

–De acuerdo –dijo John–. Podremos ver quién está engañando a quién.

–Suena divertido –afirmó Hank–. Cuenten conmigo.

El viento y la lluvia azotaban la isla con ferocidad. Jay

había subido el volumen de la radio para oír el informe del tiempo. La partida de póquer continuaba.

Habría sido una típica reunión de hombres, sólo que Alex también estaba jugando. Le gustaba el póquer y sabía jugarlo muy bien. Pero sus compañeros de partida no se lo estaban poniendo fácil.

Aunque habían fijado un límite de apuesta muy bajo, los fondos acumulados crecían cada vez más. John y David eran los que más ganaban. Entre los dos se habían llevado el ochenta por ciento de lo apostado. Sin embargo, lo más llamativo era que no dejaban de desafiarse como si se jugaran la vida en cada ronda.

Alex estaba incómoda. Se preguntaba cómo había podido dejarse llevar por la necesidad de hacer el amor con David cuando tenía tantas dudas. Con todo, le costaba creer que pudiera ser un mentiroso o un asesino.

–Creo que no debería jugar con vosotros –dijo Len–. Vais a mentir en todas las manos, y voy a perder todo el tiempo.

–Ya llevas perdidos veinticinco dólares, Len –le advirtió Alex–. Deberías empezar a engañarlos a ellos.

–Nunca podría mentir.

–¿Insinúas que los demás tenemos un talento nato para la mentira? –preguntó Hank.

–Cuidado, Len –dijo Alex–. Todo lo que digas puede ser usado en tu contra en un artículo de prensa.

–Eso ha sido muy cruel –protestó Adamson–. Fuera de broma, voy a escribir que este lugar es el paraíso.

–Dejad que gane una partida, por favor –suplicó Jay.

–Sí, Alex, déjalo ganar.

–¿Yo? Mira a esos dos –dijo ella, señalando a John y a David.

–No necesito que me dejen ganar –afirmó Hank–. Puedo engañarlos cuanto quiera.

–Las tormentas son divertidas, ¿no os parece? –comentó Len, al pasar.

–¿Quién habría imaginado que estaríamos aquí esta noche? –dijo Jay, encogiéndose de hombros.

–¿Quién lo habría imaginado? –repitió David, mirando a John.

–Sí, es extraño cómo la naturaleza puede obstaculizar cualquier plan –replicó él.

Para Alex era suficiente. Si no se alejaba de la mesa y del duelo de testosterona, iba a empezar a gritar. Bostezó y dijo:

–Me retiro de la partida. Me voy a preparar un té y a tratar de dormir un poco.

–Pero acabas de ganar –protestó Len–. No puedes irte.

–Quédate con mis fondos. Y trata de ganarles cuanto puedas.

Con una sonrisa, Alex se puso de pie y se fue a la cocina. Prendió la radio y oyó el informativo.

–¿Alguien quiere tomar algo? –preguntó, esperando que

le pidieran cerveza.

–No, gracias –dijo Jay.

A Alex le parecía muy extraño. El póquer solía estar acompañado por un surtido de bebidas y aperitivos. Pero ninguno de aquellos hombres quería nada. Era como si todos hubieran decidido mantener sus mentes claras.

Aunque en la superficie parecía que estaban jugando a las cartas, Alex tenía la impresión de que para John y para David era mucho más.

Bebió el té, atendiendo tanto a la partida como a la radio. En un momento trataría de dormir. Cuando se despertara, la tormenta habría pasado. Las islas estarían en ruinas, pero, con suerte, serían más los árboles caídos que las casas derrumbadas.

Se preguntaba si entonces tendría la posibilidad de hablar con Nigel y de averiguar si habían descubierto la verdad sobre la muerte de Seth Granger. Y sobre Alicia, el tesoro y los delfines.

Terminó el té y se acostó en un catre. Cerró los ojos, y los volvió a abrir de repente. Alicia y Seth estaban muertos, y posiblemente, el asesino estaba entre los jugadores de póquer.

No podía creer que fuese David. No tenía motivos para matar a Alicia. Tenía suficiente dinero de sus otras empresas, aunque solía gastárselo todo en sus viajes. Sin embargo, necesitaba a Alicia para encontrar el tesoro, lo que descartaba por completo la posibilidad de que la hubiera asesinado.

En aquel momento se le hizo un nudo en la garganta.

Seguía perdidamente enamorada de él. Tanto como para hacer el amor con él a sabiendas de que la estaba utilizando, porque Danny Fuller había mencionado su nombre al revelar el secreto del Anne Marie.

John también la había engañado. Decía que quería protegerla, pero había intentado seducirla para obtener información sobre el caso que estaba investigando. Con todo, se había sentido muy atraída por él y había creído que estaba realmente interesado en ella.

Dadas las circunstancias, sentía que no podía fiarse de ninguno de los dos.

–¡Silencio! –gritó Jay.

Alex se levantó de un salto y lo vio escuchando la radio atentamente.

–Estaremos en el ojo de la tormenta en media hora –informó él.

Jay tenía razón. Bastaba con oír la brutalidad con la que el viento y la lluvia azotaban el edificio.

–Me pregunto si debería ir a echar un vistazo para ver los daños –comentó Jay.

–Es igual si lo haces por la mañana –le dijo David.

–Sí, pero tendremos al menos veinte minutos antes de que comience de nuevo.

–Esta tormenta se mueve rápido –le recordó David.

–Creo que todos deberíamos salir en unos minutos –opinó Hank.

–Deberíamos descansar un poco –insistió David–. Tengo la sensación de que afuera será un infierno.

–Nos tomará varios días recuperarnos del desastre –afirmó Jay–. Pero lo hemos hecho antes, y lo haremos de nuevo.

–En realidad, no me refería a los daños de la tormenta.

–¿Entonces a qué?

–Se suponía que Nigel vendría hoy a hablar con la gente sobre Seth Granger –contestó David.

Len resopló con impaciencia. Los demás se volvieron a mirarlo.

–Lo siento, pero el tipo era un cerdo –se excusó–. Creía que el dinero podía comprarlo todo, y era muy grosero con aquellos a los que no consideraba de su nivel. Bebía en cantidades industriales. Si no se hubiera ahogado, no habría tardado en morir por una cirrosis. Lamento que un hombre haya muerto. Pero no puedo llorar porque se emborrachó y se cayó al agua.

–¿Pero qué pasaría si no hubiera sido así? ¿Si Seth no hubiera muerto ahogado? –preguntó David.

–Vosotros estabais con él. ¿Qué podría haber pasado? Salió a tomar aire, perdió el equilibrio y se ahogó. Caso cerrado.

–No estoy seguro de que Nigel lo vea así –dijo David–. Además, hay otras cosas.

–¿Qué cosas? –gruñó Jay.

–¡Vamos, Jay! Todos sabemos que se suponía que Alicia estaría aquí. Tengo la impresión de que Hank no ha venido a hacer un reportaje sobre la isla. Esperaba encontrar a Alicia y tener la primicia de lo que planeaba hacer.

–No puedes negar que tú has venido para encontrarla –manifestó John.

–¿Y tú? –replicó él–. Supuestamente no la conocías, pero estoy dispuesto a apostar que también has venido por ella. Y que, tal vez, la encontraste.

–¿Qué significa eso? –preguntó Len.

Nadie le contestó.

–¿Sabes, David? Te has comportado de un modo muy extraño hoy. Has empezado el día con la madre y el chico, después los has dejado y te has llevado el velero.

–Lo ha llevado a un puerto seguro –puntualizó Jay–. Si tuviera un velero como el Icarus, habría hecho lo mismo.

–Pero él ha regresado...

–¿Has encontrado algo en el agua? –insinuó Jay–. ¿Por eso actúas de un modo tan extraño?

–¡Dios mío! Lo has hecho. Lo has encontrado –exclamó Hank, eufórico–. ¡Has encontrado el cuerpo! El cuerpo que desapareció de la playa.

–¡No! –gritó Len–. ¡No puede ser! Esto es absolutamente aterrador. Cuerpos por todas partes.

–¿Dónde has encontrado el cuerpo? –preguntó John, cortante.

–¿Otro ahogado?

–Lo dudo –aseguró David–. No quería mencionar esto durante la tormenta, pero ya que habéis sacado vuestras propias conclusiones, creo que lo mejor es decir la verdad. No, no era ahogado. Los ahogados no suelen tener los pies cubiertos de cemento.

Alex se estremeció.

–Es una historia interesante –dijo Hank.

Jay gruñó con fastidio.

–¿Tenías que sacar el tema delante de Hank, David?

–¡Yo no he sacado el tema! Pero tal vez no importe. Cuando la tormenta haya pasado, la prensa se enterará de todas formas. Nigel enviará un equipo de rescate tan pronto como pueda.

–¿Dónde has encontrado el cuerpo? –preguntó Hank.

–Pasando los arrecifes. Le estaba enseñando a Zach a pescar con arpón –puntualizó David. No podía sacar el cuerpo solo, porque no llevaba el equipo necesario para levantar tanto peso. Además, estaba a punto de traer al chico y a su madre de regreso, y de llevar al Icarus lejos de la tormenta. Nigel no podía enviar a nadie, porque el mar estaba muy revuelto y tenía a todos sus hombres ocupados con la evacuación. Pero en cuanto pase la tormenta, irá con la guardia costera.

–¿La conocías? –quiso saber Jay.

–Sí. Era Alicia Farr.

Durante algunos minutos sólo se oyó el rugido del temporal. Hank fue quien rompió el silencio.

–Alicia Farr está muerta. De acuerdo, reconozco que he venido buscando un reportaje sobre ella. Había oído que estaba detrás de un tesoro increíble.

Alex vio que Jay había dejado caer la cabeza sobre la mesa. Estaba segura de que no era una respuesta emocional a la muerte de una mujer a la que ni siquiera conocía. Estaba preocupado por Moon Bay.

En aquel momento comprendió por qué David había estado tan tenso. Conocía muy bien a Alicia y había encontrado su cadáver en el mar.

Alguien había querido que no hallaran el cuerpo, de modo que lo había ocultado, le había puesto cemento en los pies y lo había arrojado al agua, seguro de que así no volvería a salir a la superficie.

Sin embargo, ese alguien podía ser el mismo David y lo estaba contando como una manera de cubrir sus propias acciones. Por supuesto, había podido encontrar el cuerpo, porque él mismo lo había arrojado allí. El tiempo estaba a su favor. La tormenta podía mover al cuerpo, ocultarlo, o incluso destruirlo.

Pero Alex estaba segura de que David no podía ser un asesino. Tenía talento para el engaño, pero aquella noche había quedado demostrado que, salvo Len, todos lo tenían.

Estaba furiosa con ella misma por haberse permitido dudar de él.

–Creo que el juego ha terminado –murmuró John–. No puedo creer que lo mantuvieras en secreto hasta ahora.

–Habría preferido no decir nada en toda la noche. No podemos hacer nada hasta que pase la tormenta. Cuando recuperen el cuerpo, Nigel podrá llegar al fondo de la cuestión.

–Tal vez –dijo Jay, sin ánimo–. Y tal vez no descubra nada, y vivamos siempre con miedo.

–Lo dudo –afirmó David–. Estoy seguro de que quien ha asesinado a Alicia debe de haber ahogado a Seth. Y, en algún momento, esa persona se marchará. Hasta entonces, tendremos que tener cuidado.

–Gracias, David –exclamó Len, con ironía–. Ahora ninguno va a poder dormir.

–¿Por qué? Estamos solos en la isla. Mientras nos mantengamos juntos, no pasará nada.

Al comentario de David le siguió un silencio tenso y prolongado.

–Nadie va a dormir, eso es evidente –repitió Len.

De repente, el viento dejó de soplar. El ojo de la tormenta estaba encima de ellos.

–¡Diablos! –maldijo Hank–. Esto es ridículo. Me voy a dormir. Alicia Farr está muerta, y tú la has encontrado. Eso no nos convierte en culpables de nada. Tienes razón. Mañana, tan pronto como pueda, Nigel vendrá y se ocupará de todo.

Adamson apartó su silla de la mesa. Alex mantuvo los ojos entrecerrados, porque no quería que ninguno supiera que había oído la conversación.

–Estamos en el ojo –dijo Jay, de repente–. Len, ven conmigo. Voy a salir. Sólo por un minuto. Sólo a echar un vistazo rápido.

–No deberías salir –insistió David.

–Soy responsable de este lugar. Tengo que salir. Len vendrá conmigo. Los demás quedaos aquí. Así todos tendremos a alguien que nos vigile.

–¿Sólo iréis Len y tú? –preguntó John.

–De acuerdo. Tres y tres. Hank, ven con nosotros un momento.

El periodista gruñó.

–Por favor. Tres y tres –repitió Jay.

Con un suspiro, Hank se puso de pie y se unió a ellos. Jay abrió la puerta, y salió a la oscuridad que rodeaba el refugio.

–Enseguida estaremos de vuelta –dijo, antes de irse.

Alex no se creyó ni por un minuto que quisiera salir para inspeccionar los daños. Jay iba a buscar el arma que guardaban en una caja fuerte detrás del mostrador de recepción.

–¿A qué has venido a esta isla? –le preguntó David a John.

–A lo mismo que tú –dijo él.

En aquel momento, la radio se apagó y la habitación quedó completamente a oscuras.

Capítulo 11

El sonido del generador se había detenido. Algo iba terriblemente mal.

David permaneció en silencio durante un momento, en la oscuridad, pero no se oía absolutamente nada. Entonces oyó el chirrido de una silla contra el suelo.

Era John Seymore. Pensó que Alex estaba durmiendo a pocos pasos y sintió pánico de que fuera a por ella. Sentía la urgente necesidad de protegerla, a toda costa.

Sin pensárselo dos veces, se arrojó contra su oponente y los dos cayeron al suelo justo en el lugar donde teóricamente se encontraba Alex durmiendo. Pero no estaba allí.

Seymore le pegó un fuerte puñetazo en el hombro derecho y David le devolvió el golpe. Tuvo la impresión de haberle pegado en la mandíbula, aunque no habría podido asegurarlo. El tipo gruñó y golpeó nuevamente.

Siguieron así durante varios minutos, hasta que de repente sonó un disparo en la habitación los dos se quedaron muy quietos. El tiro procedía de la entrada.

De forma instintiva, se apartaron.

–¡Alex! –gritó David.

No hubo respuesta.

Una vez más, se hizo el silencio. Seymore parecía haber desaparecido, pero en cualquier caso no lo dudó y corrió hacia la puerta. El instinto le decía que era la mejor opción.

Alex estaba segura de que John y David se iban a destrozar. Se suponía que debían estar juntos, vigilándose unos a otros, y a Jay se le había ocurrido ir a buscar un arma. Se preguntaba qué pretendía hacer. Por lo visto, cualquiera habría dicho que tenía la intención de mantenerlos amenazados hasta que llegara la policía, o tal vez, de dispararles.

Se negaba a creer que Jay pudiera ser el asesino. Pero en cuanto se había marchado, el generador había dejado de funcionar.

No entendía qué estaba pasando. Lo único que sabía a ciencia cierta era que John y David se habían convertido en adversarios mortales. La preocupaba que supieran algo que ella desconocía. Y que uno de ellos estuviera mintiendo.

Tenía que salir de allí, por si triunfaba el hombre equivocado. Se había levantado del catre antes de que cayeran encima. Había salido corriendo por la puerta y se había escondido en el despacho. Tras comprobar que no había nadie, había seguido hasta la recepción, tanteando los muebles para guiarse.

Pensó en buscar la caja fuerte, por si acaso Jay no se había llevado el arma. Entonces sintió una respiración cerca de ella, y se quedó inmóvil, conteniendo el aire y tratando de escuchar atentamente.

La espera se le hizo eterna. Casi gritó cuando se dio cuenta de que alguien pasaba por delante de ella, en dirección al refugio. En cuanto el hombre se marchó, y recuperó el ritmo cardíaco, trató de moverse alrededor del mostrador de recepción.

Algo le obstaculizó el paso. Se arrodilló y se dio cuenta de que no había chocado contra una cosa, sino contra una persona.

Retrocedió inmediatamente y trató de determinar qué había pasado y de quién se trataba. El cuerpo aún estaba caliente. Le apoyó una mano en el cuello y le encontró el pulso. Le tocó la cara y la ropa y supo que se había tropezado con Jay y que estaba herido.

Alex estaba tan confundida por la situación que desconfiaba de todo y de todos. Pensó que tal vez Jay estaba fingiendo, listo para tenderle una emboscada a la persona que se agachara a averiguar qué había pasado.

Cuando sintió que unos dedos le rozaban las muñecas, Alex dejó escapar un alarido. Sin embargo, el estruendo de un disparo tapó el grito. Se liberó la muñeca y se puso de pie, decidida a salir del hotel. El huracán volvería a descargar su furia en cualquier momento, pero no le importaba. Tenía que haber otro sitio en el que refugiarse.

Mientras salía a tientas del hotel, tratando de no pensar en Jay, tenía la certeza de que su supervivencia dependía de que pudiera escapar de allí.

Se negaba a creer que Jay era el asesino. Definitivamente no había sido él quien había disparado el arma.

Si Jay estaba en el suelo, no podía imaginar dónde

podrían estar Len y Hank. Aquello era una locura.

La noche estaba oscura. Las nubes cubrían el cielo, incluso en el ojo de la tormenta. Aun así, afuera podía ver mejor que antes.

Corrió por el camino que conducía al Tiki Hut y a la laguna de los delfines. Jamás pasaba por allí sin darle unas palabras de aliento a sus criaturas. A pesar de la oscuridad, estaba segura de que los delfines podían verla, y de que instintivamente sabían que algo malo estaba pasando.

Pensó en decirles algo, pero no lo hizo. Había decidido ir a las cabañas, aunque no a la suya, porque sabía que sería el primer lugar donde la buscarían. Las cabañas no eran más seguras que el refugio, pero habían sido construidas después del huracán Andrew y estaban bien equipadas.

No obstante, cuando giró en la bifurcación vio otra figura moviéndose en la noche delante de ella.

Presas del pánico, comprendió que su única alternativa era la playa. Se volvió y no tardó en oír los pasos. La estaban persiguiendo.

David estaba desesperado por encontrar a Alex. Se maldijo a sí mismo cientos de veces por la declaración que se había visto obligado a hacer y por haber hecho lo necesario para evitar que Jay saliera del refugio.

No entendía qué había pasado con el generador. Se preguntaba si Jay u otro lo habían destruido o si, sencillamente, había sido un inoportuno fallo técnico. Aunque en cualquier caso no importaba demasiado.

David salió del refugio y se las ingenió para llegar a la recepción. En algún lugar de la pared había una vitrina con

un arpón. Había pasado por delante docenas de veces y por primera vez pensaba usarlo.

Cuando encontró la vitrina, rompió el cristal con el codo y agarró el arma. Entonces oyó que algo se movía detrás de él. Corrió a la puerta principal, rezando para que nada se interpusiese en su camino. Encontró la puerta entreabierta y supo que Alex se había marchado del hotel.

Mientras se alejaba del lugar trató de pensar cuánto tiempo había pasado desde que el ojo de la tormenta había llegado. Y, sobre todo, cuánto faltaba para que se marchara.

Tenía que haber una forma de encontrar un lugar en el que esconderse y capear el temporal.

Alex corrió hacia la playa y maldijo al darse cuenta de que había elegido un camino equivocado. Sin embargo, si se arrastraba a través del follaje, podría tomar otro sendero. Se adentró en la espesura y trató de moverse con cuidado a través de las ramas, las hojas y las frutas que la tormenta había arrojado al suelo. Se detuvo un momento, preguntándose si había conseguido librarse del hombre que la perseguía.

Se quedó inmóvil y escuchó atentamente. La tormenta aún no los había alcanzado, pero el mar estaba revuelto. Oyó las olas golpeando furiosas contra la arena. Y pasos.

Quien la había perseguido la estaba buscando con lenta deliberación, como si fuera capaz de ver las huellas que había dejado en el camino. Tal vez, podía hacerlo.

Se preguntaba quién sería. Indudablemente, tenía que ser alguno de los cinco hombres que estaban en la isla.

Estaba paralizada por la indecisión. No sabía qué camino tomar. Oía el latido de su propio corazón, ansioso por encontrar una salida. Trató de no hacer caso, y de atender al otro sonido en la noche: los pasos de su perseguidor. Cerca. Demasiado cerca.

Avanzó lentamente, tratando de hacer el menor ruido posible, hasta que escuchó algo que la hizo pararse en seco. Un nuevo sonido, delante de ella.

No sabía adónde ir. Tenía una única posibilidad: correr hacia la playa.

Alex estaba delante de él, tan cerca que casi podía oler su perfume. Pero aún no podía alcanzarla.

Ella conocía la isla y él no.

David no quería llamarla a los gritos, porque temía que alguien lo oyera. Una vez más, se maldijo por la revelación que había hecho aquella noche. Había puesto al asesino sobre aviso. Había escondido el cuerpo de Alicia y ahora sabía que había fracasado por segunda vez.

Durante un momento, pensó en el lugar donde había encontrado el cuerpo. Nunca habría imaginado que lo encontraría allí, porque era un lugar bastante concurrido. Así que se preguntó qué podía significar aquel detalle.

De todas formas, ahora no podía preocuparse por eso. Tenía que concentrarse en encontrar a Alex.

Segundos después, la oyó. Distinguió sus pasos en la distancia y supo que se dirigía a la playa.

—¡Alex!

Cuando la alcanzó, vio que se había detenido. Estaba mirando al suelo. Allí, ante ellos, se encontraba Len Creighton. Y estaba tan oscuro que David no supo si estaba muerto, herido o inconsciente.

–Alex, ven aquí...

Alex lo miró, pero no dijo nada.

–Alex, tienes que confiar en mí. Ven conmigo.

Entonces se oyó una voz muy conocida, la de John Seymore.

–¡No!

John Seymore miró a David con odio. Llevaba una pistola en una mano. Al parecer, había estado armado todo el tiempo.

–Ven conmigo –dijo Seymore–. No le hagas caso. Aléjate de él y ven conmigo.

–¡Alex! –insistió David.

Alex dudó. Y entonces, hizo algo que no esperaba: corrió hacia el mar y se arrojó al agua.

–¡Alex!

David no lo pensó. El mar estaba tan revuelto que no podía hacer otra cosa, así que se arriesgó a recibir un tiro por la espalda y la siguió.

Al cabo de un par de minutos de nadar, vio algo en el agua, junto a Alex, y pensó que Seymore se las había arreglado para adelantarlo. Sin embargo, aquello no era un hombre. Fuera quien fuera quien estuviera ayudando a la

mujer, era bastante más grande.

Entonces lo vio. En efecto, la estaban rescatando. Pero no era un ser humano, sino uno de los delfines.

–¡Alex! –volvió a gritar.

Alex desapareció enseguida y David, lógicamente, no pudo hacer nada por seguir al animal. Volvió a la playa, se arrojó sobre la arena y poco después oyó que Seymore también salía del mar. Por lo visto, había tenido la misma idea que él.

–Si hubieras querido hacerlo, habrías tenido tiempo de sobra para matarla –dijo Seymore.

–Y tú podrías haberme disparado.

–¿Por la espalda? Pero eso no importa. Lo importante es que te has arrojado al mar para ayudarla...

–Por supuesto que sí. La amo.

Seymore suspiró.

–Pues tenemos un problema, porque yo no he matado a nadie, te lo aseguro. Soy agente del FBI.

–Sí, claro –se burló.

–Estoy hablando en serio.

David miró al hombre con asombro. No se fiaba de él, pero por alguna razón supo que estaba diciendo la verdad.

–No soy el asesino –repitió Seymore.

–Ni yo.

David se acordó entonces de Len Creighton y caminó hacia él para ver cómo se encontraba. Tenía sangre en la cabeza, pero también pulso.

–Está vivo –informó–. Deberíamos llevarlo al refugio.

Seymore tomó la pistola que había dejado en la playa y se la metió en el pantalón. Después, lo miró. Al igual que David, sabía que el tiempo era esencial en aquel momento.

–Alex está por ahí, en alguna parte –dijo John Seymore.

–Sí.

–Supongo que es más posible que confíe en ti que en mí, así que será mejor que vayas tú a buscarla. Yo me encargaré de Len. Nos veremos allí...

David aún no las tenía todas consigo, pero debía tomar una decisión. Así que decidió confiar en él, recogió el arpón y se alejó corriendo.

Al principio, Alex pensó que había firmado su sentencia de muerte. Era una gran nadadora, pero el mar estaba tan revuelto que no tardó en saber que moriría ahogada. La fuerza de las olas y de la marea era demasiado para ella.

Entonces apareció Shania, el delfín, y se agarró a su aleta dorsal tal y como hacían los turistas todos los días. Se agarró con fuerza, sabiendo que su vida dependía de ello, y acto seguido se preguntó adónde la llevaría. Pero estaba claro: la llevaba a la laguna de los delfines, a su hogar, al sitio donde se había resguardado cuando estaba enferma y herida.

El animal avanzó con sorprendente velocidad, y cuando se aproximaron a las compuertas sumergidas de la

primera laguna, Alex tuvo miedo de que la aplastara contra el metal. Pero Shania era tan hábil que pasó por debajo y enseguida se encontraron a salvo.

–Buena chica... –dijo–. Ahora te deberé un montón de peces. Has sido tan buena que ni siquiera pondré vitaminas en ellos.

Shania se alejó y Alex salió del agua y se sentó en la plataforma, temblando. Estaba empapada, congelada, descalza, y seguía sin saber en quién podía confiar y en quién no.

Pero lo primero era lo primero. Necesitaba resguardarse en algún sitio. Y el lugar más seguro era, sin duda alguna, el bar. Estaba hecho con sólidos troncos de madera y se dijo que seguramente podría resistir la fuerza del viento.

Con un poco de suerte, conseguiría pasar la noche. Lamentablemente, no tenía la menor idea de lo que le depararía la mañana.

David corrió sin parar y no bajó el ritmo hasta que se encontró cerca de las lagunas. Seguía oscuro y apenas podía ver; además, la lluvia caía con más fuerza y el viento había ganado velocidad.

Aunque no sabía cuál de los delfines había salvado a Alex, suponía que la habría llevado allí. Era lo más lógico. Así que echó un vistazo a su alrededor, intentando localizarla, y uno de los animales emitió un sonido.

–Shh, calla –dijo, llevándose un dedo a los labios.

En el caso de que John Seymore hubiera dicho la verdad, y teniendo en cuenta que Len estaba fuera de combate, aún quedaban dos hombres más en la isla; y uno

de ellos era, obviamente, un peligro mortal.

Estaba pensando en ello cuando creyó ver que alguien se movía en el Tiki Hut.

Podía ser Alex, pero no estaba seguro. Avanzó lentamente, con sumo cuidado, y ya casi había llegado cuando oyó un disparo que sonó muy fuerte a pesar del ruido que hacía la tormenta.

Cuando por fin entró, se tropezó con Alex en la oscuridad y corrió a taponarle la boca. No quería que gritara y que delatara su posición.

–No grites, Alex. Confía en mí.

Entonces sonó un segundo disparo y David la soltó.

–¿Que confíe en ti? ¿Y qué hay de John Seymore? ¿Lo has matado?

–No.

–Entonces, ¿no eres el asesino? ¿Y él tampoco lo es?

–No lo creo.

–¿Que no lo crees? –preguntó, al borde de la histeria.

–Maldita sea, Alex... te amo. Prefería morir antes que hacerte algún daño. ¿Es que no lo sabes?

Ella bajó la mirada.

–Estar segura de algo en lo relativo a ti es muy difícil.

En ese momento se oyó un fuerte trueno. Y un segundo después, un rayó cayó cerca de la construcción e incendió

el techo.

Los dos se quedaron helados, en silencio, sin decir nada. Pero David reaccionó enseguida.

–Tenemos que marcharnos de aquí.

–¿Y adónde iremos? Las casitas serán el primer lugar donde mire.

David no dijo nada.

–¿David?

–Shh...

Momentos después, llegaron a la casa donde David había dejado a Ally Conroy la noche anterior. Por fortuna, la puerta no estaba cerrada con llave.

David volvió a considerar la posibilidad de que John Seymore fuera el asesino. Tenía experiencia y podía matarlos a todos, uno a uno, si le apetecía. Además, antes de que llegaran los equipos de emergencia podía arreglárselas para esconder el cuerpo de Alicia otra vez y desaparecer.

Pero no tenía elección. Así que empujó la puerta y entraron.

Capítulo 12

Alex parpadeó y chocó contra David al entrar, pero no tuvo tiempo de disculparse porque enseguida vio una luz en la cocina que evidentemente procedía de una linterna.

Era John Seymore, y sus rasgos habían adoptado un tono especialmente macabro en aquella penumbra.

–Alex... ¿estás bien? –preguntó.

–Sí.

–¿Dónde está Len? –preguntó David.

–Lo he dejado en el suelo de la cocina y le he limpiado la herida. Tiene un buen golpe y de momento no puedo hacer nada más por él.

–¿Pero está vivo? –preguntó Alex.

–La herida parece grave. Seguramente morirá si no recibe atención médica.

Alex se dirigió a la cocina y vio que John lo había cubierto con una manta. Le tocó la mejilla y notó que estaba caliente. Su pulso era débil, pero firme.

–¿Quién le habrá hecho eso? –preguntó Alex, nerviosa.

–Jay Galway o Hank Adamson –respondió David.

–Eso no puede ser –dijo ella–. Jay quiere demasiado a Len.

–¿En serio? –preguntó John con ironía–. Jay es el gerente y está enterado de todo. Si Alicia decidió venir en secreto, él lo habría sabido. Podría haber ido a esperarla a la playa y haberla matado.

–No, no puede ser, tiene que ser Hank.

–¿Un periodista sin conocimientos del mar ni de barcos? –preguntó David.

Alex no supo qué contestar, así que miró a John y dijo:

–Así que eres del FBI pero no eres exactamente un agente...

John suspiró.

–Mira, si no hubiera sospechado de David desde el principio, me habría identificado enseguida. Pero no sabía en quién podía confiar.

–Me gustaría saber una cosa... –intervino David–. ¿Por qué se interesó el FBI por Alicia Farr?

–Varias agencias gubernamentales habían puesto el ojo en Daniel Fuller. Al tipo le gustaba hablar, y según decía, su barco se había hundido en aguas estadounidenses. Obviamente no iban a permitir que un cazador de tesoros llegara antes.

–¿De modo que seguiste a Alicia? –preguntó David.

John negó con la cabeza.

–No, yo estaba en Miami. Todos sabíamos que Daniel Fuller estaba a punto de morir, pero sólo quería ver a Alicia. Siento que haya muerto, pero se comportó como una tonta. No se puede decir que ocultara precisamente sus visitas –explicó John Seymore–. Así que vine aquí para ver lo que pasaba cuando llegara y averiguar lo que pudiera sobre el Anne Marie. Sin embargo, en lugar de aparecer ella lo hiciste tú, Seth Granger y el periodista. Y luego, Alex encontró el cuerpo en la playa.

–¿Cómo supiste lo del cuerpo? –preguntó David con desconfianza.

John se encogió de hombros.

–Lo supe por Laurie Smith. Es muy confiada; demasiado, de hecho.

–Laurie debe de estar en el continente o en la isla principal, si es que no se dirigió a los cayos –murmuró Alex–. En cualquier caso, sabe lo que ha pasado y habrá avisado a las autoridades. No puedo creer que alguien esté intentando asesinarlos a todos... Es ilógico.

David miró a John y dijo:

–No tan ilógico. Nos enfrentamos a alguien dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de llegar a los restos del Anne Marie, extraer el tesoro y desaparecer después.

–Está bien –dijo Alex–. Entonces, no sois vosotros ni obviamente Len. Y en cuanto a Jay... tropecé con él.

–¿Es que estaba muerto? –preguntó David.

Los dos hombres la miraron.

–No... Intentó agarrarme.

–Fue él quien insistió en salir –dijo David a John.

–Y sabía cómo apagar el generador... –comentó John.

–Esperad un momento. Jay no me atacó. Sencillamente me asusté y salí corriendo, pero es posible que estuviera herido y que quisiera que lo ayudara –dijo, en defensa de su jefe.

–Alex, sabes de sobra que tú eres la persona a quien verdaderamente sigue el asesino –dijo John–. Fue tu nombre el que mencionó Fuller una y otra vez. ¿Estás segura de que no sabes por qué?

–No tengo ni la más remota idea. A mí nunca me dijo nada del barco. Nunca. Hablaba mucho y contaba muchas historias del mar, pero sólo sé eso y que le gustaban los delfines –respondió–. ¿Qué podemos hacer ahora?

–Esperar a que pase la tormenta –respondió John.

–Tú tienes una pistola. Podemos quedarnos aquí hasta que llegue alguien de la isla principal. Y si aparece el asesino... bueno, nosotros somos tres, sin contar a Len.

–¿Crees que Hank y Jay podrían estar conchabados? –preguntó John a David.

–No lo sé, pero tenemos que considerar todas las posibilidades.

–De todas formas, no podemos quedarnos aquí sin hacer nada cuando pase la tormenta.

–¿Por qué? –preguntó ella.

–Porque el asesino está armado y podría matar a la persona o personas que aparezcan en la isla. Aunque sea el propio sheriff.

–Tenemos que trazar un plan –dijo John.

–Sea cual sea, Alex se queda aquí –dijo David–. La dejamos encerrada y nos vamos.

–Ah, qué bien, como si fuera una completa inútil –protestó ella–. Además, ¿qué pensáis hacer? La isla es pequeña, pero hay muchos sitios donde alguien se podría ocultar. ¿Cómo vais a descubrirlo?

–Bueno, tenemos unas cuantas horas por delante para pensarlo –respondió John–. Nadie hará nada hasta que el viento se calme.

Poco antes del amanecer, Alex se quedó dormida con la cabeza apoyada en el hombro de David, quien detestó tener que apartarla: no sólo adoraba su contacto; también adoraba la mirada de confianza que le había dedicado poco antes de cerrar los ojos.

–Ya ha pasado –dijo John.

Obviamente, se refería a la tormenta.

David despertó entonces a Alex y le dijo:

–Nos vamos. No abras la puerta a nadie, ni siquiera a nosotros.

–Esto no me gusta nada –dijo ella–. El sheriff está más preparado para estas cosas que vosotros. Deberíais quedaros aquí.

–No te preocupes, no te pasará nada.

–¡No me preocupo por mí, tonto, sino por vosotros!

–Alex, tenemos que hacerlo –insistió John.

–Es cierto –dijo David–. Quédate aquí y recuerda: no abras a nadie, bajo ningún pretexto. John irá a vigilar el camino y yo iré a esperar a tu casa.

Los dos hombres se alejaron hacia la salida. Pero antes de marcharse, David besó a Alex con suavidad.

–Cierra la puerta en cuanto nos hayamos marchado y atráncala con algo –dijo John–. Si el asesino es Jay, te recuerdo que tiene llave.

–Atranca las dos puertas, la principal y la trasera –añadió David.

–Está bien.

Segundos después, salieron de la casa.

Pasaron diez minutos y Alex estaba cada vez más nerviosa. Cada segundo se le hacía una eternidad, pero no podía oír nada en el exterior.

Curiosamente, sintió hambre y se maldijo por sentir algo tan estúpido cuando David y John estaba allí afuera, en peligro, y Len Creighton seguía tumbado en el suelo de la cocina. Preocupada, volvió con Len y le tomó la temperatura. Seguía igual, así que lo tapó bien con las mantas.

Entonces, oyó disparos.

Se pegó tal susto que no lo dudó: se dirigió a la ventana

delantera, la abrió y salió al exterior a pesar de que había prometido que se quedaría dentro del lugar.

Aún no sabía si el asesino era Jay Galway o Hank Adamson, pero se le ocurrió pensar que, fuera quien fuera, cabía la posibilidad de que no supiera la verdad sobre John Seymore.

Y él era el único de ellos que tenía una pistola.

Las balas sonaron como disparos de cañón. David estaba esperando junto a la puerta de la casita de Alex, que había dejado entreabierta para poder escudriñar el exterior, y se preguntó si los disparos los habría realizado John o el asesino.

Sin embargo, la intuición le decía que no había sido John.

Preocupado, salió y decidió dirigirse a toda prisa a buscar a Alex. Pero el instinto lo obligó a detenerse y se ocultó detrás de un árbol. Después, echó un vistazo a su alrededor. No vio a nadie.

Al llegar a la casita, entró y se dirigió a la cocina, aferrando el arpón. Len Creighton seguía en el suelo de la cocina. Y justo entonces, oyó un ruido que procedía del salón delantero.

Silenciosamente, avanzó hacia él.

La puerta de su casa estaba abierta. Alex había corrido a ella porque suponía que David estaría allí, esperando como había dicho. Sin embargo, no estaba en el interior.

No sabía lo que podía haber pasado, pero decidió que sería mejor que buscara algo que pudiera servirle como

arma. Aunque tenía casi todo su equipo en el puerto, tenía algunas cosas en la casa; así que corrió a su habitación y abrió uno de los cajones de la cómoda.

Estaba tan nerviosa que lo tiró todo al suelo, y cuando se inclinó para recogerlo, vio algo que llamó su atención: el pequeño delfín de cerámica se había roto y en su interior había un papel doblado.

Lo sacó. Era una fotocopia, pero nada más y nada menos que una fotocopia del mapa que indicaba la localización exacta de los restos del Anne Marie. Se quedó mirándolo, asombrada, y recordó el día en que encontró sus cosas revueltas.

Alguien debía de haber ocultado el mapa entonces.

Se levantó del suelo, tomó el cuchillo que estaba buscando y se lo guardó. Pero justo en ese momento oyó un ruido en la parte delantera de la casa.

Por segunda vez en la mañana, Alex salió a toda prisa por una ventana.

David entró en el dormitorio de la casita de Ally con el arpón en la mano. No había nadie, así que se dirigió de nuevo al domicilio de Alex. Había dejado la puerta cerrada, pero ahora estaba abierta. Y cuando pasó al dormitorio de la mujer que amaba, vio que la ventana también lo estaba.

Entonces oyó otro disparo. Procedía de la zona de las lagunas.

—¡Detente, Alex!

Alex se había alejado corriendo de la casa, pero se detuvo en seco al oír la voz de John Seymore.

–Espérame...

Alex se detuvo. Un segundo después, otro hombre salió de entre los arbustos. Era Hank Adamson y también estaba armado.

–No pasa nada, Alex, ya estoy aquí –dijo Hank–. Seymore, baja el arma o dispararé.

–Alex, no le hagas caso –dijo John–. Que me dispare si quiere. Pero márchate ahora mismo.

–Alex, no seas idiota, quédate –dijo Hank.

En ese momento apareció David y lo apuntó con el arpón.

–¡Alex, márchate de aquí inmediatamente!

–Hola, David –dijo Hank–. ¡Ya lo tengo!

–Oh, sí, ya lo veo. Y dime, ¿dónde está Jay? –con una extraña naturalidad, como si creyera que era inocente.

–Supongo que este tipo, Seymore, lo habrá matado durante la noche.

En aquel instante, Alex supo que David lo estaba engañando, que simulaba creerlo pero que en realidad estaba a punto de atacarlo. Y todo, por salvarle la vida a ella.

–¡Ahora! –gritó David.

John Seymore se arrojó sobre Alex y los dos cayeron a la laguna. Mientras se hundían, Alex vio que varias balas atravesaban la superficie del agua a su alrededor, pero John y ella siguieron buceando hasta alcanzar la orilla a

cierta distancia.

Cuando volvieron a la superficie, vieron que tanto David como Hank estaban tendidos en el suelo.

–¡David!

Alex corrió hacia él y vio que Hank Adamson parecía estar muerto. Tenía una gran mancha de sangre en el pecho.

–¡David!

David abrió los ojos.

–¿Estás bien? ¿Te han herido?

–Alex...

–No te atrevas a morirte ahora, canalla. Te amo, David. He sido una tonta, una estúpida tonta... ¡No te mueras, por favor!

David sonrió y se levantó.

–Ha dicho que me ama –dijo a John, sonriendo.

Seymore rió.

–Pero eso no quiere decir que pueda vivir contigo –dijo ella, furiosa.

–De todas formas, éste no es momento para preocuparnos por eso –dijo David–. Primero tenemos que encontrar a Jay y cruzar los dedos para que llegue pronto alguien o perderemos a Len.

Encontraron a Jay cerca de donde Alex había tropezado

con él la noche anterior. Parecía haberse llevado un buen golpe, pero estaba vivo.

–No te preocupes, Jay. Todo ha terminado –dijo Alex.

–Era Hank –dijo Jay–. Era Hank... no puedo creerlo.

–Lo sabemos –dijo Alex.

–¿Dónde está Len?

–Está vivo, pero tenemos que llevarlo a un médico tan pronto como sea posible –dijo David.

–Gracias a Dios... Pero, un momento... ¿se puede saber cómo supiste que el asesino era Hank?

David se encogió de hombros.

–Ahora ya es evidente, pero en primer lugar supuse que era él por una razón: el hombre del dinero, Seth Granger, había sido asesinado. Así que el culpable debía de ser alguien que no necesitara el dinero. Alguien que pudiera limitarse a obtener lo que quería y a desaparecer después –respondió David.

–¿Y en segundo lugar? –preguntó John Seymore.

–Por intuición –respondió David–. Bueno... oigo que se acerca una lancha. Magnífico. Nigel Thompson podrá hacerse cargo de todo.

Epílogo

Por fin, después de tanto tiempo y de tantos traumas, estaban solos. Pero antes de disfrutar de David, tenía que hacer una cosa.

Hank Adamson no estaba muerto en realidad. David sólo lo había herido y la policía se lo había llevado al hospital Jackson Memorial, de Miami, junto con Jay y Len. Según los médicos, los tres se iban a recuperar.

Era evidente que el periodista había decidido aprovechar el huracán para matarlos, con intención de dejarla a ella para el final y así poder sacarle la información que tuviera sobre el naufragio. Pero paradójicamente, Alex no habría podido decirle nada porque no había sabido nada hasta aquella misma mañana, cuando descubrió el mapa por casualidad. Antes de que Nigel llegara, se lo había dado a David; pero David se limitó a sonreír y a dárselo a Nigel Thompson.

En cualquier caso, el Anne Marie no le importaba en absoluto.

Estaba sentada en una de las plataformas, dando de comer a Katy, Sabra y Jamie-Boy, cuando el propio David apareció y se sentó a su lado.

–Me gustaría darle un pez a Shania. Le debo mucho a ese delfín. Se lo debo todo, de hecho –dijo él.

–¿Sabes una cosa? Sentía celos de Alicia –confesó ella, de repente–. Pero siento mucho que haya muerto.

–Yo también, aunque no tenías motivos para sentir celos. Nunca hubo nada entre nosotros.

–Pero era tan... perfecta para ti...

–No, no es cierto. Yo siempre estuve enamorado de ti. Tú eres la mujer perfecta, Alex, y sólo siento no habértelo demostrado antes. Tú amabas tu trabajo y yo amaba el mar. No sé cómo he podido ser tan egoísta.

–Bueno, dado que seguimos casados, tendremos que encontrar algún tipo de fórmula de compromiso.

–¿Alex?

–¿Qué?

–Mentí. Te vi con Seymore y tuve que pensar algo rápidamente, así que me lo inventé. Pero esto es cierto: te amo más que nada en el mundo, con todo mi corazón, con toda mi alma y todo mi ser.

–¿Me mentiste?

Él negó con la cabeza.

–Alex, lo único que importa es que te amo. Y que tú eres el único tesoro que quiero, el único descubrimiento del siglo. Perdóname, por favor.

Ella sonrió.

–No te preocupes, no me molesta que me mintieras. Pero si no estamos casados... creo que sería mejor que nos casáramos de verdad –dijo Alex–. Aquí mismo, en las

lagunas. Una ceremonia pequeña, sólo con los amigos. A fin de cuentas, ya hemos tenido bastantes emociones...

David la miró y sonrió lentamente.

Después, la tomó entre sus brazos y la besó.

 HARLEQUIN

Deslo

Seis meses para enamorarte

Kat Cantrell

HQN™

SARAH
Autora best seller del USA TODAY
MORGAN

*Atardecer
en
Central Park*



"Un poco dulce y muy sexy"
—Booklist

Atardecer en Central Park

Morgan, Sarah
9788491881452
384 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En el caos de Nueva York puede ser complicado encontrar el amor verdadero incluso aunque lo hayas tenido delante desde el principio... El amor nunca había sido una prioridad para Frankie Cole, diseñadora de jardines. Después de presenciar las repercusiones del divorcio de sus padres, había visto la destrucción que podía traer consigo una sobrecarga de emociones. El único hombre con el que se sentía cómoda era Matt, pero era algo estrictamente platónico. Ojalá hubiera podido ignorar cómo hacía que se le acelerara el corazón... Matt Walker llevaba años enamorado de Frankie, aunque sabiendo lo frágil que era bajo su vivaz fachada, siempre lo había disimulado. Sin embargo, cuando descubrió nuevos rasgos de la chica a la que conocía desde siempre, no quiso esperar ni un momento más. Sabía que Frankie tenía secretos y que los tenía bien enterrados, pero ¿podría convencerla para que le confiara su corazón y lo besara bajo el atardecer de Manhattan?

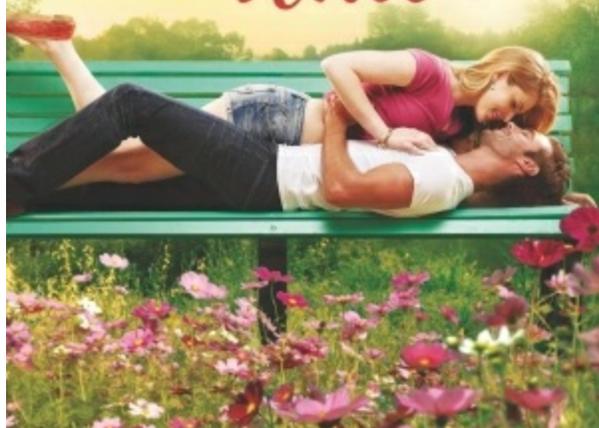
[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™

Autora best seller de The New York Times

SUSAN MALLERY

*Lo mejor
de mi
amor*



Lo mejor de mi amor

Mallery, Susan

9788491881469

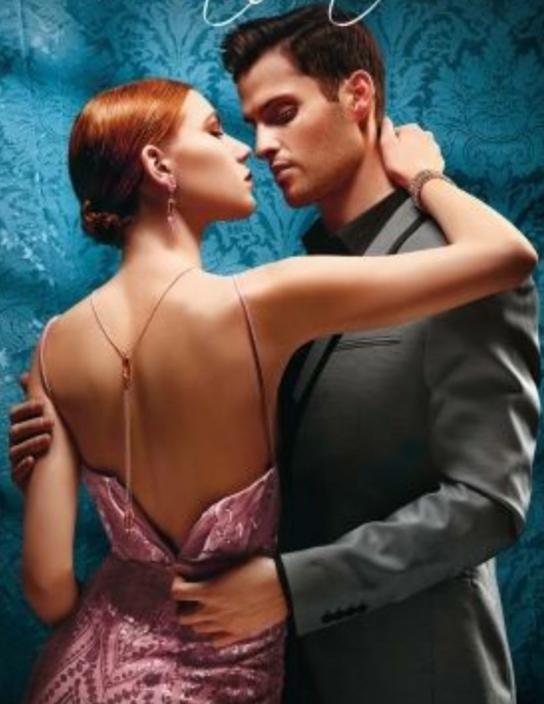
352 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En un intento de superar su doloroso pasado, Shelby Gilmore emprendió la búsqueda de una amistad masculina para convencerse de que se podía confiar en los hombres. Sin embargo, ¿en un pueblo tan pequeño como Fool's Gold dónde iba a encontrar a un tipo que estuviera dispuesto a ser solo su amigo? Aidan Mitchell se dedicaba a crear aventuras en su agencia de viajes... y, también, en las camas de las numerosas turistas que lo deseaban. Hasta que se dio cuenta de que se había convertido en un estereotipo: el del mujeriego que solo valía para una noche, y, peor aún, de que en el pueblo todos lo sabían. Tal vez el experimento sobre la relación entre los dos sexos que Shelby quería llevar a cabo pudiera ayudarlo a considerar a las mujeres como algo más que posibles conquistas. Así, sería capaz de cambiar su forma de actuar y recuperaría el respeto por sí mismo. A medida que Aidan y Shelby exploraban las vidas secretas de los hombres y las mujeres, la atracción que surgió entre ellos comenzó a alimentar los rumores en Fool's Gold. Si nadie creía que fueran solo amigos, ¡tal vez debieran darles a los cotillas un tema del que poder hablar de verdad!

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HARLEQUIN *Bianca*



EL AMOR NUNCA DUERME

CAROLE MORTIMER

El amor nunca duerme

Mortimer, Carole

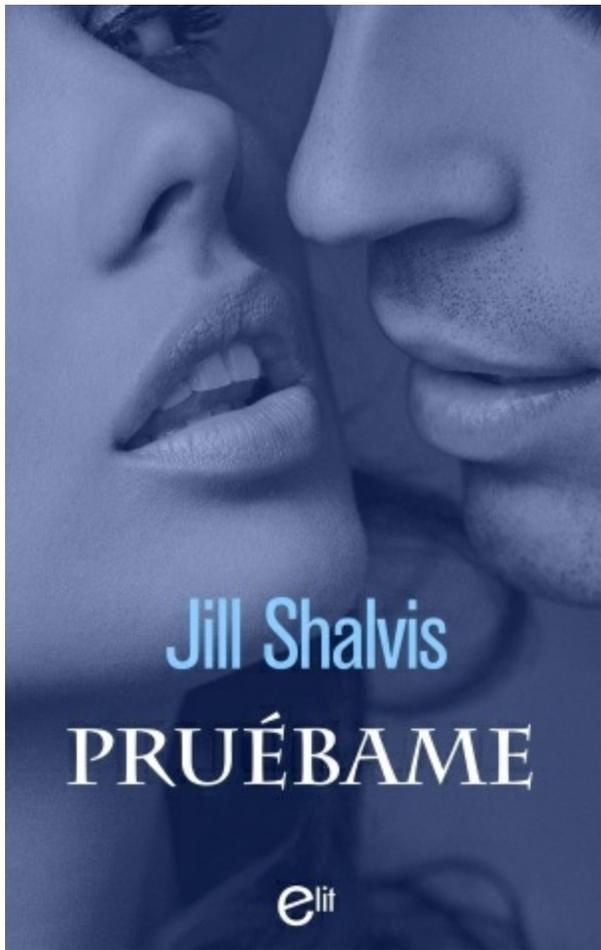
9788491881360

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Durmiendo con el enemigo...A Gregorio de la Cruz le daba igual que la inocente Lia Fairbanks lo considerara responsable de haber arruinado su vida. Sin embargo, al comprender que no iba a lograr sacarse a la ardiente pelirroja de la cabeza, decidió no descansar hasta tenerla donde quería.... idispuesta y anhelante en su cama!Lia estaba decidida a no ceder ante las escandalosas exigencias de Gregorio, a pesar de cómo reaccionaba su cuerpo a la más mínima de sus caricias. Sabía que no podía fiarse de él... pero Gregorio era un hombre muy persuasivo, y Lia no tardaría en descubrir su incapacidad para resistir el sensual embate del millonario a sus sentidos...

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Jill Shalvis

PRUÉBAME

eLit

Pruébame

Shalvis, Jill

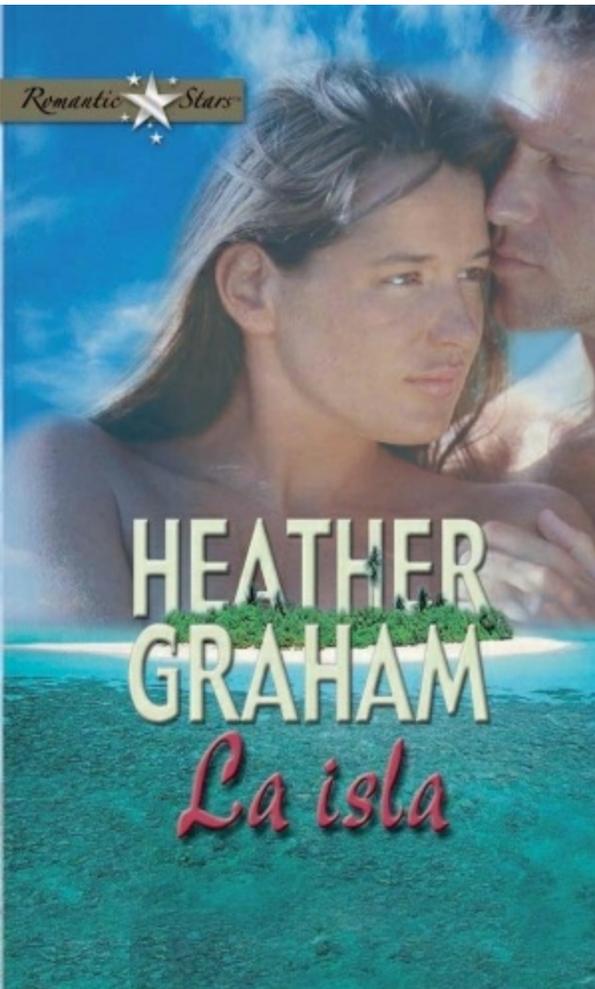
9788413072104

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Lily Peterson estaba acostumbrada a los riesgos. Había hecho todo tipo de deportes de aventura hasta que un accidente había estado a punto de arrancarle la vida. Ahora, después de meses de recuperación, la ex bombero tenía un nuevo lema: mirar antes de saltar. Lo que más estaba haciéndola sufrir era tener que empezar de nuevo de cero. Pero estaba dispuesta a hacer todo lo que fuese necesario. Su nuevo trabajo como guía de montaña no suponía el menor riesgo... al menos hasta que apareció Jared Skye y Lily deseó saltar a sus brazos.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



La isla

Graham, Heather

9788467189414

352 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La isla es un refugio exuberante y hermoso, un pequeño paraíso en las aguas cristalinas del sur de Florida. Nadie puede resistirse a su encanto, a su belleza primitiva... pero muy pocos conocen sus secretos. Beth Anderson está disfrutando de un fin de semana de acampada, pero se queda desconcertada al encontrar durante un paseo lo que parece ser un cráneo humano. Cuando un desconocido se acerca, se asusta y vuelve a cubrir su hallazgo, pero cuando regresa más tarde, el cráneo ha desaparecido. Beth está decidida a encontrar alguna prueba sólida para poder presentarla ante la policía, así que empieza a investigar el misterio del cráneo; sin embargo, un desconocido, Keith Henson, parece seguir todos sus pasos. Él afirma que sólo está asegurándose de que está a salvo, pero Beth intuye que oculta unos motivos muy diferentes. Cuando aparece un cadáver en la playa, Beth empieza a pensar que necesita más ayuda de la que esperaba, porque investigar es un juego peligroso... y alguien quiere que deje de participar en él. Otra muestra del gran talento de Heather Graham, la maestra del suspense romántico Publishers Weekly

[Cómpralo y empieza a leer](#)